



ANT.

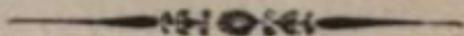
XIX

259

BIBLIOTECA

DE

NOVELAS ESCOGIDAS.



BIBLIOTECA

DE

NOVELAS ESCOLIDAS

R-91319

LOS
CUARENTA Y CINCO,

novela escrita en francés

por

ALEJANDRO DUMAS,

y traducida al castellano.

—•••—
TOMO V,
—•••—

CADIZ:—1847.

Imprenta de José María Ruiz,
PLAZA DE LAS VIUDAS NUMERO 100.

11
DOS
CUARENTA Y CINCO.

novela escrita en francés

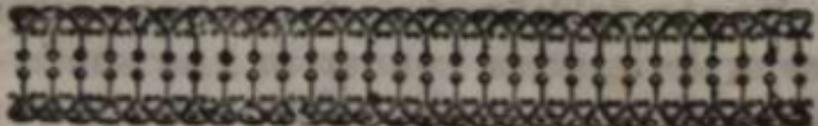
ALEXANDRE DUMAS,

y traducida al castellano.

—————
TOMO V.
—————

CADIZ—1847.

Imprenta de José María Ruiz
PLAZA DE LAS VIRTUS NUMERO 100.



CAPITULO I.

EL LABORATORIO.

REMIGIO condujo á la dama desconocida al gabinete contiguo, y apretando un resorte oculto debajo de una de las tablas del pavimento, hizo dar vuelta á una trampa que cubria todo el ancho del aposento hasta la pared.

Aquella trampa abierta dejaba ver una escalera oscura, pisa y estrecha: Remigio empezó á bajar por ella el primero y dió el brazo á Diana, que se apoyó en él y bajó en seguida.

Veinte peldaños de esta escalera; ó por mejor decir escala conducian á un subterráneo circular, oscuro y húmedo, que por únicos muebles contenia un gran hornillo, con su inmenso fogon, una mesa cuadrada, dos sillas de junco y muchos fraacos y cajas de hierro.

Los únicos habitantes de tan pavorosa cueva eran una cabra que no balaba, y pájaros sin voz que parecian espectros de los animales cuya semejanza conservaban.

Iban desapareciendo del hornillo los restos del fuego que poco antes habian brillado, al paso que un humo denso y negro buia por un cañon introducido en la pared.

Un alambique colocado encima del fogon dejaba filtrar lentamente y gota á gota un licor amarillo como el oro. Aquellas gotas caian en una redoma de vidrio blanco del grueso de dos dedos, pero al mismo tiempo de una transparencia admirable, sujeta por el tubo del alambique que comunicaba con ella.

Diana acabó de bajar al subterráneo y se detuvo en medio de aquellos objetos de formas tan estrañas, sin admiracion y sin

terror: cualquiera hubiera dicho que las impresiones ordinarias de la vida, no podían ejercer ya la menor influencia sobre aquella mujer, que no gozaba de su propia existencia.

Remigio la hizo señal para que no se moviese del pié de la escalera, y en seguida encendió una lámpara que arrojó un resplandor lívido sobre los diversos preparativos que acabamos de enumerar, y que hasta entonces dormían ó se agitaban entre las sombras.

Después se acercó á un pozo que se veía en el ángulo mas retirado de la cueva, y que no tenía parapeto ni brocal; ató un jarro á una cuerda larga y lo sumergió en el agua, que murmuraba siniestramente en el fondo, y que dejó oír un sordo ruido producido por el choque; por último, sacó el jarro lleno de agua helada y pura como el cristal.

--Acercaos, señora, dijo Remigio, y Diana obedeció.

En aquella enorme cantidad de agua echó una sola gota del líquido contenido en la redoma de vidrio, y al punto se tiñó toda

ella del mismo color amarillo: poco despues fué desapareciendo este color, y al cabo de diez minutos volvió á quedar el agua tan transparente como antes.

La fijeza de los ojos de Diana era lo único que podia dar una idea de la atencion profunda con que contemplaba aquella operacion.

Remigio la miró.

--¿Qué tenemos? preguntó Diana.

--Empapad, dijo Remigio, en esta agua, que no tiene color ni sabor, una flor cualquiera, un guante, un pañuelo; bañad con ella jabones de olor, verted una poea en la cajita de polvos que se usan para lavar los dientes, en la alfojaina que sirve para las manos y la cara, y vereis, como ya se vió en la córte de Carlos IX, que el perfume de la flor sofoca, que envenena el contacto del guante, y que el jabon mata al introducirse en los poros. Derramad una gota de este liquido puro en la mecha de una bujia ó de una lámpara; el algodón se impregnará una pulgada poco más ó ménos, y durante una hora la lámpara ó la bujia exhalarán la muerte para volver á arder en

seguida del mismo modo que otra bujía ú otra lámpara.

--¿Estais, Remigio, seguro de lo que decís? preguntó Diana.

--He hecho ya muchísimas esperiencias, señora: ved esos pájaros que no pueden dormir ni quieren comer porque han bebido agua semejante á esta; ved esa cabra que ha rumiado yerba rociada con la misma agua; está muda, y sus ojos se apagan; podemos devolverle la libertad y la luz: pero su vida está condenada, á no ser que la naturaleza releve á su instinto algunos de esos contravenenos que los animales adivinan y los hombres ignoran.

--¿Puedo ecsaminar esa redoma, Remigio? preguntó Diana.

--Sí, señora, porque todo el liquido se ha precipitado ya; pero esperad un instante.

Remigio la separó del alambique con las mayores precauciones; en seguida le puso un tapon de cera blanda que aplastó en la superficie de la boca, y envolviendo el cuello de la redoma en un pedazo de lana, la presentó á Diana.

Esta la tomó sin conmoverse; la levan-

tó hasta la altura de la lámpara, y despues de haber contemplado largo espacio el espeso licor que contenia, dijo:

—Basta; cuando llegue el caso escogere-mos un ramillete, unos guantes, una bujía, una pastilla de jabon ó una aljofaina de agua. ¿Trabaja el metal el tal licor?

—Lo desgasta.

—Y tal vez se romperá la redoma...

—Me parece que no, en vista del grueso que tiene el cristal: ademas, podemos encerrarla en una caja de oro.

—De modo, Remigio, que estais contento, ¿no es verdad? dijo Diana, y una pálida sonrisa asomó á sus labios, dándoles aquel reflejo de vida que un rayo de luna presta á los objetos confundidos en las tinieblas.

—Mas que nunca, señora, contestó Remigio; castigar al malvado es ejercer la mas santa prerogativa de Dios.

—¿No ois, Remigio, no ois?

Y la dama guardó silencio, al paso que preguntó Remigio:

—¿Habeis oido algo?

—Relinchos [de caballos en la calle; se me figura, Remigio, que llegan los que habíamos pedido.

—Es probable, señora, porque á esta hora poco mas ó menos debian venir; pero voy á despedirlos.

—¿Por qué?

--Porque no los necesitamos.

--En vez de ir á Meridor iremos á Flandes; no los despidais.

--¡Ah! comprendo.

Y los ojos del criado despidieron un rayo de alegría que solo podia compararse con la sonrisa de Diana,

--¿Y Grandchamp? añadió en seguida.

¿Qué vamos á hacer de él?

--Ya os he dicho que necesita descansar; por consiguiente, permanecerá en París y venderá esta casa, de la cual no tenemos ya necesidad. Lo que si debeis hacer es dejar libres á todos esos inocentes animales, á los que hemos martirizado por necesidad. Segun vuestras propias palabras, Dios cuidará de su conservacion.

--¿Pero y todos esos hornillos, esos alambiques, esos Trascos?...

--Supuesto que aquí estaban cuando compramos la casa, ¿qué importa que otros los encuentren en ella despues que nos marchemos?

--¿Y los polvos, los ácidos, las esencias?

--Al fuego con todo, Remigio; al fuego.

--Separaos, pues, un poco, ó al menos poneos esta careta de vidrio, dijo Remigio presentando á Diana una máscara que esta se puso en el acto, y tapándose él mismo la boca y las narices con un gran copo de lana, echó mano á la cadena del fuelle, avivó la llama de carbon, y cuando vió que un hornillo estaba ya perfectamente encendido arrojó á él todos los polvos, que estallaron presentando fuegos verdes algunos de ellos, volatilizándose otros en partículas pálidas como el azufre y las esencias, que en lugar de consumir la llama, huyeron por el conducto como serpientes de fuego, con un estrépito redoblado é incesante parecido al de un trueno lejano.

Concluida ya aquella operacion, dijo Remigio.

--Teneis razon, señora, si alguno descubre el secreto de este subterráneo, creerá que algun alquimista ha trabajado en él, y hoy, como sabeis, aunque se queman todavía en Francia á los hechiceros, se respeta á los alquimistas.

—Creo, Remigio, replicó la dama, que si nos quemáran se haria justicia con nosotros. ¿No somos envenenadores? Con tal que el dia en que suba al cadalso haya cumplido la obligacion que me hace vivir, lo mismo me importa morir á manos del verdugo que de otro modo: así murieron casi todos los antiguos mártires.

Remigio manifestó su conformidad con un gesto, y recibiendo la redoma de manos de su señora, la empaquetó cuidadosamente.

En aquel momento llamaron á la puerta de la calle.

—Son los caballos, señora, y no os habeis engañado: subid, pues, sin perder tiempo y responder, en tanto que yo cierro la trampa de esta cueva.

La dama obedeció, porque hasta tal punto animaba un mismo pensamiento aquellos dos cuerpos, que hubiera sido muy difícil averiguar cuál de ellos dominaba al otro.

Remigio subió poco despues que Diana, y tocó el resorte cerrándose inmediatamente la trampa.

Diana encontró á Grandchamp junto á la puerta de la calle, pues el ruido le habia

despertado y habiase levantado para abrir. Quedó sumamente sorprendido al saber la próxima partida de su ama, que ella misma le hizo conocer, aunque sin indicarle el punto á dónde se dirigia.

—Grandchamp, amigo mio, le dijo, voy con Remigio á cumplir una peregrinacion de que hice voto hace tiempo; á nadie hablarás de este viaje ni revelarás mi nombre.

—¡Oh! Lo juro, señora, dijo el viejo, pero espero al menos que volveré á veros.

--Sin duda, Grandchamp, sin duda. ¿No volvemos á vernos siempre todos, ya que no sea en este mundo, en el otro? Pero á propósito, Grandchamp: esta casa es ya inútil para nosotros,

Diana sacó al mismo tiempo de un armario un rollo de papeles, añadiendo:

--Hé aquí los títulos que prueban la propiedad: alquilareis ó vendereis la casa, y si dentro de un mes no encontráis para ella inquilino ni comprador, la abandonareis volviéndoos á Meridor.

--Y si encuentro quien quiera poseerla, ¿en cuanto la daré?

--En lo que queráis.

--¿Es decir, que llevaré el importe á Meridor?

--No, lo guardareis para vos, ois viejo Grandchamp.

—¡Cómo, señora! Esa suma tan grande.

--¿Y no te la debo yo por tus buenos servicios? Y además de mis propias deudas, ¿no debo pagar también las de mi padre?

--Pero, señora, sin un contrato, sin un poder, ¿qué quereis que haga?

--Tiene razon, observó Remigio.

--Vamos... hallad un medio, dijo Diana.

--Nada mas sencillo: esta casa se compró en mi nombre, yo se la vendo á Grandchamp, quien de este modo podrá traspasarla á quien guste.

--Pues bien, hacedlo pronto.

Remigio cogió una pluma y escribió su donacion al pié del contrato de venta.

--Ahora, adios, dijo la dama de Montsoreau á Grandchamp, que se puso á temblar desde que conoció iba á quedarse solo en la casa, adios, Grandchamp; haced que se acerquen los caballos mientras acabo mis preparativos.

Diana volvió á subir á su aposento, cortó

con un puñal el lienzo del retrato, lo enrolló y envolviéndolo en un pedazo de seda, lo puso en la maleta.

--El cuadro, ya vacío, parecía que contaba con mayor elocuencia que antes los innumerables suspiros que había escuchado. En cuanto al resto de la habitación, una vez quitado de ella el retrato no tenía la menor significación, confundándose con otra cualquiera.

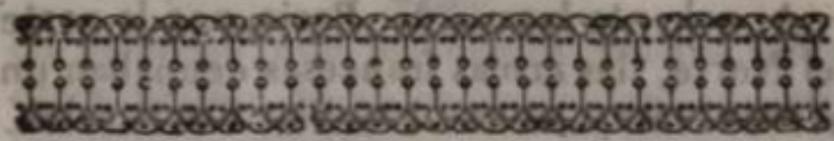
Después de haber colocado Remigio las dos maletas, dirigió la vista á la calle para asegurarse de que nadie observaba sus preparativos de marcha, á escepcion del guía; ayudando poco después á su ama á montar, la dijo en voz baja:

--Creo, señora, que esta será la última morada en que vivamos tanto tiempo.

--La penúltima, Remigio, contestó la dama con acento grave y monótono.

--Y la otra, ¿cual será?

--El sepulcro, Remigio.



En de noche y gran número de soldados
formando un gran círculo iluminaban aquel
rio tan ancho en las inmediaciones de Am-
beres, resplandeciendo de sus
aguas.

CAPITULO II.

Los reñidos de los caballos franceses
cubrían la habitual soledad de que goza-

**EN QUE SE DA CUENTA DE LO QUE HACIA
EN FLANDES MONSEÑOR FRANCISCO DE
FRANCIA, DUQUE DE ANJOU Y DE BRABANTE,
CONDE DE FLANDES.**



AHORA necesitamos que nuestros lecto-
res nos permitan dejar al rey en el Lou-
vre, á Enrique de Navarra en Cahors, á
Chicot avanzando hacia Paris y á la dama
de Montsoreau en camino de Flandes, don-
de se propone encontrar á monseñor el du-
que de Anjou, últimamente nombrado du-
que de Brabante, y en cuyo auxilio hemos
visto salir de Paris al gran almirante de
Francia Ana Daignes, duque de Joyeuse.

A ochenta leguas de Paris, por la parte del Norte, las armas francesas ocupaban un estenso campamento á orillas del Escalda. Era de noche, y gran número de fogatas formando inmenso círculo iluminaban aquel rio tan ancho en las inmediaciones de Amberes, reflejándose en la profundidad de sus aguas.

Los relinchos de los caballos franceses turbaban la habitual soledad de que gozaban los aldeanos de las comarcas vecinas, en medio de sus sombríos bosques.

Desde los muros de la ciudad veian los centinelas brillar al través del fuego de los vivaques los mosquetes de los soldados franceses, relámpagos fugitivos y lejanos que la anchura del rio interpuesto entre el ejército y la ciudad hacia tan inofensivos como los relámpagos de calor que iluminan el horizonte en una hermosa tarde de verano.

Aquel ejército era el del duque de Anjou, pero necesario es que digamos á nuestros lectores lo que habia ido á hacer allí. Esto no les agradará mucho, á nuestro entender, pero habrán de perdonarnos en gra-

cia del aviso que les damos, ya que tantos otros abusan de su paciencia sin advertirles la menor cosa.

Los que han perdido su tiempo en hojear las páginas de la *Reina Margarita* y de la *Dama de Montsoreau*, conocen ya al duque de Anjou, principe envidioso, egoista, ambicioso é impaciente, que habiendo nacido tan inmediato al trono, al cual parecian acercarle mas y mas los acontecimientos, nunca habia podido resignarse á que la muerte le dejase libre el camino.

Así se le habia visto desear el trono de Navarra reinando Carlos IX, despues el del mismo Carlos y por último el de Francia, ocupado por su hermano Enrique, ex-rey de Polonia, que habia ceñido ya dos coronas, no sin gran despecho y envidia de su hermano, que no podia alcanzar una sola.

Por un instante dirigió sus miradas y su ambicion hácia la Inglaterra, gobernada á la sazón por una muger, y á fin de sentarse en un trono, pidió la mano de aquella muger, á pesar de llamarse Isabel y llevarle 20 años de edad.

La suerte habia comenzado á mostrársele

propicia en esta negociacion, suponiendo que fuese para él una fortuna casarse con la orgullosa de Enrique VIII. Aquel que durante su vida y en medio de sus encontrados pensamientos no habia podido defender su propia libertad, que habia visto ó hecho tal vez matar á sus favoritos La Mole y Coconna y sacrificado cobardemente á Bussy, el mas valiente de sus caballeros, y todo esto sin provecho para su propia elevacion y con perjuicio de su gloria; aquel mismo á quien la fortuna habia rechazado hasta entonces, se veia repentinamente colmado de favores por una gran reina, inaccesible poco antes á toda mirada mortal, y elevada por un pueblo á la mas alta dignidad que el mismo pueblo podia conferirle.

La Flandes le ofrecia una corona, y la reina Isabel de Inglaterra le habia dado ya su anillo.

No tenemos la pretension de pasar por historiadores, y si algunas veces lo somos, consiste en que casualmente la historia desciende hasta la novela, ó que, como sucede con mas frecuencia, la novela se eleva hasta la historia; por eso nos vemos abo-

ra precisados á examinar la existencia como príncipe del duque de Anjou, llena, por haberse encontrado siempre próxima á alcanzar la autoridad real, de esos sucesos, ya sombríos, ya brillantes, que señalan casi exclusivamente la existencia de los reyes.

Reasumamos, pues, en pocas palabras la historia de aquel príncipe.

Habia visto á su hermano Enrique III apurado en la contienda que sostenia con los Guisas, y se pasó al partido de estos; pero no tardó en conocer que el único objeto que se proponian era reemplazar á los Valois en el trono de Francia.

Entonces se separó de los de Guisa, y sin embargo, ya hemos visto que esta separacion tenia sus peligros, y que Salcedo, descuartizado en la plaza de Greve, probaba la importancia que la susceptibilidad de los caballeros de Lorena daba á la amistad y á la alianza del duque de Anjou.

Además de esto, hacia ya tiempo que Enrique III habia abierto los ojos y desterado al duque de Alenzon que se retiró á Amboise un año antes de los primeros acontecimientos de esta historia.

Entonces fué cuando los flamencos le abrieron los brazos. Cansados de la dominacion española, diezmados por el pro-consulado del duque de Alba, vendidos por la falsa paz de D. Juan de Austria, y queriendo aprovecharse de ella para hacerse dueños de Namur y Charlemont, llamaron á Guillermo de Nassau, principe de Orange, nombrándole gobernador general del Brabante.

Permitanos el lector que dediquemos aquí algunas líneas á este nuevo personaje, que tan distinguido lugar ocupa en la historia, y que no hará mas que aparecer en nuestra relacion.

Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, tenia á la sazón cincuenta años: como hijo de Guillermo de Nassau, llamado el Viejo, y de Juliana de Stolberg, como primo de Renato de Nassau, muerto en el sitio de Saint-Dizier y heredero de su título, educado desde su niñez en los principios mas severos de la reforma, conoció desde muy temprano todo lo que valia, así como la importancia y grandeza de la mision que debia desempeñar en el mundo político.

Esta mision, que creia haber recibido del Cielo, á la que se mostró fiel toda su vida, y por la cual murió como un mártir, fué la fundacion de la república de Holanda, que efectivamente llevó á término.

Siendo todavía jóven, fué llamado por Carlos V á su corte, porque este monarca, que conocia bien á los hombres, habia juzgado á Guillermo, y muchas veces el anciano emperador, que sostenia entre sus manos el globo mas pesado de cuantos habian descansado en hombros imperiales; consultaba al jóven acerca de los puntos mas delicados concernientes á la politica de los Países Bajos. Veinte y cuatro años contaba apenas cuando Carlos V le confió, en ausencia del famoso Filiberto Manuel de Saboya, el mando del ejército de Flandes, y el se manifestó digno de tan alta honra haciendo frente al duque de Nevers y á Coligni, dos de los mas grandes capitanes de aquel tiempo, y fortificando á su presencia las plazas de Filippevilli y Charlemont: el dia en que abdicó Carlos V se apoyó tambien en Gui-

lermo de Nassau para bajar las gradas del trono, y él fué el encargado de llevar á Fernando la corona imperial que Cárlos abandonaba voluntariamente.

Entonces subió al trono Felipe II, y á pesar de haberle recomendado Cárlos V que mirase á Guillermo como á un hermano, no tardó este en conocer que Felipe II era un príncipe que no quería tener familia. Su pensamiento volvió á fijarse en la grande idea de la libertad de la Holanda y de la emancipacion de Flandes, pensamiento que tal vez hubiera permanecido eternamente encerrado en su corazón, si el anciano emperador, su amigo y su padre, no hubiese abrigado el extraño capricho de vestirse el hábito de monje en vez del manto real.

Los Países-Bajos, á propuesta de Guillermo, pidieron la salida de las tropas españolas, y dió principio á la encarnizada lucha con España, empeñada en no soltar la presa, que pugnaba por escaparse de sus garras. Entonces asolaron aquel infortunado país, siempre arañado por la Francia ó por el imperio, el virreinato de Mar-

garita de Austria y el sangriento pro-consulado del duque de Alba; entonces se organizó aquella lucha, á la vez política y religiosa, cuyo pretesto fué la solemne protesta del palacio de Culembourgo, que pedía se aboliese la inquisición en los Países-Bajos; entonces se vió aquella procesion de cuatrocientos caballeros vestidos con la mayor sencillez, que desfilaron de dos en dos para esponer á los pies del trono de la vireina el deseo generalmente reasumido en la protesta; entonces fué cuando al ver aquellos graves y modestos ciudadanos, salió de los labios de Berlaimont, uno de los consejeros de la duquesa, la palabra *pelones*, que, acogida y aceptada por los caballeros flamencos, designó desde aquel dia en los Países-Bajos al partido patriota, con el cual nunca se habia contado.

Desde aquel momento empezó tambien Guillermo á representar el papel que le valió la fama de uno de los mas grandes actores políticos del mundo. Constantemente abatido en aquella lucha sostenida contra el poder aterrador de Felipe II,

se levantó siempre, y siempre mas fuerte que antes, despues de sus derrotas, organizando nuevos ejércitos, que llenaban el hueco de los que desaparecian, y presentándose á la pelea cuando ménos se le esperaba saludado por sus pueblos con el glorioso título de libertador.

En medio de aquella alternativa de triunfos morales y de derrotas físicas, si asi podemos hablar, supo Guillermo en Mons el degüello de Paris, conocido por el nombre de jornada de San Bartolomé.

Era aquella una herida terrible que casi penetraba en el corazon de los Países-Bajos, pues la Holanda y la porcion de Flandes que era calvinista perdia con tan tremendo golpe la sangre de sus mas valientes y naturales aliados, los hugonotes de Francia.

Apenas recibió Guillermo tan infausta noticia, mandó tocar retirada, segun acostumbraba en frances semejantes, retrocediendo desde Mons hasta las orillas del Rhin, á fin de ponerse en expectativa de los acontecimientos. Estos se repiten á menudo cuando los hombres sostienen

nobles causas, y no tardó en esparcirse la noticia de uno que nadie esperaba.

Algunos *pelones* marítimos, porque tambien los habia de mar, arrojados por un viento contrario hasta el puerto de Brille, viendo que absolutamente les era imposible hacerse mas á fuera, fueron arribando poco á poco, é impelidos por la desesperacion se apoderaron de la ciudad, en la cual se habia levantado ya el cadalso para ahorcarlos.

Despues de hacerse dueños de Brille, arrojaron de sus cercanias á los destacamentos españoles, y no viendo entre ellos un hombre bastante fuerte para que supiese aprovecharse de aquella conquista, debida á la casualidad, llamaron al príncipe de Orange: Guillermo acudió al punto, pues era preciso dar un golpe y comprometer á toda la Holanda para hacer imposible toda reconciliacion con la España, y logró que se publicase un acuerdo por el cual se proscribia en Holanda el culto católico, del mismo modo que en Francia se habia proscrito el protestante.

En vista de este manifiesto, comenzó

de nuevo la guerra: el duque de Alba envió contra los sublevados á su mismo hijo Federico de Toledo, que tomó las plazas de Zutxen, Nardem y Harlem; pero léjos de abatir este revés á los holandeses, pareció prestarles mayores fuerzas. Todos los pueblos se levantaron, todos corrieron á las armas desde el Zuyderzée hasta el Escalda; la España tembló un instante, llamó al duque de Alba y le dió por sucesor á D. Luis de Requesens, uno de los vencedores de Lepanto.

Entonces se abrió para Guillermo otra larga série de infortunios. Ludovico y Enrique de Nassau, que llevaban refuerzos al príncipe de Orange, fueron sorprendidos cerca de Nimega por uno de los caudillos de D. Luis, deshechos y muertos; los españoles penetraron en Holanda, pusieron sitio á Leida y saquearon á Amberes.

Todo parecia desesperado, cuando el cielo acudió segunda vez al socorro de la naciente república, pues Requesens falleció de allí á poco en Bruselas.

Reunidas ya todas las provincias por un interés comun y general, redactaron y fir-

maron el dia ocho de noviembre de 1576, es decir, cuatro dias despues del saqueo de Amberes, el tratado conocido bajo el título de *Paz de Gante*, por el cual se comprometian á ayudarse reciprocamente y á libertar al país de la dominacion española y de cualquiera otra estrangera.

D. Juan volvió á aparecer en el teatro de la guerra, y con él la fortuna contraria á los Países-Bajos, pues en menos de dos meses perdieron estos á Namur y Charlemont.

Los flamencos, sin embargo, acogieron estos desastres, nombrando al príncipe de Orange gobernador general de Brabante.

D. Juan murió tambien poco despues, debiendo creerse que Dios se pronunciaba decididamente en favor de la libertad de los Países-Bajos. Sucedióle Alejandro Farnesio, príncipe muy hábil, amable y enérgico, gran político é ilustre general: Flandes se estremeció al oír por la primera vez aquella melosa voz italiana que la llamaba amiga en vez de tratarla como rebelde.

Guillermo conoció tambien que Farnesio

sio haria mas para los intereses de España con sus promesas que el duque de Alba con sus suplicios, y por tanto ordenó que las provincias firmasen en 29 de enero de 1579 la Union de Utrech, que fué la base fundamental del derecho público de Holanda.

Creendo entonces el mismo principe que no podria ejecutar por si solo el plan de emancipacion que habia sostenido durante quince años de combates, hizo proponer al duque de Aujou la soberania de los Países-Bajos, á condicion de que respetaria los privilegios de los holandeses y de los flamencos, así como su libertad de conciencia.

Esta medida hirió vivamente el orgullo de Felipe II, y mandó tasar en veinte y cinco mil escudos la cabeza de Guillermo.

Los estados reunidos en el Haya declararon por su parte que Felipe II no tenia derecho alguno á la soberania de los Países-Bajos, y ordenaron que en lo sucesivo debia prestarse á ellos el juramento de fidelidad que hasta alli se habia prestado al rey de España.

El duque de Anjou entró al fin en Bélgica, donde fué recibido por los flamencos con la desconfianza natural que les inspiraban los extranjeros. Sin embargo, el apoyo de la Francia, prometido por el príncipe francés, les era demasiado necesario para que dejasen de acogerle, á lo ménos en apariencia, con satisfacción y respeto.

Con todo, la oferta de Felipe II producía sus frutos, pues en medio de las fiestas que se hicieron en honor del duque de Anjou, se disparó un pistoletazo al lado del príncipe de Orange; Guillermo vaciló, y todos creyeron que estaba berido de muerte; pero todavía tenía la Holanda necesidad de sus esfuerzos.

La bala del asesino le atravesó ambas mejillas; el hombre que disparó se llamaba Juan Jauregui, y era precursor de Baltasar Gerard, así como Juan Chatel debía serlo de Ravallac.

Todos estos acontecimientos habían engendrado en el ánimo de Guillermo una sombría tristeza que raras veces cedia el puesto á una sonrisa melancólica. Los fla-

mencos y los holandeses respetaban su dolor como hubieran respetado el de un Dios, porque conocian que solo en él podian cifrar todo su porvenir, y cuando le veian adelantarse embozado en su larga capa, cubierto el rostro por la sombra de su casquete de fieltro, el codo apoyado en la mano izquierda y la barba en la derecha, los hombres se separaban para dejarle paso y las madres lo enseñaban á sus hijos con una especie de supersticion religiosa, diciéndoles en voz baja:

—Mira, hijo mio, ese es el Taciturno.

Los flamencos, como hemos dicho, habian nombrado, á propuesta de Guillermo, á Francisco de Valois, duque de Brabante y conde de Flandes, esto es, principe soberano, lo cual no era obstáculo para que la reina Isabel le permitiese esperar su mano, pues al contrario, veia en aquella alianza un medio de unir á los calvinistas de Inglaterra con los de Flandes y los de Francia; tal vez alagaba á la prudente Isabel la esperanza de adquirir una triple corona.

El principe de Orange favorecia aparen-

temente al duque de Anjou cubriéndole con el manto provisional de su propia popularidad, dispuesto á privarse de él cuando llegase el tiempo oportuno de desembarazarse del poder francés, como se habia desembarazado de la tiranía española.

Aquel hipócrita aliado era mas temible para el duque de Anjou que un ejército enemigo, porque paralizaba la ejecucion de todos los planes que hubieran podido proporcionarle demasiado poder ó demasiada influencia en Flandes.

Al saber Felipe II la entrada furtiva de un principe frances en Bruselas, intimó al duque de Guisa que fuese á su socorro, reclamando aquel auxilio en nombre de un tratado celebrado anteriormente entre Enrique de Guisa y D. Juan de Austria.

Los dos jóvenes héroes, que casi tenían la misma edad, se habiau adivinado y asociado su respectiva ambicion, se comprometieron á conquistar una corona para cada uno de ellos.

Cuando despues de la muerte de su temido hermano, encontró Felipe II entre

los papeles del jóven príncipe el compromiso firmado por Enrique de Guisa, no se mostró indignado. ¿Y por qué habia de inquietarle la ambicion de un muerto? ¿No encerraba ya la tumba aquella espada que podia hacer bueno el tratado?

Un rey como Felipe II, que conocia la importancia que pueden tener en política dos líneas escritas en ciertas manos, no debia confiar á la coleccion de manuscritos autógrafos que llamaba á los viajeros hacia el Escorial, la firma del duque de Guisa, firma que empezaba á gozar de inmenso crédito entre aquellos traficantes de tronos, llamados los Oranges, los Valois, los Hapsbourg y los Tudor.

Por tanto, Felipe II invitó al duque de Guisa á cumplir con el el tratado que habia hecho con D. Juan, tratado cuyo tenor era que el lorenés sostendria al español en la posesion de Flaundes, al paso que el español ayudaria al lorenés para que llevare á buen término el consejo hereditario que el cardenal habia infiltrado en la casa de Guisa.

Este consejo hereditario consistia en

no suspender un instante el trabajo eterno que debia conducir algun dia á los trabajadores á la usurpacion del trono de Francia.

El de Guisa se avino á todo, pues no podia obrar de otra manera, porque Felipe II le amenazaba con que enviaria á Francia una copia del tratado, y entonces fué cuando el español y el de Lorena desencadenaron contra el duque de Anjou, vencedor y rey en Flandes, á Salcedo, español al servicio de la casa de Lorena, con el objeto de que lo asesinasen.

Y en efecto, un asesinato era el mejor medio de que todo quedase concluido á satisfaccion del español y del lorenés, pues una vez muerto el duque de Anjou, no habria pretendiente al trono de Flandes ni sucesor á la corona de Francia.

Quedaba aún el principe de Orange, pero ya sabemos que Felipe II tenia á mano otro Salcedo, que se llamaba Juan Jáuregui.

El primero de estos fué cogido y desuartizado en la plaza de Greve, antes de

que pudiese poner en ejecucion su proyecto: el segundo hirió gravemente al principe de Orange. pero este conservó la vida para dedicarse de nuevo á la destruccion de los opresores de su pais.

El duque de Anjou y Guillermo el Taciturno, aunque buenos amigos en apariencia, eran mas rivales en realidad que los mismos que querian asesinarlos.

Como hemos visto, el duque de Anjou habia sido recibido con desconfianza: cierto que Bruselas le abrió sus puertas, pero Bruselas no era la Flandes ni el Brabante: de modo que ya empleando la persuasion, ya la fuerza, comenzó á avanzar por los Paises-Bajos, y á conquistar plaza por plaza su reino recalcitrante, siguiendo en esto los consejos del principe de Orange, que conocia la susceptibilidad flamenca, y le invitaba á comer hoja por hoja, como hubiera dicho Cesar Borjia, la sabrosa alcachofa de Flandes.

Los flamencos por su parte no se defendian con obstinado empeño, pues estaban convencidos de que el duque de Anjou los defendia victoriosamente contra los españo-

les; lo único que querían era ir aceptando lentamente á su libertador, pero el hecho era que lo iban aceptando.

Francisco se impacientaba y rugía como un león al ver que solo avanzaba paso á paso.

—Estos pueblos son tímidos y reflexivos por naturaleza, le decían sus amigos: aguardad.

—Estos pueblos son traidores y variables, decía el príncipe Taciturno: atacadlos.

De aquí resultaba que el duque, á quien su amor propio natural exageraba la lentitud de los flamencos, figurándose la como una derrota, empezó á tomar con las armas las poblaciones que no se entregaban tan espontáneamente como él deseaba.

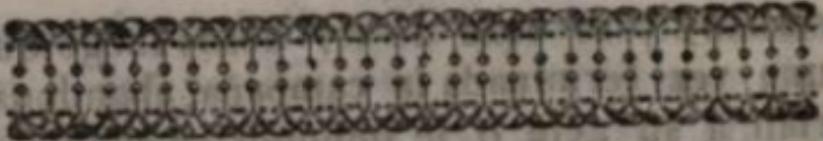
Allí era donde le esperaban, espiándose uno á otro, su aliado el Taciturno príncipe de Orange y su encarnizado enemigo Felipe II de España.

Después de varios encuentros de dudoso éxito el duque de Anjou acampó por fin delante de Amberes para forzar esta ciudad que el duque de Alba, Requesens,

D. Juan de Austria y el duque de Parma habian sometido sucesivamente á su yugo, sin haber podido dominarla ni hacerla consentir en su esclavitud.

Amberes habia llamado en su auxilio al duque de Anjou contra Alejandro Farnesio; pero cuando el primero quiso á su vez penetrar en Amberes, la plaza asestó contra él su artilleria.

Esta es la verdadera posicion en que se habia colocado el duque Francisco de Francia en el momento de aparecer en nuestra historia, es decir, dos dias despues que se le habia reunido la escuadra del gran almirante Joyeuse.



CAPITULO III.

PREPARATIVOS DE BATALLA.

EL campamento del nuevo duque de Brabante ocupaba las dos orillas del Escalda, pero su ejército, aunque disciplinado y valiente, se veía combatido por un espíritu de indecision muy fácil de comprender.

En efecto, muchos calvinistas servian al duque de Anjou, nó por afecto ni simpatias hácia él mismo, sino por dar en ojos á España y á los católicos de Francia y de Inglaterra: batianse, pues, mas por amor propio que por conviccion ó entu-

sísmo, y se echa de ver desde luego que una vez terminada la campaña, abandonarían á su jefe ó le impondrían condiciones.

El duque de Anjou también daba á entender que cuando llegase ocasión oportuna cumpliría aquellas condiciones, á que sus nuevos pueblos parecían inclinados, pues su dicho favorito era:

—Ya que Enrique de Navarra se hizo católico ¿por qué no ha de hacerse Francisco de Francia hugonote?

En la parte contraria, es decir, entre sus enemigos, existían en oposición con estas disidencias morales y políticas principios distintos, una causa clara, que contaba con decididos defensores y un acuerdo perfecto y libre de ambiciones y de ódios personales.

Amberes había tenido intenciones de entregarse; pero á debido tiempo y con determinadas condiciones; no rehusaba ciertamente aceptar al duque Francisco, pero se reservaba el derecho de esperar los acontecimientos, porque su situación topográfica y el valor y la experiencia be-

licosa de sus habitantes la ponian en el caso de poder resistir por mucho tiempo. Sabia tambien que con estender sus brazos, además del duque de Guisa, que todo lo observaba desde la Lorena, encontraria en el Luxemburgo á Alejandro Farnesio. ¿Por qué no habia de aceptar en caso necesario el auxilio de España contra el duque de Anjou, como habia aceptado el de este contra España?

Amberes, á pesar de esto, se reservaba la facultad de combatir contra España, despues que la España le ayudase á rechazar al duque de Anjou.

De pronto vieron los sitiados aparecer una escuadra en la embocadura del Escalda, y no tardaron en enterarse de que llegaba con el gran almirante de Francia el auxilio de su enemigo, porque debe saberse que el duque de Anjou se habia convertido naturalmente en enemigo de los ciudadanos de Amberes desde el dia en que les habia puesto cerco.

Al examinar la escuadra y al saber que Joyeuse llegaba en ella, los calvinistas del duque de Anjou fruncieron el gesto del

mismo modo que los flamencos. Eran sin la menor duda muy valientes, pero al mismo tiempo sumamente celosos, y aunque de fácil composición en cuanto á intereses metálicos, no querian que oscureciesen sus laureles unas espadas que habian cercenado las cabezas de tantos hugonotes en la famosa jornada de san Bartolomé.

En consecuencia se originaron mil reyertas desde el momento del arribo de Joyeuse, continuándose sin interrupcion durante muchos dias.

Los de Amberes disfrutaban desde las murallas el espectáculo diario de diez ó doce desafíos entre católicos y hugonotes. Los bosques servian de campo de sangre, y se arrojaban al rio mas cadáveres que los que hubiera costado á los franceses una batalla en campo raso. Si el sitio de Amberes, como el de Troya, hubiese durado nueve años, no hubieran tenido los sitiados necesidad de hacer mas que estarse quedos contemplando á los sitiadores, por que estos bastaban para destruirse mutuamente.

—¿Segun eso, persistis en vuestra opinion?

—En cuál?

—En que seremos derrotados.

—Irremisiblemente.

—Pero esta derrota es fácil de evitar, á lo menos por vuestra parte, señor de Joyeuse, añadió en tono áspero el principe: mi hermano os ha enviado aqui para sostenerme, y vuestra responsabilidad quedará á cubierto si os digo que no creo tener necesidad de ningun auxilio.

—V. A. puede despedirme, dijo Joyeuse, pero seria vergonzoso para mi retirarme en visperas de una batalla.

Las palabras de Joyeuse fueron acogidas por un murmullo prolongado de aprobacion, y el principe conoció que se habia escedido.

—Mi querido almirante, dijo levantándose y abrazando al jóven, veo que no que-
reis oirme. Creo, sin embargo, que tengo
razon, ó mas bien, que en la posicion en
que me encuentro no puedo confesar que
me he equivocado; me echais en rostro mis
defectos, y soy el primero en reconocerlos,

pues he sido demasiado celoso de mi buen nombre y he querido probar la superioridad de las armas francesas; pero el mal está ya hecho, y no es justo que queráis esponernos á otro mayor. Hállome delante de gentes armadas, es decir, delante de hombres que me disputan lo que me han ofrecido. ¿Quereis acaso que les ceda el campo para que vengan mañana á quitarme palmo á palmo todo el terreno que he conquistado? ¡No, pardiez! Ya se ha desenvainado la espada, y es preciso herir para que no nos hieran. Esta es mi opinion.

—Ya que V. A. habla en esos términos, dijo Joyeuse, me guardaré muy bien de añadir una sola palabra. Aquí estoy para obedeceros, monseñor, y lo haré con el mismo gusto si me lleváis á la muerte que guiándome á la victoria. Sin embargo....pero no, no....

—¿Qué?

—Que quiero y debo callar.

—¡No, por Dios! Hablad, almirante, hablad: yo lo quiero.

—En todo caso solo á vos, monseñor.

—¿A mi?

—Si V. A. lo tiene por conveniente. Levantáronse todos, y se retiraron hasta el extremo de la espaciosa tienda de Francisco.

—Hablad, dijo este.

—Monseñor, podreis soportar con indiferencia un revés por parte de la España, y hasta un golpe que deje triunfantes á esos bebedores de cerveza flamencos, ó á ese príncipe de Orange de dos caras; ¿pero os acomodaria hacer reir á vuestra costa al duque de Guisa?

Francisco frunció el ceño y dijo:

—¿El duque de Guisa? ¿Y qué tiene que ver en esto?

—Segun dicen, el duque de Guisa ha intentado asesinaros; pues si Salcedo no lo confesó en el cadalso, lo habia dicho en el testamento. Ya veis que si ahora nos dejamos derrotar delante de Amberes, vamos á darle un dia de júbilo, y á proporcionarle, tal vez sin necesidad de abrir la bolsa, la muerte de un hijo de Francia, que tan cara habia prometido de pagar á Salcedo. Leed la historia de Flandes, monseñor y vereis en ella que los flamencos tienen por

costumbre abonar sus tierras con la sangre de los principes mas ilustras y de los mejores caballeros franceses.

El duque meneó la cabeza.

—Sea lo que Dios quiera, Joyeuse, daré si es necesario al lorenés maldito el gusto de verme muerto, pero no el de verme fugitivo. Tengo sed de gloria, Joyeuse, porque soy el único de mi nombre que no ha ganado todavía batallas.

—Os olvidais de Cateau Cambresis, monseñor; verdad es que sois el único. Comparad esa escaramuza con las de Jarnac y Monecontour, y haced la cuenta de la ventaja que me lleva mi muy amado hermano Enrique.

—No, no soy un reyezuelo de Navarra, sino un príncipe francés.

Volviendo despues hacia los señores que se habian alejado á las primeras palabras de Joyeuse, añadió:

—Señores, es preciso disponernos para el asalto: la lluvia ha cesado, el terreno es bueno, atacaremos esta noche.

Joyeuse hizo una reverencia, y contestó:

— Monseñor se servirá comunicarnos sus órdenes, que ya esperamos.

— Teneis ocho navios sin contar la galera almirante, ¿no es eso, señor de Joyeuse?

— Si, monseñor.

— Pues bien, forzareis la linea, lo cual es facil, pues los de Amberes no tienen en el puerto mas que buques mercantes; anclareis en frente del muelle, y si veis que está defendido, bombardeareis la ciudad, intentando al mismo tiempo un desembarco con vuestros 1,500 hombres: dividiré el resto del ejército en dos columnas: el conde de Saint-Aignan mandará la una, y la otra estará á mis órdenes: ambas intentarán escalar las murallas por sorpresa en cuanto se disparen los primeros cañonazos. La caballeria formará la reserva para proteger en caso necesario la retirada de la columna que sea rechazada.

De estos tres ataques precisamente uno ha de salir bien; así pues, el primer cuerpo que se establezca sobre la muralla disparará un cohete para que los otros dos se le reunan inmediatamente.

—Pero bueno es preveerlo todo, monseñor, dijo Joyeuse. Supongamos lo que no creéis imposible, que las tres columnas de ataque sean rechazadas.

—En ese caso, nos acogeremos á los navios bajo la proteccion del fuego de nuestras baterias, á donde tal vez no se atrevan á ir á buscarnos los de Amberes.

Los capitanes inclinaron la cabeza en señal de aprobacion.

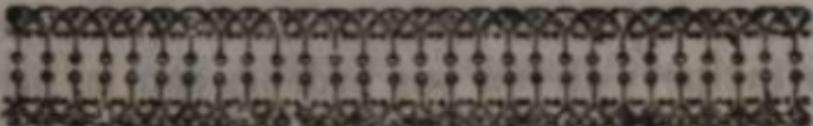
Ahora, señores, dijo el duque, es preciso guardar el mas profundo silencio. Que se despierte á las tropas dormidas y que se embarquen con órden; que ni un solo disparo de mosquete, ni la mas leve llama de los vivaques revelen nuestros designios, y de ese modo, almirante, os hallareis en el pueblo antes que los de Amberes sospechen vuestra partida. Aunque nosotros tenemos que atravesar la bahia y seguir la orilla izquierda, llegaremos al mismo tiempo.

—Retiraos, señores, y buen ánimo; la fortuna que nos ha seguido hasta ahora no temerá atravesar el Escalda con nosotros.

Los capitanes salieron de la tienda del príncipe y dieron sus órdenes con las precauciones indicadas.

Pronto todo aquel hormiguero humano se puso en movimiento haciendo un ruido confuso, semejante al que hace el viento al azotar las cañas y las ramas de los árboles.

El almirante se dirigió á bordo de su galera.



CAPITULO IV.

MONSEÑOR.

Los de Amberes no veían tranquilamente aquellos aprestos de hostilidad que hacia el duque de Anjou, de modo que Joyeuse no se engañaba al atribuirles la peor voluntad del mundo.

Amberes parecia una colmena cuando llega la noche, silenciosa y desierta por la parte interior llena de ruido y movimiento.

Los flamencos armados patrullaban por

las calles, parapetaban sus casas y se disponian al combate, fraternizando con los batallones del principe de Orange, parte de ellos ya de guarnicion en Amberes, y parte que entraba por pelotones y en seguida se esparcia por toda la ciudad.

Luego que estaba todo dispuesto para una vigorosa defensa, el principe de Orange entró tambien en la ciudad á favor de la oscuridad de la noche sin aparato de ninguna especie, pero con la calma y la firmeza que presidian á la realizacion de todas sus resoluciones cuando se proponia llevarlas á cabo.

Apeóse en la casa de la municipalidad preparada de antemano para recibirle por sus parciales, y allí se le presentaron todos los jefes populares: pasó despues revista á los oficiales de las tropas asalariadas, y por último, enteró de sus proyectos á los caudillos que habian de ayudarle en su empresa.

El mas esencial de sus proyectos era aprovecharse del manifiesto del duque de Anjou contra Amberes para romper con él. El duque, pues, caia en el lazo que él

Taciturno le habia tendido, y este veia con júbilo que el nuevo competidor á la soberanía iba á perderse como los demás.

La misma noche en que el duque de Anjou se preparaba á atacar como hemos visto, el principe de Orange, que hacia ya dos dias que estaba en la ciudad, tuvo una conferencia con el gobernador de la plaza nombrado por los ciudadanos. A cada objecion que hacia el gobernador al plan ofensivo del principe de Orange, si esta objecion podia producir retardo en los planes, el principe de Orange meneaba la cabeza como sorprendido de aquella incertidumbre; pero á cada movimiento de cabeza replicaba el gobernador de la plaza:

—Principe, ya sabeis que la venida de monseñor es cosa acordada y por lo tanto es necesario esperarla.

Esta palabra mágica hacia arrugar las cejas al Taciturno, pero aunque se roia las uñas de impaciencia, aguardaba con cierta resignacion.

Todos fijaron la visia en un gran reloj, como suplicando al horario que acelerase la venida del personaje tan impacientemente esperada.

Dieron las nueve de la noche, y la incertidumbre se convirtió en una verdadera ansiedad, porque algunos espías aseguraban haber notado movimiento en el campo francés.

Entre tanto, salió del puerto con dirección al Escalda una barca, pues los de Amberes, menos inquietos por lo que sucedía en tierra que por lo que pasaba en el mar, deseaban tener noticias exactas de la escuadra francesa; pero la barca no había vuelto.

El príncipe de Orange se levantó, y mordiéndose de cólera sus guantes de búfalo, dijo á los ciudadanos de Amberes:

—Tanto nos hará esperar monseñor, que Amberes será tomada y saqueada antes que llegue; en este caso la ciudad podrá juzgar de la diferencia que existe entre franceses y españoles.

Estas palabras no eran á propósito para tranquilizar á los oficiales civiles; así es que se miraron unos á otros con sobresalto, y en aquel momento se presentó un espía enviado al camino de Malines, y que se había adelantado hasta San Ni-

colás, anunciando que nada habia visto ni oído que indicase en lo mas mínimo la venida de la persona que se esperaba.

—Señores, exclamó el Taciturno al oír aquella noticia, ya lo veis, es inútil esperar mas: despachemos, pues, nuestros negocios, porque el tiempo urge, y no están aseguradas nuestras campiñas. Bueno es tener confianza en el talento de otros, pero antes de todo contemos con nosotros mismos. Deliberemos, pues, señores.

Apenas habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando se abrió la mampara y se presentó un portero de la municipalidad, y pronunció una sola palabra que en aquellas circunstancias valia por mil

—¡Monseñor!

En el acento de aquel hombre, en la alegría que no pudo menos de manifestar al desempeñar su oficio de portero, se podía leer el entusiasmo del pueblo y toda la confianza que le inspiraba el hombre á quien se designaba con la palabra vaga y respetuosa de monseñor.

Apenas se estinguió el sonido de aquella voz trémula de emocion, cuando un

hombre de estatura elevada é imponente cubierto de pies á cabeza con una capa que manejaba airosamente, entró en la sala y saludó con suma cortesía á cuantos en ella se encontraban.

Descubriendo desde luego su vista penetrante al principe en medio de sus oficiales, se dirigió á él y le presentó la mano.

El principe estrechó aquella mano con afecto y casi respetuosamente.

En seguida se dieron el dictado de monseñor reciprocamente.

Despues de estos primeros cumplimientos, el recién llegado se quitó la capa, descubriendo la ropilla de búfalo, los calzones de paño, las largas botas de cuero que calzaba y una enorme espada que parecia formar parte, no de su traje, sino de sus miembros, por la soltura con que se movia pendiente del cinturon, en el que brillaba además una daga de regulares dimensiones.

En cuanto se desembarazó de la capa dejó ver sus largas botas, de que ya hemos hablado, todas llenas de polvo y cie-

no, sus espuelas, cubiertas de sangre de su caballo, producian un ruido siniestro á cada paso que daba sobre las baldosas.

Sentándose á la mesa del consejo, preguntó al principe,

—¿De qué se trata, monseñor?

—Monseñor, respondió el Taciturno, ya habreis visto al venir que las calles están llenas de barricadas.

—Sí, por cierto.

—Y las casas aspilleradas, añadió el oficial.

—En cuanto á eso no he podido verlo, pero me parece buena precaucion.

—Tambien se han doblado las cadenas de los puentes.

—Perfectamente, dijo el desconocido con aire de indiferencia.

—¿No aprueba monseñor estos preparativos de defensa? preguntó una persona con acento de inquietud y zozobra.

—Sí, por cierto, dijo el desconocido, pero no me parece muy útil en las circunstancias en que nos hallamos, porque fatigan al soldado y molestan á los habitantes. Supongo que teneis un plan de ataque y de defensa.

— Esperábamos á monseñor para comunicárselo, respondió el burgomaestre.

— Decidlo, señores.

— Monseñor ha llegado algo tarde, y así me he visto precisado á obrar.

— Y habeis hecho perfectamente, monseñor, pues nadie ignora que cuanto ejecutais lleva el sello de la prudencia y del acierto. Por lo demás, tan poco yo he perdido el tiempo en el camino.

— Por medio de nuestros espías hemos sabido, dijo el burgomaestre, que hay movimiento en el campo de los franceses, que se dispone á un ataque; pero como no sabemos de qué lado vendrá ese ataque, hemos colocado la artillería de tal modo que pueda ser utilizada en toda la estension de la muralla.

— Disposicion prudente, respondió el desconocido con una leve sonrisa y mirando á hurtadillas al Taciturno, que guardaba silencio y permitia que unos paisanos hablasen delante de él de cosas pertenecientes á la guerra.

— Lo mismo hemos hecho con nuestras tropas civicas, prosiguió el burgomaes-

tre; las hemos repartido en guardias por toda la muralla y les hemos dado orden de acudir al punto de ataque.

—¿Y con qué objeto? preguntó el desconocido.

—Con el de intimidarnos á fin de que entremos en tratos amistosos que entreguen la ciudad á los franceses.

El desconocido miró de nuevo al príncipe de Orange; cualquiera hubiera dicho que no tenia el menor interés en cuanto estaba sucediendo, supuesto que todo lo escuchaba con una especie de indiferencia semejante al desprecio.

—Sin embargo, observó otro del consejo, se han notado esta noche preparativos de ataque en el campamento enemigo.

—Esas son sospechas sin el menor fundamento, replicó el burgomaestre; yo mismo he examinado el campamento con un excelente antejo que he recibido de Strasburgo, y puedo asegurar que la artillería parecia como clavada en el suelo, que los hombres se preparaban para descansar, y que el duque de Anjou ha convidado á

cenar á su tienda á los oficiales.

El desconocido miró de nuevo al príncipe de Orange, y creyó notar entonces que una ligera sonrisa crispaba los labios del Taciturno, en tanto que acompañaba desdeñosamente dicha sonrisa con un movimiento de hombros casi imperceptible.

—Señores, dijo al fin el desconocido, estais equivocados de medio á medio, pues no se os prepara en este momento un ataque sin consecuencia, sino un asalto en toda regla.

—¿Es cierto?

—Vuestros planes, por muy acertados que os parezcan, son incompletos.

—¡Pero, monseñor!... digeron los ciudadanos algun tanto humillados al ver que se dudaba de sus conocimientos estratégicos.

—Incompletos, repitió el desconocido, y hé aquí la prueba; esperais un choque, y habeis lecho todos los preparativos necesarios para la defensiva.

—Sin duda.

—Pues bien, señores, ese ataque, si que-reis seguir mis consejos....

—Acabad, monseñor.

—No debéis esperarlo: debéis tomar desde luego la ofensiva.

—Eso es lo que se llama hablar y entenderlo, exclamó el príncipe de Orange.

—Ahora mismo, prosiguió el desconocido conociendo que desde entonces podría contar con el apoyo del príncipe, en este mismo instante se aparejan los buques del duque de Joyeuse.

—¿Cómo sabéis eso, monseñor? preguntaron á la vez el burgomaestre y los demás individuos del consejo.

—Lo sé, contestó el desconocido.

Un murmullo de duda resonó en la asamblea que, aunque muy disimulado, llegó á los oídos de aquel guerrero al parecer consumado, que acababa de presentarse en la escena para representar, según todas las probabilidades, el principal papel.

—¿Dudais de lo que digo? preguntó tranquilamente como hombre acostumbrado á hacer frente á toda clase de incertidumbre, de amor propio y de precauciones vulgares.

—No dudamos, monseñor, supuesto que

vos nos lo asegurais: sin embargo, nos permitirá V. A....

—Hablad.

—Decimos que si así fuese....

—¿Qué?

—Ya lo sabriamos nosotros.

—¿Por quién?

—Por nuestro espia del puerto.

A este tiempo un hombre empujado por el ugier entró bruscamente en el salon y dió algunos pasos, adelantándose con respeto ya hácia el burgomaestre, ya hácia el príncipe de Orange.

—¡Ab, ah! dijo el primero. ¿Eres tú amigo mio?

—Si, yo mismo, señor burgomaestre respondió el recien llegado.

—Monseñor, dijo el burgomaestre, es el hombre que hemos enviado de descubierta.

A la palabra monseñor, que entonces no era dirigida al príncipe de Orange, el espia hizo un movimiento de sorpresa y de alegría, acercándose precipitadamente para ver mejor al personaje designado con este título.

El hombre que acababa de llegar era uno de esos marineros flamencos, cuyo tipo no puede equivocarse con otros por ser demasiado marcado, cabeza cuadrada, ojos azules, pescuezo corto y anchas espaldas; estrujaba entre sus manos un gorro de lana, húmedo todavía, y cuando estuvo cerca de los oficiales se vió que dejaba sobre las baldosas un gran charco de agua á causa de que sus vestidos groseros estaban completamente empapados.

—¡Oh, oh! Hé aquí un valiente que ha vuelto á nado, dijo el desconocido mirando al marinero con ese aire de autoridad que impone casi siempre al soldado y al domestico, porque revela á un tiempo el mando y la benevolencia.

—Sí, monseñor, sí, respondió al punto el marinero: y por cierto que el Escalda es ancho y de corriente rápida.

—Habla Goes, habla, añadió el desconocido, que no ignoraba el precio del favor que dispensaba á un simple marinero llamándole por su nombre.

Desde este momento solo el desconocido existía allí para Goes, en términos

que, en vez de dar cuenta de su comision al que le habia enviado se dirigió á él y dijo:

—Monseñor, he salido en mi barca mas pequeña, he pasado á favor de la consigua por medio de la barra que hemos improvisado en el Escalda con nuestras embarcaciones y he conseguido llegar hasta esos condenados franceses. ¡Ah! monseñor perdonad, añadió Goes interrumpiéndose.

—Adelante, adelante, dijo sonriéndose el desconocido; yo soy francés á medias, y por consiguiente solo soy condenado á medias.

—Así pues, monseñor, ya que monseñor ha tenido la bondad de perdonarme...

El desconocido meneó la cabeza en señal de asentimiento, y Goes prosiguió diciendo:

—En tanto que yo bogaba en la oscuridad con mis remos cubiertos de lona, oí una voz que gritaba:

—¡Ah de la barca! ¿Quién sois?

Creyendo yo que esta pregunta se dirigia á mí, iba á contestar cuando gritan á mi espalda:

—Canoa almirante.

El desconocido miró á los oficiales con una señal de cabeza que significaba:

—¿Nó es lo he dicho?

—Al mismo tiempo, prosiguió Goes, y queriendo yo virar de bordo, sentí un choque terrible que volcó mi barca; el agua me cubrió la cabeza, fui rodando á un abismo sin fondo; pero los remolinos del Escalda me reconocieron como á un amigo antiguo y volví á ver el cielo. Toda esta desgracia la debo á la canoa francesa que conducia al duque de Joyeuse á la galera almirante, y la cual pasó bonitamente sobre mi, y solo Dios sabe por qué no estoy descalabrado y por qué ahora me encuentro aquí en vez de servir de pasto á los peces.

—Gracias, valiente Goes, gracias, dijo el príncipe de Orange muy satisfecho al ver que se habia realizado su prevision: vete y guarda silencio.

Diciendo así alargó el brazo y entregó al marinero un bolsillo.

Goes, sin embargo, esperaba al parecer otra cosa: el permiso del desconocido para retirarse.

Este último le hizo una señal benévola con la mano, y Goes se retiró visiblemente mas satisfecho de esta prueba de afecto que del regalo del príncipe de Orange.

—¿Qué decis ahora del informe que habeis oido? preguntó el desconocido al burgomaestre. ¿Dudais aun de que los franceses se disponen á aparejar, y creéis que el duque de Joyeuse solo se ha trasladado á bordo por el gusto de dormir en la galera almirante?

—Pero, monseñor, exclamaron los de Amberes, vos lo adivinais todo.

—Ni mas ni menos, monseñor, el príncipe de Orange, que en todo opina como yo, sin que me quepa la menor duda. Así pues, estoy informado de todo como S. A., y ademas conozco perfectamente nuestros adversarios, que estan en el otro lado.

Y su mano señalaba hácia los buques.

—Por lo mismo, añadió, hubiera extrañado mucho que no se preparasen á atacarnos esta noche. Así pues, estad prontos y prevenidos, porque si les dais tiempo atacarán seriamente.

—Estos señores, dijo el príncipe de O-

range, me harán la justicia de confesar que antes de vuestra llegada, les he estado haciendo la misma advertencia.

—¿Pero por qué cree monseñor que los franceses van á atacarnos? preguntó el burgomaestre.

—Hé aquí las probabilidades: la infantería es católica y se batirá sola, lo cual quiere decir que acometerá por un lado; la caballería es calvinista, y por lo tanto también emprenderá aisladamente le refriega. Ya tenemos dos cuerpos por dos lados distintos. La marina obedece al duque de Joyeuse, que acaba de llegar de París, y como la corte sabe el objeto que aquí se propone, querrá tener su parte de gloria. Con la escuadra se completan tres puntos de ataque.

—Pues bien, observó el burgomaestre; formemos tres cuerpos.

—Uno, señores, uno solo compuesto de los mejores soldados, dejando á los débiles en campo raso para la defensa de las murallas. Con ese cuerpo emprended una salida vigorosa cuando menos la espere el enemigo, y así, cuando crea que ataca, se

verá prevenido y atacado por vosotros. Si esperais el asalto, sereis perdidos, porque el frances no reconoce igual en esa clase de guerra, así como nadie os aventaja, señores, cuando en campo raso defendeis vuestras villas y ciudades.

Los flamencos se pagaron mucho de este cumplimiento dirigido á su valor.

—Acordaos de lo que yo os decia, señores, murmuró el Taciturno.

—Es para mi sumamente honorífico, añadió el desconocido, el haber coincidido sin saberlo con el parecer del primer capitán del siglo.

Los dos se inclinaron saludándose reciproca y cordialmente.

—De modo, prosiguió el desconocido, que está resuelta ya vuestra salida con la infanteria y caballeria enemigas, y yo espero que vuestros oficiales la conducirán de modo que rechaceis á los sitiadores.

—Pero el caso es, replicó el burgomaestre, que sus buques de guerra forzarán nuestra barra: y como el viento es Noroeste, estarán en el puerto, es decir, en la ciudad, dentro de dos horas.

— Vosotros teneis seis navios viejos y treinta buques de diferentes esloras en Sta. Maria, que dista una legua de aqui, ¿no es verdad? Esa es vuestra barricada marítima, vuestro dique que cierra el Escalda.

— Si, monseñor, justamente. ¿Cómo es que conoceis tantos pormenores?

El desconocido contestó sonriéndose.

— Ya veis que los conozco; pues bien, en ellos estriba el éxito del combate.

— En tal caso, repuso el burgomaestre, es preciso enviar refuerzos á nuestros valientes marinos.

— Al contrario: todavía podeis disponer de cuatrocientos hombres que hay allí de sobra, pues bastan veinte inteligentes y decididos.

Los de Amberes estaban como sobrecojidos, pues nada entendían.

— ¿Quereis, les preguntó monseñor, destruir completamente la escuadra francesa sacrificando vuestros seis navios viejos y vuestras treinta embarcaciones inútiles?

— Bah! contestaron los de Amberes; no son tan viejos como parecen nuestros navios ni tan inútiles nuestras barcas.

—Pues bien, tasadlas y se os pagará su importe.

—Estos son, dijo el Taciturno en voz baja al desconocido, los hombres con quien tengo que luchar. Si solo me combatiesen los acontecimientos de la guerra, ya los hubiera vencido.

—Vamos, señores, repitió el desconocido, metiendo la mano en su limosnera, tasad, pero tasad pronto: os pagaré con crédito contra vuestro mismo comercio, y creo que los dareis por corrientes.

—Monseñor, dijo el burgomaestre después de haber deliberado con los demás ciudadanos, nosotros somos comerciantes y no grandes señores, y así deben perdonárenos algunas vacilaciones, porque nuestras almas no están realmente en nuestros cuerpos, sino en nuestros mostradores. Sin embargo, hay circunstancias en que el bien general exige de nosotros penosos sacrificios, y así disponed de nuestros buques como mejor os parezca.

—A fé mia, monseñor, que habeis sido afortunado, pues en seis meses no hubiera conseguido yo lo que vos acabais de

lograr en diez minutos.

—Voy, pues, á disponer de esas embarcaciones, señores, pero en otros términos:

Los franceses con la galera almirante de vanguardia van á tratar de forzar el paso, y por mi parte voy á prolongar al doble las cadenas del dique ambulante, á fin de que la escuadra se encuentre encerrada y comprometida en medio de vuestros diques. En esta cituacion, los veinte valientes marineros flamencos que los tripulan, arrojan los ganchos de abordage á la escuadra enemiga y en seguida se alejan en una barca despues de haber dado fuego á las embarcaciones atestadas de materias inflamables.

—En cuyo caso, observó el Taciturno, se abrasará completamente la escuadra francesa.

—Sin que nada pueda libertarla de tan horrible desastre, añadió el desconocido: de ese modo ya no puede retirarse el enemigo por mar ni por tierra, porque al mismo tiempo se soltarán las compuertas y esclusas de Malines, de Berchem, de

Lier, de Duffel y de Amberes. Rechazados por vosotros, perseguidos por torrentes de agua, cercados enteramente por una marea inesperada que sube sin cesar por ese mar sin reflujó, quedarán los franceses aniquilados, ahogados, destruidos sin el menor recurso.

Los flamencos lanzaron mil gritos de júbilo.

—Solo se presenta un inconveniente, observó el príncipe.

—¿Cual, monseñor? preguntó el desconocido.

—Se necesita un dia entero para expedir las órdenes convenientes, y solo podemos disponer de una hora.

—Y una hora basta.

—¿Y quién avisará á la flotilla?

—Estaba avisada.

—¿Por quién?

—Por mí, pues si estos señores la hubiesen rehusado estaba decidido á comprarla.

—Pero Malines, Lier, Duffel!...

—He pasado por los dos primeros puntos y he enviado al tercero un agente seguro. A las once quedarán batidos los

franceses, á las doce arderá su escuadra, á la una estará el enemigo en completa retirada, y á las dos romperá Malines sus diques, Lier abrirá sus esclusas y Duffel dará salida al agua de sus canales por todas las compuertas. Entonces toda la llanura se convertirá en un océano furioso que tragará casas, sembrados, bosques y aldeas, pero también servirá de sepulcro al ejército invasor, de tal modo que ni un solo francés volverá á entrar en Francia.

Un silencio de admiración y casi de espanto acogió estas palabras; pero este primer sentimiento se trocó de allí á poco en entusiastas aplausos.

El príncipe de Orange dió dos pasos hácia el desconocido y le alargó la mano.

—Así pues, monseñor, le dijo, todo está pronto por nuestra parte.

—Todo, contestó el primero, y también me parece que los enemigos se preparan.

Diciendo así, señaló á la puerta que un oficial acababa de abrir.

—Monseñor, monseñor, dijo este, acaba de saberse que los franceses se mueven

con direccion á la ciudad.

—¡A las armas! exclamó el burgomaestre.

—¡A las armas! repitieron todos.

—Poco á poco, señores, gritó el desconocido con acento imperioso: necesito recomendaros una cosa mucho mas importante que todas las demás.

—Hablad, hablad, contestaron los ciudadanos.

—Los franceses van á ser sorprendidos y por consiguiente no habrá combate ni retirada, sino fuga; así pues, para perseguirlos es preciso no dormirse. Afuera corazas, ¡ira de Dios! porque no podeis mereos con ellas y os han hecho perder no pocas batallas. ¡Afuera corazas, vuelvo á decir!

Y el desconocido mostró su pecho unicamente defendido por una piel de búfalo:

—Allá nos veremos, señores capitanes, añadió con altivez: entre tanto dirigios á la plaza de la municipalidad, en donde os espera la guarnicion formada en batalla: pronto estaré con vosotros.

—Gracias, monseñor, dijo el príncipe al desconocido: acabais de salvar la Bélgica y la Holanda.

—Príncipe contad conmigo, contestó el segundo.

—¿Desenvainará V. A. la espada contra los franceses?

—Yo me compondré de modo que pueda combatir al frente de los hugonotes, contestó el desconocido inclinándose y sonriéndose de un modo que no envidió poco su sombrío compañero, y que solo á Dios fué dado comprender.



CAPITULO V.

FRANCESES Y FLAMENCOS.

CUANDO todo el consejo salia de la casa de la municipalidad y los oficiales iban á ponerse á la cabeza de sus fuerzas respectivas para ejecutar las órdenes del jefe desconocido que parecia enviado á los flamencos por la Providencia, un rumor que se estendia por toda la ciudad resonó largo rato y se reasumió en un gran grito.

Al mismo tiempo empezó la artillería sus disparos, sorprendiendo á los franceses en

su nocturna marcha, cuando por el contrario creían ellos sorprender á la ciudad dormida: sin embargo, en vez de detenerse apresuraron el paso.

Si no era posible tomar á Amberes por sorpresa ó escalándola, como entonces se decia, podian á lo menos, como hemos visto que lo ejecutó en Cahors el rey de Navarra, llenar el foso de faginas y derribar las puertas con petardos.

Los cañones de las murallas continuaban haciendo fuego, pero su efecto era casi nulo por la oscuridad de la noche, y así, despues de haber contestado con mil gritos á los gritos de sus adversarios, prosiguieron avanzando los franceses hácia la plaza con la fogosa intrepidez que les es habitual en los combates.

Pero de pronto se abren puertas y rastillos, y por todas partes aparece gente armada, á la que no anima ciertamente la ardiente impetuosidad que al enemigo sino una especie de embriaguez pesada que no impide el movimiento del guerrero, sino que lo convierte en una muralla ambulante.

Eran los flamencos que se adelantaban en columna cerrada; en grupos compactos, sobre los cuales tronaba una artillería mas estrepitosa que formidable.

Entonces empezó el combate cuerpo á cuerpo: chócense la espada y el cuchillo, crúzanse la lanza y la daga, y los pistoletazos y las detonaciones de los arcabuces iluminan los rostros de los batallones cubiertos de sudor y de sangre.

Pero no se oye un grito, ni una queja, ni un suspiro: los flamencos se baten con rabia y los franceses por despecho: los primeros se enfurecen por verse precisados á batirse, pues no lo hacen por oficio ni por gusto: los franceses no pueden tolerar el haber sido atacados cuando se disponian á atacar.

Al mismo tiempo en que unos y otros vienen á las manos con un escarnizamiento que en vano procuraríamos describir, óyense nuevas detonaciones hácia el lado de Santa María y se levanta sobre la ciudad un resplandor semejante á un penacho de llamas. Joyeuse ataca ya, y se propone llamar la atención del enemigo for-

zando la barrera que defiende el Escalda para penetrar con su escuadra en el corazón de la ciudad.

Así lo creían á lo menos los franceses, aunque la realidad no correspondía á sus deseos.

Impelido por un viento de Oeste, es decir, por el mas favorable á semejante empresa, Joyeuse se hizo á la vela, y toda la escuadra, con la galera almirante de vanguardia, se dejó arrastrar por la brisa á pesar de la corriente. Todo se habia preparado en los buques para el combate; los marineros se habian armado ya con sables de abordaje, los artilleros esperaban al pié de las piezas con mecha encendida, y los gavieros amontonaban granadas en las cofas; por último, varios pelotones de escogidos é intrépidos marineros, provistos de hachas, esperaban el momento de saltar á las embarcaciones enemigas y de hacer pedazos sus cadenas y sus jarcias para abrir un boquete á la escuadra.

Los siete buques de Joyeuse navegaban silenciosamente formando un ángulo recto, cuyo vértice era la galera almirante, y

se asemejaban á un grupo de gigantescos espectros que se deslizaban á flor de agua. El jóven duque, que hasta entonces se habia mantenido á popa junto al oficial que estaba de cuarto, no pudo resistir por mas tiempo á su propia impaciencia, y cubierto de riquísima armadura, ocupó el puesto del primer teniente, y se inclinó sobre el bauprés para penetrar con sus miradas al través de la bruma que cubria el rio y de las tinieblas que encapotaban la noche.

No tardó en divisar en medio de las sombras el prolongado dique, ó mas bien, aquella especie de dársena enemiga que iba estendiéndose por el rio, aunque parecia completamente abandonada. Sin embargo, en aquel pais de traiciones y emboscadas, todo podia temerse, y aquel fingido abandono, aquel imponente silencio revelaban algun acontecimiento desastroso.

La escuadra siguió adelantándose hasta colocarse á diez cables de la barra, sin que un solo *quién vive* detuviese sus movimientos ni indicase á los franceses la proximidad del menor peligro.

Los marineros no consideraban aquel silencio sepulcral sino como una torpe negligencia que les llenaba de júbilo; pero el jóven almirante, mas previsor, temia alguna astucia.

En fin, la proa de la galera se enredó en los aparejos de dos buques que formaban el centro de la linea opuesta á los franceses, y arrojándolos con la violencia del arranque hácia su frente, conmovió todo aquel dique flexible, cuyos puentes estaban sujetos entre sí por medio de cadenas, y que, cediendo sin romperse, tomó al plegarse hácia los costados de los buques franceses la misma forma que estos tenían.

De improviso, y cuando acababa de comunicarse la orden de romper la linea, una multitud de ganehos arrojados por manos invisibles llegaron á aferrarse fuertemente á todas las embarcaciones de la escuadra.

De este modo se adelantaban los flamencos á la maniobra de los franceses, haciendo lo que estos se preparaban á poner por obra.

Creyendo Joyeuse que el enemigo le provocaba á un encarnizado combate, lo aceptó sin vacilar: mandó arrojar tambien sobre la línea contraria los gauchos de la escuadra y aferrar de cerca á esta con aquella, á fin de que, batallando cuerpo á cuerpo, se decidiese pronto la accion, y apoderándose de una hacha, se arrojó el primero sobre el navio mas próximo de los de Amberes gritando con entusiasmo guer-rero:

—¡Al abordaje! ¡al abordaje!

Siguióle toda la tripulacion, oficiales y marineros, lanzando el mismo grito: pero ni un solo grito contestó á los suyos, ni la menor resistencia se opuso á su agre-sion.

Pero todos divisaron tres barcas llenas de hombres, las cuales huian silenciosa-mente por el rio con direccion á la ciu-dad, como tres gaviotas acosadas por la tempestad. Navegaban á fuerza de remos y del mismo modo que las gaviotas, des-aparecian por un instante entre dos olas para aparecer poco despues en un punto mas lejano.

Entre tanto los franceses permanecian inmóviles sobre las cubiertas de aquellos buques que acababan de tomar sin combate, pues en ningun punto de la linea encontraron la mas minima oposicion.

De pronto oyó Joyeuse bajo sus pies un sordo ruido, y al mismo tiempo se esparció en la atmósfera un fuertísimo olor de azufre. Conoció al punto lo que aquello significaba; corrió á una escotilla, y la abrió desesperado...las entrañas del buque estaban ardiendo.

En aquel mismo instante resonó por toda la linea el grito de *á los buques, á bordo, á bordo.*

Precisamente los marineros sin perder momento para atender á la salvacion de la escuadra y para librarse de las terribles esplosiones que les amenazaban; Joyeuse, que habia sido el primero en bajar de la galera, fué el último que volvió á ella, y no bien acababa de poner el pié en la escala, cuando el fuego hizo saltar en mil pedazos la cubierta del buque que acababa de abandonar.

Lanzáronse entonces las llamas como veia-

te volcanes: cada barca, cada sloop, cada navio era un cráter, y la escuadra francesa, cuyos buques eran de mucho mayor porte, parecia dominar un abismo de fuego.

Dióse inmediatamente órdenes de picar cables, de cortar aparejos, de romper cadenas y de aflojar ganchos de abordage y abandonarlos, y los marineros se entregaron á la faena con la prontitud y empeño de hombres profundamente convencidos de que de aquella rapidez dependia su salvacion.

Pero la tarea era inmensa, pues al paso que no era difícil cortar los ganchos del enemigo que sujetaban los buques franceses, nadie podia prometerse arrancar de la linea contraria los que estos últimos habian arrojado con la esperanza de que no se les escapase la presa.

Pocos momentos despues se oyeron veinte detonaciones, y los costados de los buques franceses empezaron á crugir llenando de zozobra á cuantos esperaban que de un momento á otro se abriesen.

Esta detonacion era producida por la artilleria que defendia el dique, y cuyos

cañones, cargados hasta la boca y abandonados por los de Amberes, se disparaban por sí mismos á medida que el fuego los iba cercando por todas partes, devorando cuantos objetos se oponian á su paso.

Las llamas subian por los mástiles y las jarcias; como gigantescas sierpes, se enroscaban á las vergas, y con sus agudas y abrasadas lenguas lamian los costados de los buques franceses.

Joyeuse, siempre cubierto con su magnífica armadura damasquina de oro, proseguia dando tranquilamente y con imperioso acento las órdenes convenientes en medio de las llamas, semejante á una de aquellas fabulosas salamandras de millones de escamas que á cada movimiento que hacian arrojaban un monton de centellas.

Las detonaciones redoblaron convirtiéndose en horrorosas descargas: no eran ya los cañones disparados, sino las *Santas Bárbaras* de los buques que se iban incendiando, y los mismos buques que volaban hechos astillas.

En tanto que Joyeuse animó la esperanza de romper los infernales lazos que le amarraban á sus enemigos, luchó con toda la energia de su carácter, con todo el valor de la desesperacion; pero era ya imposible resistir por mas tiempo contra el elemento que destruia la escuadra sin vencerla, porque las llamas se habian apoderado ya de los buques franceses, y los abrasados restos de las embarcaciones de la linea caian sobre ellos como una espesa lluvia de fuego que consumia todas sus obras, porque era el fuego griego, ese fuego implacable que se alimenta con lo que á otros destruye, y que devora su presa hasta en la profundidad del mar.

Al volar los navios de Amberes quedó rota la linea defensiva, y la escuadra francesa se apartó enteramente de su derrotero, cubierta de llamas y arrastrando consigo fragmentos de los abrasados brulotes que habian ocasionado su espantoso desastre.

Joyeuse se convenció de que todos los esfuerzos del mundo serian infructuosos, y por lo tanto mandó echar las lanchas al

agua y tomar tierra en la orilla izquierda.

Igual orden fué comunicada á los demás buques por medio de las bocinas, y las tripulaciones que no la oyeron se guiaron por su propio instinto, que les sugirió el mismo pensamiento, de modo que toda la tripulacion estaba ya emboscada, sin exceptuar un solo marinero, antes que Joyeuse hubiese abandonado el puente de su galera.

Su serenidad parecia haberse comunicado á todos, pues no habia un marinero que hubiese abandonado un instante su hacha y sus pistolas. Antes de llegar las lanchas á tocar tierra se volò la galera almirante, iluminando por un lado todo el casco de la ciudad combatida, y por el otro el inmenso horizonte del rio, que ensanchándose progresivamente, va á perderse en el mar.

Entre tanto habian cesado los fuegos de la artilleria de las murallas, no porque la furia del combate hubiese disminuido, sino al contrario, porque flamencos y franceses se batian como tigres cuerpo á cuerpo, y no se podia disparar so-

bre los últimos sin disparar contra los primeros.

Tambien la caballería calvinista habia dado brillantes cargas, destruyendo y derribando cuanto se oponia á su empuje; pero los flamencos soterrados acometian á los caballos con sus afilados cuchillos y les abrian el vientre.

A pesar de las ventajas que habian obtenido los franceses, no dejó de introducirse algun desorden en sus columnas de ataque, de modo que casi no hacian mas que sostenerse en el terreno conquistado en vez de avanzar, al paso que por las puertas de la ciudad salian incesantemente batallones de refresco que se arrojaban audazmente sobre el ejército del duque de Anjou.

Oyese de repente confusa griteria casi debajo de las murallas de la ciudad: las palabras ¡Anjou! ¡Anjou! ¡Francia! ¡Francia! resuenan en medio de los de Amberes, y un choque violento, incontrastable, deshace aquella maza tan cerrada por el simple impulso de los que la componen, pues las primeras filas de ella eran valientes por-

que no podían hacer otra cosa.

Joyeuse era la causa de aquel terrible movimiento, sus marinos dan aquellos furiosos gritos, y mil quinientos hombres armados de hachas y de cuchillos, mandados por el intrépido almirante, que había podido apoderarse de un caballo, se precipitan con el mayor denuedo sobre los flamencos, resueltos á vengar la destrucción de la escuadra y la pérdida de doscientos camaradas abrasados ó ahogados.

No han tratado de elegir puesto en la pelea, sino que se han arrojado sobre el primer cuerpo que por su traje é idioma les ha parecido enemigo.

Nadie manejaba mejor que Joyeuse su larga espada de combate; su puño daba rápidas vueltas como un molinete de acero, y con cada golpe de corte hendía una cabeza, así como con cada estocada traspasaba un pecho.

El cuerpo de flamencos que se opuso á su paso desapareció como desaparece un grano de trigo entre un enjambre de hormigas.

Satisfechos de aquel primer encuentro,

avanzaron los marinos sin descansar un segundo; pero mientras ganaban terreno por una parte, la caballería calvinista, sin poderse resolver entre las masas que la cercaban, se retiraba por otra lentamente; sin embargo, la infantería del conde de Saint-Aignan continuaba luchando cuerpo á cuerpo con los flamencos.

El príncipe había contemplado el incendio de la escuadra como se contempla un lejano resplandor producido por causas naturales; llegaban á sus oídos descargas de artillería; pero lo único que sospechaba era que se había trabado en el río un encarnizado combate, el cual no tardaría en terminar victoriosamente para sus armas, pues le era imposible creer que unos cuantos buques flamencos se sostuviesen mucho tiempo contra la escuadra francesa.

Esperaba pues, á cada instante que Joyeuse llamase hácia otra parte la atención del enemigo, cuando fueron á decirle que la escuadra quedaba destruida y que Joyeuse y sus marinos cargaban por tierra á los flamencos.

Desde entonces empezó á inquietarse,

porque la escuadra constituía su punto de retirada y por consiguiente la seguridad del ejército: así que, envió á la caballería calvinista la órden de dar otra carga, órden que fué obedecida disponiéndose aquella fatigada falange á acometer otra vez á los de Amberes.

Oíase la voz de Joyeuse que gritaba á los suyos en medio de la refriega:

—¡A ellos, señor de Saint-Aignan! ¡Francia! ¡Francia!

Y como una hoz que siega un campo de trigo, su espada giraba en el aire y caía para segar cabezas humanas: el débil favorito, el sibarita delicado, parecía que al ceñirse la coraza habia adquirido las fuerzas maravillosas del Hércules Nemeo.

La infantería, por su parte, al oír aquella voz potente que dominaba el estruendo de las armas, al ver aquella espada que resplandecía en medio de la oscuridad, recobró su imponderable valor, y á imitación de la caballería, volvió á embestir con desconocida furia.

Pero entonces salió de la ciudad aquel

personaje á quien llamaban monseñor montado en un soberbio caballo negro.

Llevaba armas negras, es decir, que su casco, sus brazaletes y su coraza eran de acero empavonado y bruñido; seguíanle quinientos ginetes perfectamente montados que habia puesto á sus órdenes el príncipe de Orange.

También Guillermo el Taciturno, salió por otra puerta paralela con su infantería elegida, que todavía no habia entrado en fuego.

El caballero de las armas negras corrió á los puntos mas amenazados, es decir, á aquellos en que la presencia de Joyeuse esparcía la consternación y el espanto.

Los flamencos le reconocieron al punto y gritaron alegremente:

— ¡Monseñor! ¡Monseñor!

Joyeuse y sus marineros vieron que el enemigo flaqueaba, oyeron sus exclamaciones y repentinamente se encontraron al frente del nuevo refuerzo que acababa de aparecérseles como por encanto.

Joyeuse se lanzó contra el caballero de

las armas negras, y ambos chocaron con terrible encarnizamiento.

Del primer choque sus espadas brotaron infinidad de centellas.

Confiado Joyeuse en el temple de su armadura y en sus conocimientos del arte de la esgrima, descargó sobre su adversario recios mandobles, que este evitó con singular maestría: al mismo tiempo le tocó en el pecho la espada del desconocido, y deslizándose por la coraza, le hizo un rasguño en el hombro, del cual salieron algunas gotas de sangre.

—¡Ah! exclamó el joven almirante al sentir la punta del acero, este hombre es un francés, y no hay duda, se ha ejercitado en el manejo del arma bajo la dirección del mismo maestro que yo.

A estas palabras trató de retirarse el desconocido á fin de arrojarse sobre otro punto de ataque.

—Si eres francés, le gritó Joyeuse con rabia, eres así mismo un traidor y un villano, porque estás combatiendo contra tu patria y contra tu bandera.

El desconocido contestó á estos insultos.

tos volviendo á acometer á Joyeuse con nueva furia.

Pero esta vez el almirante estaba ya dispuesto á rechazar vigorosamente su agresion, y no ignoraba que tenia que habérselas con un tirador consumado, y así fué que paró tres ó cuatro estocadas dirigidas por aquel con tanta habilidad como encono, con tanta fuerza como cólera.

El desconocido á su vez hizo un movimiento de retirada.

—Mira, le gritó el almirante, esto es lo que hacen los valientes cuando pelean por su país; un corazon puro y un brazo leal bastan para la defensa de una cabeza sin casco y de una frente sin visera.

Y rompiendo los broches de su yelmo, lo arrojó á gran distancia, descubriendo su noble y altiva frente y unos ojos brillantes que revelaban todo el orgullo de la juventud y del valor.

El caballero de las armas negras, en lugar de responder con la voz ó de seguir el ejemplo de su arrogante competidor, lanzó un sordo gemido, y levantó la espada sobre aquella cabeza desnuda.

—¡Ah! le dijo Joyeuse parando al mismo tiempo el golpe, bien dije yo que eras un traidor fementido; pues bien, vas a morir como mueren los traidores.

Y hablando así, le acosó terriblemente, asestándole dos ó tres estocadas seguidas, una de las cuales penetró por las aberturas de la visera de su casco.

—¡Ah! te mataré, repetía el jóven, y te arrancaré ese casco que oculta tus facciones y las defiende de mi espada; en seguida colgaré tu cadáver del primer árbol que encuentre en el camino.

El desconocido iba ya á contestar, cuando uno de sus gefes, que acababa de reunirse en aquel mismo instante, le llamó la atención diciéndole en voz baja:

—Monseñor, dejad las escaramuzas, por que vuestra presencia es sumamente indispensable allá abajo.

El desconocido siguió con la vista la direccion que señalaba la mano de su interlocutor, y al punto conoció que los batallones flamencos empezaban á cejar, acometidos denodadamente por la caballería calvinista.

—En efecto, contestó con acento sombrío, allí están los que ando buscando desde que he desembainado la espada.

En aquel momento se arrojó un cuerpo de ginetes de refuerzo sobre los marineros que capitaneaba Joyeuse, los cuales, cansados ya de pelear sin el menor descanso contra todas las tropas que les habían hecho frente, comenzaron á retirarse paso á paso.

El caballero negro se aprovechó de aquel movimiento inesperado para desaparecer velozmente entre la confusión del combate y las tinieblas de la noche.

Un cuarto de hora despues abandonaban los franceses el campo de batalla y procuraban retirarse sin huir, pues el conde de Saint-Aignan había tomado perfectamente sus medidas para que nadie pudiese molestarle impunemente en su retirada.

A pesar de esto, una nueva columna de quinientos caballos y dos mil infantes salió de la ciudad repentinamente y dió alcance á aquel ejército medio destruido por tan largo combate, y que se retiraba des-

alentado. Dicha columna la componian los partidarios del principe de Orange, que sucesivamente habian peleado contra el duque de Alba, contra D. Juan de Austria, contra D. Luis Requesens y contra Alejandro Farnesio.

Entonces fué preciso decidirse á dejar el campo de batalla y retirarse por tierra, supuesto que la escuadra con que se contaba estaba destruida.

A pesar de la serenidad de los gefes, á pesar del valor y resignacion de que volvieron á dar las tropas repetidas pruebas, aquella retirada se convirtió en derrota.

El desconocido, al frente de su caballeria, que apenas habia entrado en accion, se arrojó contra los fugitivos, y encontró por segunda vez cubriendo la retirada á Joyeuse con sus heroicos marinos, de los cuales habian ya perecido las dos terceras partes.

El jóven almirante montaba á la sazón el tercer caballo por haber perdido en la refriega los dos anteriores; su espada tambien se habia hecho pedazos, y se servia de una pesada hacha de abordage de un

marinero herido, con la cual infundia respeto á sus perseguidores, conteniéndolos á razonable distancia, y acometiéndoles de vez en cuando semejante al jabali que no puede decidirse á huir y se revuelve desesperado sobre el cazador.

Por su parte los flamencos, que obediendo al consejo de aquel á quien daban el título de monseñor habian peleado sin corazas, emprendieron con desusada ligereza el alcance de sus enemigos sin permitirles un momento de descanso.

Una especie de remordimiento ó de duda se apoderó del corazón del desconocido al contemplar aquel horroroso estrago.

—Basta, señores, basta, dijo á los suyos en frances; ya huyen de Amberes vuestros contrarios, y dentro de ocho dias huirán de Flandes; no pidamos mas al Dios de los ejércitos.

—¡Es un frances! ¡Es un frances! exclamó Joyeuse; ya te he conocido, traidor, mil veces traidor, perjuro, cobarde y desleal. ¡Ah! Maldito seas, y quiera el Cielo que mueras de la manera que mueren los traidores.

Esta furiosa imprecacion pareció desanimar al guerrero, á quien no habian hecho temblar mil y mil espadas dirigidas contra su pecho: volvió bridas, y á pesar de haber quedado vencedor, huyó como vencido.

Sin embargo, aquella retirada de un hombre solo no cambió el estado de las cosas; el miedo es contagioso, se habia apoderado ya de todo el ejército, é impelidos por el terror pánico mas insensato del mundo, emprendieron los soldados una desesperada fuga.

Los caballos se animaban á pesar de la fatiga, porque tambien parece que influa terriblemente en ellos el temor: los hombres se dispersaban para encontrar asilo, y algunas horas despues no se componia ya el ejército de cuerpos regulares, sino de una muchedumbre desordenada.

Aquel era el momento en que, segun las órdenes de monseñor, debian abrirse los diques y levantarse las esclusas. Desde Lier hasta Termonde, desde Haesdonk hasta Malines, todos los rios pequeños, convertidos en grandes por la afluencia de

otros, y todos los canales desbordados, enviaban á la llanura su furioso conti gente de agua.

Así, cuando los franceses fugitivos empezaron á detenerse despues de haber causado á sus enemigos, cuando vieron que los de Amberes se volvian á la plaza seguidos por las fuerzas del principe de Orange, cuando todos los que habian salido sanos y salvos de la carniceria nocturna se creyeron ya en seguridad y respiraron un instante, un cuerpo enemigo, ciego, implacable, se desencadenaba contra ellos con la celeridad del viento, con la impetuosidad del mar, y con todo á pesar de la inminencia del peligro que empezaba á cercarlos, nada sospechaban los fugitivos.

Joyeuse habia mandado hacer alto á sus marineros, reducidos ya á ochocientos, única fuerza que habia conservado algun orden en aquella espantosa derrota.

El conde de Saint-Aignan por su parte, jadeando, sin voz, sin hablar mas que por medio de amenazas y gestos, hacia vanos esfuerzos para reunir su dispersa infanteria.

El duque de Anjou, al frente de los fugitivos, montado en un excelente caballo y acompañado de un criado que llevaba otro caballo de la brida, caminaba apresuradamente sin pensar mas que en alejarse todo lo posible del campo de batalla.

—Ese miserable no tiene corazon, decian algunos.

—Ese valiente manifiesta gran serenidad, murmuraban otros.

La infanteria descansó por último desde las dos hasta las seis de la mañana, y así recobró fuerzas para continuar la retirada.

Faltaban los viveres, y por lo que toca á los caballos, estaban mucho mas cansados que los hombres, y apenas podian andar, pues no habian comido desde el dia anterior, y por lo mismo caminaban á retaguardia del ejército.

Esperaban todos llegar á Bruselas, que era adicta al duque, y en donde los franceses contaban con muchos partidarios, aun cuando á la sazón debia inspirar algun recelo su buena voluntad, pues tambien con-

fiaba el ejército pocos días antes en los de Amberes, lo mismo que creía poder confiar en los ciudadanos de Bruselas.

Aili, en Bruselas, es decir, á ocho leguas escasas del sitio en que se hallaban se organizarían las tropas eligiendo un campamento ventajoso para proseguir la campaña desde el instante que se juzgase conveniente romper las hostilidades, con tan enorgullecidos como afortunados enemigos.

Los restos que habían podido escapar de la última derrota debían de servir de núcleo á la formación de un nuevo ejército; pero ¡ay! nadie podía preveer entonces el momento espantoso en que el suelo se hundiría bajo los pies de los infelices soldados, en que montañas de agua vendrían á caer sobre sus cabezas, en que los restos de tantos valientes arrebatados por las aguas cenagosas rodarian hasta el mar y se quedarían detenidos en el camino para servir de abono á las campiñas de Brabante.

El duque de Anjou mandó que le sirvieran el almuerzo en la cabaña de un cam-

pesino, la cual estaba vacía, pues desde la noche anterior habían huido sus habitantes y todavía ardía en la chimenea el fuego que dejaron encendido.

Los soldados y oficiales quisieron seguir el ejemplo de su jefe, y se distribuyeron en los dos pueblos que acabamos de nombrar; pero no sin sorpresa y aun espanto vieron que todas las casas estaban desiertas y que los habitantes se habían llevado casi todas las provisiones.

El conde de Saint-Aignan buscaba fortuna como los demás; aquella indiferencia del duque de Anjou en los momentos en que tantos valientes morían por su causa repugnaba á su espíritu, y se había separado del príncipe, pues era de los que decían: "El miserable no tiene corazón."

Visitó, pues, por su parte dos ó tres casas que halló vacías, y al llamar á la puerta de la cuarta vinieron á decirle que en dos leguas á la redonda, es decir, en el círculo del país que ocupaban, todas las casas se hallaban del mismo modo.

Al oír M. de Saint-Aignan esta noticia frunció el entrecejo é hizo su gesto

acostumbrado y dijo á los oficiales:

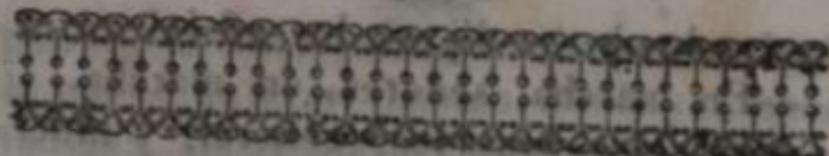
—En marcha, señores, en marcha.

—Estamos cansados, general, y muertos de hambre, respondieron estos.

—Si, pero estais vivos, y si quedais aquí una hora mas, morireis; acaso sea ya demasiado tarde.

M. de Saint-Aignan no podia designar nada; pero sospechaba cierto peligro grave oculto en aquella soledad.

Levantaron, pues, el campo, poniéndose á la cabeza de las tropas el duque de Anjou, M. de Saint-Aignan en el centro y Joyeuse á la retaguardia. Empero dos ó tres mil hombres se destacaron todavía de los grupos, ó debilitados por sus heridas ó rendidos de cansancio, y se acostaron sobre la yerba ó al pié de los árboles abandonados, desolados y acometidos de siniestros presentimientos, quedándose tambien con ellos los ginetes desmontados, porque sus caballos no podian ya dar un paso ó se habian herido al andar, de suerte que el duque de Anjou apenas podia contar con tres mil hombres útiles y en estado de entrar en combate. ||



CA PITULO VI.

LOS VIAJEROS.

MIENTRAS sucedia este desastre, precursor de otro mucho mas grande y terrible, dos viajeros que cabalgaban en escelentes caballos de Perche salian por la puerta de Bruselas una noche en que el frio se hacia ya sentir, y tomaban la direccion de Malines. Caminaban bastante unidos, con las capas terciadas y sin armas aparentes, si se exceptua un ancho cuchillo flamenco, cuya empuñadura de metal bri-

llaba en el cinto de uno de los viandantes.

Sin duda iban sumergidos en un mismo pensamiento, pero apenas se dirigian la palabra.

En su traje y apostura se asemejaban á esos mercaderes de Picardía que entonces comerciaban activamente en Francia y Flandes, especie de comisionados de fábricas que ya en aquella época hacian lo mismo que hoy los agentes de las grandes casas, sin imaginar que se acercaban mucho á la especialidad de la grande propagacion comercial.

Al verles seguir pacíficamente su camino iluminado por la luna, se hubiera creido que eran dos personas honradas que tenian prisa de llegar á una posada despues de haber hecho su regular jornada.

Y con todo, bastaba enterarse de algunas frases que se les escapaban de vez en cuando, esto es, cuando se entretenian en conversacion, para no conservar respecto á ellos aquella opinion errónea que hacian formar á primera vista.

Y desde luego podemos asegurar que la

palabra mas estraña de todas fué la que pronunció uno de ellos al llegar á media legua poco mas ó menos de Bruselas.

—Señora, dijo el mas grueso al mas esbelto, habeis hecho muy bien en disponer que partiésemos esta noche, pues con esta marcha adelantaremos siete leguas y llegaremos á Malines cuando ya se sepa allí, segun todas las probabilidades, el resultado de la última tentativa contra Amberes. En dicha ciudad estarán celebrando los vencedores su victoria con toda la embriaguez del triunfo. Dentro de dos dias, y sin apresurarnos mucho, porque teneis necesidad de descanso, estaremos ya en Amberes justamente cuando el príncipe abandone su alegría y se digna mirar hácia la tierra, despues de haberse estasiado en el sétimo cielo.

El viajero á quien su camarada llamaba señora, y que no dió muestras de estrañarlo á pesar de su traje masculino, contestó con acento triste y suave:

—Creed, amigo mio, que Dios se cansará de proteger á ese miserable príncipe

y herirá su corazón cruelmente: apresurémonos, pues, á realizar nuestros proyectos, porque yo no pertenezco al número de aquellos que confían en la fatalidad, y pienso por el contrario que los hombres pueden obrar libre y desembarazadamente. Si nosotros no nos movemos y dejamos obrar á Dios os aseguro que esto no merecía la pena de haber vivido hasta ahora en medio de tanto dolor y melancolía.

En aquel instante sopló con fuerza una helada ráfaga de Nordeste.

—Temblais de frío, señora, dijo el de más edad de los dos viajeros; embozaos bien con vuestra capa.

—No, Remijio, gracias; ya sabes que no siento los doleres del cuerpo ni los tormentos del alma.

Remigio alzó los ojos al cielo y guardó silencio.

De vez en cuando detenía su caballo y se volvía sobre los estribos, en tanto que su compañera seguía caminando triste y muda como una estatua ecuestre.

Sin embargo, en una de dichas paradas dijo á Remigio:

—¿A nadie divisas detrás de nosotros?

—A nadie, señora.

—¿Y el caballero que nos alcanzó por la noche en Valenciennes y que tomó informes acerca de nuestras personas después de habernos observado con tanta sorpresa?

—No le he vuelto á ver.

—Se me figura que le he visto yo antes de entrar en Mons.

—Y yo, señora, estoy seguro de que también lo hemos encontrado antes de entrar en Bruselas.

—¿En Bruselas?

—Sí, pero sin duda se ha detenido en esa última ciudad.

—Remigio, dijo la dama aproximándose á su compañero como si temiese que se escuchasen sus palabras en aquel camino solitario, Remigio, ¿no creéis que se parece á?...

—¿A quien?

—A ese desgraciado jóven; es decir, en el aire del cuerpo, pues no he llegado á verle el rostro.

—¡Oh! no, no por cierto, señora, se

apresuró Remigio á responder. ¿Cómo queréis que él haya podido adivinar que hemos salido de París y tomado este camino?

—Del mismo modo que averiguaba donde vivíamos cuando mudábamos de domicilio en París.

—No, señora, no, dijo Remigio: ni nos ha seguido, ni ha dado órdenes para que nos sigan, y como ya os he dicho antes, tengo poderosas razones para creer que ha tomado un partido desesperado.

—¡Ah, Remigio! todos tenemos que soportar en este mundo nuestras respectivas penas. Dios tenga compasion de los tormentos de ese jóven.

Remigio contestó con un suspiro al suspiro de su señora, y ambos prosiguieron su camino sin oír otro ruido que el que producian los pies de los caballos sobre un piso sonoro.

Así anduvieron dos horas, hasta que cuando ya iban á entrar en Vilvorde, volvió Remigio apresuradamente la cabeza.

Acababa de oír el galope de un caballo en una revuelta del camino.

Se detuvo, se puso á observar pero nada vió.

Sus ojos procuraron, aunque inútilmente, penetrar con sus rayos la profunda oscuridad de la noche, y notando al fin que el anterior ruido no turbaba ya el silencio imponente de aquellos sitios, entró en la poblacion con su compañera.

—Señora, la dijo, pronto será de día, y si os parece bien nos detendremos aquí: los caballos están cansados y teneis necesidad de reposo.

—Remigio, en vano quereis ocultarme la verdad: os veo muy inquieto.

—En efecto, señora, temo por vuestra salud, pues es imposible que una muger sea capaz de aguantar tan continuada fatiga, y aun yo mismo....

—Haced, pues, lo que mejor os parezca, contestó la dama.

—Bien, entrad en esa calle angosta, á cuyo extremo se vé una luz opaca, señal evidente de que hay allí una hosteria; apresuraos.

—¿Habeis oido alguna cosa?

—Sí, el paso de un caballo. Es muy pro-

bable que me equivoque, pero en todo caso me quedo aqui un instante para convencerme de la falsedad ó realidad de mis dudas.

La dama picó á su caballo sin replicar ni hacer el menor esfuerzo para que Remigio desistiese de su propósito y penetró en la calle que el último le habia indicado.

Remigio la dejó pasar, echó pié á tierra y abandonó su caballo, que naturalmente siguió la misma direccion que el de su compañera.

En cuanto á él, se ocultó detrás de una tapia y esperó.

La dama llamó á la hosteria, detrás de cuya puerta, segun la costumbre ospitalaria de los flamencos, velaba, ó mas bien dormia, una criada de anchas espaldas y robustos brazos.

Esta criada habia oido ya los pasos del caballo, y despertándose sin apariencias de mal humor, se apresuró á abrir la puerta y á recibir con los brazos abiertos al viagero, ó mas bien, á la viagera.

Abrió en seguida á los caballos la gran

puerta de la cuadra, en la cual se precipitaron con el instinto propio de su naturaleza.

—Espero á mi compañero, dijo la dama; permitidme que me siente junto al fuego, pues no quiero acostarme hasta que llegue.

La criada echó paja á los caballos, volvió á cerrar la puerta de la cuadra, entró en la cocina, arrimó un taburete al fuego, despaviló con los dedos el candil y se durmió de nuevo.

Entretanto Remigio, que se habia situado en emboscada, espiaba el paso del viajero cuyo caballo habia sentido.

Le vió efectivamente entrar en el pueblo, caminar al paso y detenerse: el ginete llegó á la calle estrecha, observó la luz, y pareció que dudaba sobre si debería pasar de largo ó dirigirse hácia ella.

Por último, volvió á pararse á dos pasos de Remigio, que sintió en su cara los resoplidos del caballo y echó mano á la daga.

—Es él mismo, murmuró, el mismo que nos persigue sin descanso. ¿Qué es lo que quiere?

El viajero se cruzó de brazos, mientras su caballo estiraba el pescuezo, porque sin duda había olido la cuadra.

El ginete no pronunciaba una sola palabra; pero en el fuego de sus miradas, que tan pronto dirigía al frente como á retaguardia, era fácil adivinar que se preguntaba interiormente si debía volverse atrás, seguir adelante, ó hacer alto en la hostería.

—Han proseguido su viaje, dijo al fin á media voz: pues bien, prosigamos el nuestro.

Y espoleando á su caballo echó á andar.

—Mañana, dijo Remigio, mudaremos de camino.

Y se reunió á su señora, que le esperaba con impaciencia.

—¿Qué hay? le preguntó esta. ¿Nos siguen?

—No señora; me he equivocado: nada se ve por ese camino, y podeis dormir con tranquilidad.

—¡Ah, Remigio! No tengo sueño: eso ya lo sabes.

—Pero al menos, cenareis, señora, pues

desde ayer no habreis tomado alimento.

—Con mucho gusto.

Volvióse á despertar la criada, y se levantó por segunda vez con el mismo buen humor que la primera, y al saber que se trataba de hacer gasto, sacó del armario que servia de despensa un pedazo de jamon, una liebre fiambre y dulces: en seguida presentó así mismo una jarra de cerveza de Lovaina tan cristalina como espumosa.

Remigio se sentó á la mesa al lado de su ama.

Esta llenó un vaso de cerveza, con la cual humedeció sus lábios, probó el pan, y recostándose en la silla no volvió á probar otro alimento.

—¿Cómo, caballero mio! ¿No coméis mas que eso? preguntó la criada.

—No; ya he concluido, gracias.

La criada se puso á mirar á Remigio, quien cojió el pedazo de pan que habia dejado su señora y lo comió, bebiendo despues un vaso de cerveza.

—¿Y carne? volvió á decir la flamenca.
¿No coméis carne, caballero?

—No, hija mia, gracias.

—¿No os parece buena?

—La juzgo excelente, pero no tengo apetito.

La criada juntó las manos espresando la admiracion que le causaba tan estraña sobriedad, agena de sus compatriotas cuando viajaban.

Remigio conoció que estas demostraciones revelaban algun despecho, y observando el gesto de aquella pobre muchacha, echó sobre la mesa una pieza de plata.

—¡Oh! dijo la criada; bien la podeis guardar, caballero. pues solo habeis gastado entre los dos seis dineros, y no tengo vuelta.

—Al contrario, contestó la viajera: esa pieza es para vos, pues aunque mi hermano y yo hacemos muy poco gasto cuando viajamos, como habeis visto esta noche, de ningun modo tratamos de disminuir la ganancia de los que nos hospedan con toda voluntad.

La criada manifestó en su semblante la mas viva satisfaccion; pero al mismo tiempo se llenaron de lágrimas sus ojos, porque la dama pronunció las últimas pala-

bras con cierto enternecimiento.

—Dime, hija mia, pregunto Remigio á la flamenca, ¿no hay un camino de travesía desde aquí hasta Malines?

—Sí señor, y por cierto que es malísimo; sin duda ignoráis que tenemos un camino real y hermosísimo.

—No lo ignoro, hija mia, no lo ignoro; pero es el caso que debemos ir por el otro.

—Lo decia, señor viajero, porque como vuestro compañero es una muger, el camino será para ella mucho peor, que para vos.

—¿Y por qué?

—Porque toda la gente del campo atraviesa esta noche el país con direccion á Bruselas.

—¿A Bruselas?

—Sí, señor: todos emigran por ahora.

—¿Y por qué emigran?

—No lo se: se ha recibido la orden de hacerlo.

—¿Quién la ha dado? ¿El príncipe de Orange?

—No; monseñor.

—¿A quién llamais monseñor?

—¡Oh! Me preguntais mas de lo que yo sé: el resultado es que desde ayer todos emigran:

—¿Puedo saber qué clase de gente está comprendida en la emigracion?

—Los habitantes del campo y los de los pueblos y aldeas que no tienen diques ni murallas.

—Esto es muy extraño.

—Nosotros tambien huiremos de aquí al amanecer con todos los del pueblo: ayer a las once se enviaron á Bruselas todas las cabezas de ganado por los canales y atajos, y por eso debe haber ahora en el camino de que os he hablado gran confusion de caballos, carretas y aldeanos.

—Lo natural era que todo eso se dirigiese por el camino real, porque de este modo se verificaria mas facilmente la retirada.

—Nada puedo decir, pero esa es la órden.

Remigio y su compañera se miraron atentamente.

—Pero supongo, dijo el primero, que

nosotros podemos proseguir nuestro viaje, supuesto que vamos á Malines...

—Ya lo creo, si es que no preferís hacerlo que hacen todos, dirigiéndoos á Bruselas.

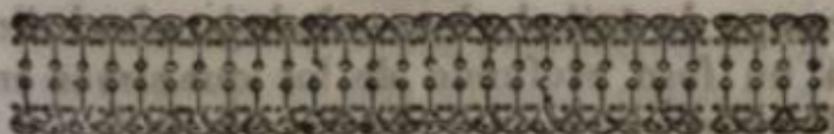
Remigio consultó á la dama.

—No, no, respondió esta levantándose; partiremos sin perder tiempo con direccion á Malines: hacedme el favor de abrir la cuadra, hija mia.

Remigio se levantó imitando á su señora, y dijo entre dientes:

—Peligro por peligro, prefiero el que ya conozco: el jóven, por otra parte, debe llevarnos mucha delantera, y si por desgracia nos espera... ¡Oh! Veremos entonces.

Los caballos permanecian ensillados, y así Remigio tuvo el estribo á su señora, montó despues con ligereza, y ambos salieron del pueblo; la primera luz del dia los encontró en los orillas del Dyle.



CAPITULO VII.

ESPLICACION.

EL peligro que arrostraba Remigio, era real y verdadero, porque el viajero de la noche, despues de haber dejado el pueblo y corrido la distancia de un cuarto de legua, no viendo objeto alguno en el camino, conoció que aquellos á quienes seguia se habian parado.

No quiso volverse atrás, sin duda por no hacer tan manifiesta la persecucion que habia emprendido; pero se echó en un

campo de trébol, haciendo bajar al caballo á un foso profundo de los que sirven en Flandes para acotar las heredades.

De esta operacion resultaba que el jóven se hallaba colocado de manera que podia verlo todo sin ser visto.

Dicho jóven, á quien el lector ha conocido ya, como le conoció Remigio y llegó á sospecharlo su señora, no era otro que Enrique Du-Bouchage, á quien una estraña fatalidad arrojaba otra vez al paso de la muger que habia jurado no ver jamás.

Despues de su conversacion con Remigio en el portal de la casa misteriosa, es decir, despues de la pérdida de sus esperanzas, Enrique volvió al palacio Joyeuse, decidido, segun habia asegurado, á perder una vida que tantas miserias le ofrecia desde el principio de su carrera; pero como caballero, como buen hijo, pues debia conservar puro el nombre de su padre se habia decidido á aceptar el glorioso suicidio del campo de batalla, y como á la sazón habia guerra en Flandes, su hermano el duque de Joyeuse, que mandaba la es-

cuadra francesa, podia proporcionarle la ocasion de hallar una muerte envidiable. Enrique no vaciló un momento, y salió del palacio al anochecer del siguiente dia, esto es, veinte horas despues de la partida de Remigio y su señora.

Cartas llegadas de Flandes anunciaban que se disponia á un ataque decisivo contra la plaza de Amberes, y Enrique se liasonjó con la idea de llegar á tiempo. Complaciase en pensar que á lo menos moriria con las armas en la mano, en los brazos de su hermano y bajo la bandera francesa, que se hablaria de su muerte, y que esta noticia llegaria á penetrar las tinieblas en que se ocultaba la dama de la casa misteriosa.

¡Noble desvario! ¡Glorioso y melancólico sueño! Enrique se alimentó cuatro dias con este nuevo dolor, y sobre todo, con la esperanza de que sus tormentos iban á cesar para siempre.

En el momento en que, entregado á estos téticos pensamientos de muerte, observó la aguda flecha del campanario de Valencienes, en donde acababan de dar las ocho

de la noche, y apercibiéndose entonces de que iban á cerrarse sus puertas, metió espuelas al caballo, y al atravesar á escape el puente levadizo, saltó poco para que atropellase á un hombre que estaba apretando la cincha del suyo.

Enrique no era uno de esos nobles insolentes que pisotean todo lo que no corresponde á su orgullo. Así que, manifestó su sentimiento á aquel hombre, quien al oír el sonido de su voz le miró atentamente, volviendo en seguida con rapidéz la cara hácia otro lado.

Enrique, que no pudo detenerse por la violencia con que galopaba su caballo, se estremeció, como si por delante de sus ojos hubiese cruzado una vision.

— ¡Oh! exclamó: estoy loco. ¡Remigio en Valenciennes! ¡Remigio, á quien dejé hace cuatro dias en la calle de Bussy! ¡Remigio lejos de su señora, supuesto que al parecer solo le acompaña un jóven! ¡Ah! ¡El dolor perturba sin duda mi razon, y altera mi vista hasta el extremo de revestir todo cuanto me rodea con las formas de mis eternos delirios!

Hablando así prosiguió su camino y entró en la villa sin que la sospecha que le habia acometido hubiese echado raíces por un momento en su imaginacion.

Detúvose ante la primera cuadra que encontró abierta, dió las riendas de su caballo á un mozo de la misma, y se sentó en un banco delante de la puerta mientras en la posada le preparaban la cena y cama.

Pero cuando mas absorto estaba en sus tristes pensamientos, vió adelantarse dos viajeros, que caminaban unidos, y observó que aquel en quien habia creído reconocer á Remigio volvía con frecuencia la cabeza.

El otro tenía el rostro oculto bajo la sombra de un sombrero de anchas alas.

Al pasar Remigio por delante de la posada vió á Enrique sentado en el banco y volvió otra vez la cabeza para no ser conocido; pero esta precaucion contribuyó precisamente á producir un efecto contrario del que esperaba.

—¡Oh! lo que es ahora no me engaño, dijo Enrique: estoy muy sereno, veo bien, y

tengo frescas las ideas, porque despues que se evapora el sueño de mis ilusiones sé poseerme lo bastante para juzgar bien de cuanto á mi vista se ofrece. El mismo fenómeno acaba de reproducirse, y no hay duda, uno de esos dos viajeros es Remigio, el criado de la casa misteriosa del barrio de Bussy.—No, añadió; no puedo permanecer en tan terrible incertidumbre, y por lo mismo es indispensable que aclare mis dudas.

Y una vez tomada esta resolución; se levantó dirigiéndose al camino real para seguir las huellas de los dos viajeros; pero bien fuese que estos hubiesen entrado en alguna casa ó que hubiesen tomado otro camino, Enrique no pudo alcanzarlos.

Corrió hasta las puertas y las encontró cerradas; por consiguiente los viajeros no habian podido salir de la poblacion.

Enrique entró en todas las posadas, preguntó en todas partes, investigó, y al fin logró enterarse de que dos caballeros se habian dirigido á un meson de humilde apariencia establecido en la calle de Bessroi.

El posadero iba á cerrar la puerta de su hostería cuando se presentó en ella Dubouchage.

Y en tanto que el bueno del hombre, pagado de la encantadora presencia del viajero, le ofrecia su casa y servicios, Enrique dirigia sus miradas al interior de una salita baja, y pudo al fin divisar en la escalera á Remigio, que subia al cuarto principal con el auxilio de una luz que llevaba la criada de la posada.

No pudo, sin embargo, ver á su compañero, que sin duda por haber pasado antes habia ya desaparecido.

Remigio se detuvo en lo alto de la escalera; al reconocerle positivamente el conde dejó escapar una exclamacion, y el criado volvió á ocultar su rostro como antes lo habia hecho.

Enrique no pudo dudar de la identidad de la persona al ver la cicatriz de su rostro, sus inquietas miradas, y con todo, demasiado conmovido para tomar una determinacion precipitada, se alejó de allí preguntándose con angustia porqué habia abandonado Remigio á su señora y por qué

lo encontraba solo en su mismo camino.

Decimos solo, porque Enrique no habia fijado al principio la atencion en el otro jinete.

Su pensamiento rodaba de abismo en abismo.

Al dia siguiente, y á la Lora de abrirse las puertas, cuando creia encontrarse frente á frente con los viajeros, quedó altamente sorprendido, pues supo que los dos desconocidos habian obtenido permiso del gobernador para salir de noche de la poblacion, y que contra lo mandado, se habian abierto las puertas para ellos.

De modo que como se habian puesto en camino á la una de la mañana, llevaban á Enrique seis horas de delantera.

Erale preciso ganar aquellas seis horas perdidas. Enrique puso su caballo al galope, y en Mons adelantó á los que de él huian.

Volvió á ver á Remigio; pero aquella vez necesitaba Remigio ser brujo para conocerle, porque Enrique iba transformado en soldado de caballería y se habia hecho con otro caballo.

Con todo, la vista perspicaz de Remigio medio desconcertó esta combinacion, y á todo evento, advertido su compañero por una sola palabra, tuvo tiempo para volver el rostro, de modo que su perseguidor no pudo examinarlo.

El jóven no se desanimó por este contratiempo; tomó informes en la primera hosteria que dió asilo á los viajeros, y como acompañaba sus preguntas con un auxiliar irresistible, supo al fin que el compañero de Remigio era un jóven muy bello, pero al mismo tiempo muy triste, muy sóbrio, muy resignado y que hablaba muy poco.

Enrique se estremeció, porque una idea cruzó por su mente.

—¿Será por ventura una muger? preguntó el posadero.

—No será extraño, respondió el huésped; porque en el dia van nuestras mugeres disfrazadas de ese modo á unirse con sus amantes en el ejército de Flandes, y como nuestra profesion nos prohíbe á los posaderos ver nada, nada vemos.

Esta esplicacion desgarró el corazon de

Enrique. ¿No era, en efecto, probable que Remigio acompañase á su ama disfrazada de hombre? Y si esto era así, nada satisfactorio columbraba Enrique en aquella estraña aventura.

Sin duda, como decia el posadero, aquella dama desconocida iba á Flandes en busca de su amante.

Por tanto Remigio mentia cuando hablabá de los eternos pesares de su señora, y solo para alejar á un perseguidor importuno habia inventado aquella fabula de un amor pasado que habia llenado para siempre de luto á una mujer insensible.

—Pues bien, se decia Enrique mas atormentado todavia con esta esperanza que lo habia estado con su desesperacion, tanto mejor; ya llegará el momento en que pueda yo acercarme á esa mujer y echarle en cara todos esos subterfugios que la precipitan desde la altura en que mi mente y mi corazon la habian colocado, para ponerla al nivel de las vulgaridades ordinarias, y entonces yo mismo, que me habia formado una idea falsa creyendo haber encontrado una criatura divina, al ver cer-

ca de mí esa brillante corteza de un alma vulgar, caeré también desde la altura de mi amor, desvanecidas completamente mis ilusiones.

Y el joven se arrancaba los cabellos y se desgarraba el pecho al considerar que podría llegar un momento en que perdería ese amor y esas ilusiones que le atormentaban: tan cierto es que vale más tener el corazón muerto que vacío.

Estos pensamientos le acosaban, habiéndose adelantado á los viajeros, como hemos dicho, y procurando adivinar el motivo que había podido arrojar al mismo tiempo que á él á aquellos dos personajes indispensables á su existencia cuando los vió entrar en Bruselas.

Ya sabemos cómo continuó siguiendo sus pasos.

En Bruselas fué donde Enrique se informó con todo cuidado respecto á la proyectada campaña del duque de Anjou.

Los flamencos eran demasiado hostiles al duque para acoger con benevolencia á un francés de distincion; estaban además demasiado orgullosos con el éxito que la

causa nacional acababa de obtener, pues para ellos era ya mucho el ver que Amberes cerraba las puertas al príncipe que los flamencos habian elegido para que fuese su rey, estaban demasiado orgullosos, decimos, de este éxito para privarse del placer de mortificar á aquel caballero que llegaba de Francia y que les hacia preguntas con el acento mas puro, de Paris, acento que en todas épocas ha parecido sumamente ridiculo al pueblo belga.

Enrique concibió desde entonces sérios temores acerca de la espedicion en que su hermano habia tomado una parte tan principal, y por lo mismo se decidió á precipitar su marcha hácia Amberes.

Pero causabale indecible sorpresa al ver á Remigio y á su compañero, á pesar del empeño que manifestaban de no ser conocidos, seguir obstinadamente el mismo camino que llevaba, lo cual le hacia creer que eran guiados por el mismo motivo.

Oculto Enrique en el campo de trébol, donde le hemos dejado, estaba al menos seguro de ver á su sabor el rostro del jóven que acompañaba á Remigio, medio

infalible de salir de sus incertidumbres y de poner término á sus dudas.

Y entonces era precisamente cuando, como hemos dicho, se golpeaba el pecho por el miedo que tenia de verse precisado á renunciar á las quimeras que le devoraban, pero que le hacian vivir entre tormentos que al fin acabarían con él.

Cuando los viajeros pasaron por delante del jóven, á quien estaban muy lejos de suponer oculto en aquel sitio, la dama se ocupaba en alisar sus cabellos, tarea que no se habia atrevido á emprender en la hosteria.

Enrique la vió, la reconoció, y poco faltó para que cayese desvanecido en el foso, donde, el caballo pacia tranquilamente.

Pasaron los viajeros. ¡Ob! Entonces la cólera se apoderó de aquel Enrique tan sosegado, tan sufrido mientras creyó distinguir en los moradores de la casa misteriosa aquella lealtad y nobleza de que él mismo daba ejemplo.

Pero despues de las protestas de Remigio y de los hipócritas consuelos de la dama, aquel viage, ó mejor dicho, aquella

fuga repentina constituia una especie de traicion para con el hombre que con tanta constancia como respeto habia sitiado su puerta.

Amortiguado ya algun tanto el golpe que acababa de recibir Enrique, sacudió este sus hermosos y rubios cabellos, enjugó su frente cubierta de sudor, y volvió á montar á caballo firmemente resuelto á abandonar del todo las precauciones que un resto de respeto le habia aconsejado tomar, por lo cual comenzó á seguir á los viajeros ostensiblemente y á rostro descubierta.

Se quitó, pues, la capa y la capucha que le disfrazaban, y emprendió su marcha sin vacilar; dijose á si mismo que aquel camino era tan suyo como de los demás, y por consiguiente echó á andar por él tranquilamente, arreglando el paso de su caballo al que llevaban los dos que le precedian.

Habia decidido igualmente no hablar á Remigio ni á la dama, y si solamente darse á conocer á ellos en la primera coyuntura que se presentase.

—¡Oh! exclamaba; si en efecto abrigan algún sentimiento sus corazones, por pequeño que sea, mi presencia entre ellos, aunque sea casual, ha de ser precisamente una terrible acusacion para esa gente sin fé que sabe desgarrar un corazon como el mio.

Apenas habia caminado cien pasos detrás de los dos viageros, cuando le divisó Remigio, y no pudo menos de temblar al verle avanzar tan resuelto, con tanta arrogancia y sin el menor disimulo.

La dama observó la turbacion de Remigio y volvió la cabeza.

—¡Ah! preguntó en seguida. ¿No es el jóven que iba á la calle de Bussy?

Remigio procuró disuadirla de esta idea, y tranquilizarla respondiendo al efecto:

—No lo creo, señora, y á juzgar por su traje me parece un soldado walon que se dirige á Amsterdam y pasa por el teatro de la guerra en busca de alguna aventura.

—No importa, estoy muy inquieta, Remigio.

—Tranquilizaos, señora, pues si ese jó-

ven fuese el conde Du-Bouchage, ya se nos hubiera reunido, pues no ignorais que es perseverante.

—Tambien sé que es respetuoso, Remigio, pues de lo contrario me hubiera contentado con deciros que le alejáseis de mí, y no hubiera vuelto à acordarme de él mas.

—Pues bien, señora, creo que si era respetuoso en la capital, tambien lo será ahora, y que nada debeis temer, suponiendo que sea él, en el camino de Bruselas à Amberes, como nada temiais en Paris, en la calle de Bussy.

—No importa, replicó la dama volviendo otra vez la cabeza; ya llegamos à Malines: apresurémonos à mudar caballos si es preciso para andar mas, y apresurémonos à llegar cuanto antes à Amberes.

—Por el contrario, señora, me atrevo à aconsejaros que no entremos en Malines, nuestros caballos son de buena raza, y en breve pueden conducirnos à aquel pueblo que se vé allá abajo sobre la izquierda, y que sinó me equivoco se llama Villebrock: de este modo evitaremos las

posadas de la ciudad, las preguntas y los curiosos, pudiendo al mismo tiempo cambiar de trajes y caballos con mas libertad, si es que necesitamos hacerlo.

—Bien, Remigio, dirijámonos á ese pueblo.

Tomaron efectivamente el camino de la izquierda por un sendero apenas trillado, pero que conducia rectamente á Villebrock. Enrique dejó tambien el camino en el mismo sitio que ellos, tomó el mismo sendero y los siguió guardando siempre su distancia.

La inquietud de Remigio se manifestaba en sus oblicuas miradas, en su aire ajitado, y sobre todo, en el movimiento que habitualmente habia adquirido de mirar atrás con gesto amenazador y de espolear al mismo tiempo su caballo.

Estos diferentes sintomas, como conocerá el lector, no se ocultaban á su compañera de viage.

Llegaron á Villebrock; pero ninguna de las doscientas casas de que se componia este pueblo estaba habitada: algunos perros olvidados, algunos gatos perdidos cor-

rian á la ventura en aquella soledad, llamando unos á sus amos con prolongados abullidos y huyendo otros al mas pequeño ruido, y deteniéndose al considerarse seguros para sacar sus hocicos al través de una puerta ó por el respiradero de una bodega.

Remigio llamó á veinte casas, pero no vió persona alguna y nadie le oyó.

Enrique, que parecia la sombra de los dos viajeros, se detuvo por su parte delante de la primera casa del pueblo, y llamó á la puerta tan inútilmente como los que le precedian, por lo que, conociendo que la guerra debia ser la causa de aquella desercion general, esperó para ponerse de nuevo en marcha á que los viajeros tomasen un partido.

Esto es lo que ellos hicieron despues que Remigio repartió entre los caballos algun grano que encontró casualmente en el arca de una hospedería abandonada.

—Señora, dijo entonces Remigio, no nos hallamos ya en un país tranquilo ni en una situacion ordinaria, por lo mismo nos conviene que nos espongamos como

si fuésemos niños. Sin duda alguna vamos á encontrar partidas de franceses ó de flamencos, sin contar los partidarios españoles, porque en la situacion estraña en que Flandes se encuentra, deben pulular aquí los aventureros de todas las naciones. Si fuéseis un hombre os dirigiria otro language, pero sois mujer, sois jóven, sois bella y arrostrareis dos peligros, el de vuestra vida y el de vuestro honor!

—¡Oh! ¡Mi vida! ¡mi vida!... Nada vale, dijo la dama.

—Vale mucho, señora, replicó Remigio, cuando tiene un objeto.

—Pues bien. ¿Que me proponeis? Pensad y obrad por mi, Remigio, pues bien sabeis que mis ideas no pertenecen á este mundo.

—Permanezcamos aquí, señora, si queris creerme, pues veo muchas casas que pueden ofrecernos seguro abrigo; tengo armas y nos defenderemos ú ocultaremos, segun me parezca que somos fuertes ó débiles.

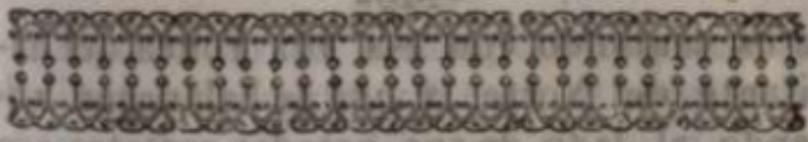
—No, Remigio, no; debo seguir adelante, y nada me detendrá, contestó la da-

ma meneando la cabeza ; si fuese capaz de concebir temores , solo por vos temblaria.

—Marchemos, pues, Remigio.

Y metió espuelas á su caballo sin añadir una palabra mas.

La dama desconocida le siguió, y Enrique Du-Bouchage, que se habia detenido al mismo tiempo, se puso en camino con ellos.



CAPITULO VIII.

EL AGUA.



medida que avanzaban los viajeros parciales el país tomaba un aspecto extraño, presentándose á sus ojos los campos tan desiertos como las poblaciones.

En efecto, no se veía ni una vaca pasciendo en los prados, ni una cabra trepando por la montaña ó empinándose sobre los vallados para alcanzar los renuevos verdes de las zarzas, ni rebaños conducidos por sus pastores, ni carrélas, ni mercaderes forasteros pasando de un país á otro con su fardo á cuestras, ni carre-

teros cantando con esa voz ronca del habitante del Norte, y que se balancean andando al lado de sus pesadas carretas con el ruidoso látigo en la mano.

Por lejos que se estendiera la vista por aquellas dilatadas llanuras, por aquellos frondosos bosques, no se alcanzaba á ver ni una sola figura humana, ni un ser viviente. Cualquiera hubiese dicho que la naturaleza habia querido volver al estado que tenia la vispera del dia en que fueron creados el hombre y los animales.

Aproximábase la noche, y Enrique, sobrecojido de sorpresa y acercándose por instinto á los viajeros que le precedian, pedia al aire, á los árboles, á los horizontes lejanos, á las nubes mismas la esplicacion de aquel fenómeno siniestro.

Los únicos personajes que animaban aquella triste soledad eran Remigio y su compañera, la cual se inclinaba de vez en cuando, como queriendo escuchar algun rumor que pudiera llegar hasta ellos, y detras á cien pasos, la figura de Enrique, que conservaba siempre la misma distancia y la misma actitud.

Llegó al fin la noche, triste y oscura; el viento Nordeste silvó en el aire y llenó aquellas soledades con su ruido, mas amenazador que el silencio.

Remigio detuvo á su compañera, echando mano á las riendas de su caballo.

—Señora, le dijo, bien sabeis que no soy naturalmente miedoso, y que no daría un paso atrás por salvar mi vida; pues bien, esta noche siento dentro de mí cierta cosa estraña: una pesadez desconocida encadena mis facultades, me paraliza y me prohíbe ir mas lejos. Llamadle terror, timidez, pánico, como queráis; os lo confieso, señora, por la primera vez de mi vida tengo miedo.

La dama se volvió; acaso no habia parado su atencion en todos aquellos presagios amenazadores, y acaso tambien nada habia visto.

—¿Viene allí todavía? preguntó.

—¡Oh! no se trata de él, contestó Remigio; os suplico que no penseis en él; viene solo, y por lo menos valgo lo que cualquiera otro hombre. No, el peligro que temo, ó por mejor decir, que siento, que

adivino mas bien por una especie de instinto que con el auxilio de mi razon; ese peligro que se aproxima, que nos amenaza, que nos envuelve tal vez, ese peligro es otro, es desconocido, y hé aqui por qué le llamo peligro.

La dama meneó la cabeza.

—No veis, señora, dijo Remigio, no veis allá abajo unos sauces que inclinan sus negras copas?

—Sí.

—Pues bien, al lado de esos árboles distingo una casita; por Dios, dirijámonos hácia ella; si está habitada tanto mejor, pediremos hospitalidad; sino lo está, apoderémosnos de ella; os suplico señora, que no contrarieis este pensamiento.

La emoción de Remigio, su voz trémula y la incisiva persuasión de sus frases decidieron á su compañera á ceder, y volvió la brida de su caballo en la dirección indicada por Remigio.

Pocos minutos despues los viajeros llamaban á la puerta de aquella casa, construida en efecto entre varios sauces.

Un arroyo, afluente del Netha, riachue-

lo que corria á un cuarto de legua de aquel sitio, bañaba, encajonado entre dos cañaverales y dos orillas de cesped, aquellos frescos sauces alimentados con sus aguas cristalinas: detrás de la casa, construida de ladrillos y tejas, se veia un jardinillo con su correspondiente cercado. Todo estaba vacio, solitario, desierto, y nadie respondió á los redoblados golpes de los viajeros.

Remigio no vaciló; sacó su daga, cortó una rama de sauce, la introdujo entre la puerta y la cerradura, apretó con fuerza é hizo correr el pasador.

La puerta se abrió al punto, y Remigio, que en todas sus acciones se mostraba hacia una hora con la actividad de un hombre acosado por la fiebre, entró sin detenerse. La cerradura, obra grosera de algun cerrajero del campo, habia cedido casi sin resistencia.

Remigio empujó precipitadamente á su compañera dentro de la casa, volvió á cerrar la puerta, corrió un cerrojo colocado en la parte interior, y respiró como si acabase de salvar la vida.

No contento con haber encontrado un abrigo para su señora, la instaló en el único aposento del primer piso, en el cual pudo encontrar á tientas una cama, una mesa y una silla.

En seguida, algo mas tranquilo por su parte, volvió al piso bajo, y por una ventanilla entreabierta, se puso á observar los movimientos del conde, quien al ver entrar á los viajeros en aquella casa, se acercó á ella sin el menor reparo.

Las reflexiones de Enrique eran melancólicas y estaban en armonía con las de Remigio.

—No hay duda, decia para si, alguna catástrofe desconocida para nosotros mas no para los habitantes de estas tierras, amenaza al pais: la guerra vá asolando los contornos, los franceses se han apoderado de Amberes ó estan próximos á lograrlos y sin duda los aldeanos, poseidos de terror, han huido á refugiarse á las grandes ciudades.

Esta esplicacion era especiosa, y con todo, no satisfacía al joven, antes bien le inspiraba otros pensamientos.

—¿Qué vienen á hacer aquí, se preguntaba, Remigio y su señora? ¿Qué imperiosa necesidad les arrastra á un peligro tan terrible? ¡Oh! Lo sabré, porque ha llegado por fin el momento de que hable á esa dama y de que tengan un termino todas mis dudas. Nunca se me ha presentado ocasion mas propicia.

Diciendo así se adelantó hacia la casa, pero se detuvo de repente, y cediendo á esa perplegidad tan comun en los amantes, dijo:

—No, no, mártir hasta mi última hora. Por otra parte, ¿no es ella dueña de sus acciones? ¿Sabe por ventura los cuentos que ha forjado ese miserable Remigio? ¡Oh! El me las pagará, él unicamente, pues me sostenia que ella no amaba á criatura viviente. Pero... seamos justos. ¿Debia por ventura ese hombre vender por mí, á quien no conocia, los secretos de su ama? No, no: mi desgracia es cierta y lo peor de todo es que consiste en mi solo y que á nadie puedo culpar. Lo único que me falta es la revelacion entera de la verdad, es el ver llegar á esa mujer al

campamento, arrojarse á los brazos de algun caballero y decirle: "mira lo que he sufrido, y comprende cuanto te amo." Pues bien, la seguiré hasta allí, veré lo que tiemblo ver, y moriré en seguida, escuchando el trabajo de acabar conmigo al mosquete ó al cañon de los flamencos.

—¡Ay! Bien lo sabeis. Dios mio, añadió con todo el entusiasmo de la religion y del amor: yo no buscaba esta cruel, esta horrible angustia, pues me dirigia tranquilo y resignado á una muerte gloriosa: queria sucumbir en el campo de batalla con un nombre en mis labios, el vuestro, Dios mio, con un nombre en mi corazon, el suyo. No lo habeis querido así, y me destinais á una muerte desesperada, llena de amarguras y de tormento: acepto, señor, acepto: sea vuestro nombre bendito.

Y recordando despues aquellos dias eternos de esperanzas y aquellas noches de dolor que habia pasado delante de la incesorable casa misteriosa, consideraba que descartando las dudas que le desgarraban el alma, su posicion era menos cruel que en Paris, pues al menos la veia, oia á ve-

ces el sonido de su voz y aspiraba mezclados con la brisa, parte de esos aromas voluptuosos que emanan de una muger querida.

Y luego proseguia con la vista fija en la casita en que la dama se habia refugiado.

—Mientras llega esa muerte que espero, en tanto que ella descansa de las fatigas del viage, me abrigaré debajo de estos árboles. ¿Puedo quejarme por ventura cuando oigo su voz si habla, cuando diviso la sombra de su cuerpo al través de la ventana? ¡Oh! No, no me quejo: soy todavía demasiado dichoso.

Y Enrique se echó al pié de los sauces, cuyas ramas cubrian la casita, escuchando con un sentimiento de melancolia imposible de describir el murmullo del agua que á su lado corria.

De pronto se estremeció, pues por el lado del Norte se oian descargas de artillería que el viento llevaba hasta aquel sitio.

—¡Ah! exclamó; llegó muy tarde, pues están atacando á Amberes.

Su primer movimiento fué levantarse, montar á caballo y correr, guiado por el ruido de los disparos, hacia el lugar de la contienda; mas para esto le era preciso abandonar á la dama desconocida y morir acosado de mil dudas.

A no haberla encontrado en su camino, Enrique hubiera seguido su suerte sin dirigir una mirada á lo pasado, sin lanzar un suspiro ni pensar en el porvenir; pero despues que la hubo encontrado penetró la duda en su ánimo, y con la duda la irresolucion.

Permaneci6, pues, acostado donde estaba por espacio de dos horas escuchando las detonaciones sucesivas que llegaban á sus oidos, preguntándose lo que significaba la irregularidad de aquellos disparos que de tiempo en tiempo se cruzaban con los que parecian provenir de un ataque serio.

Estaba muy lejos de sospechar que dichos disparos eran producidos por los buques de la escuadra de su hermano que volaban hechos astillas.

En fin, á eso de las dos fué amainan-

do el estrépito, y á las dos y media cesó del todo.

El ruido de la artillería no habia llegado, al parecer, hasta el interior de la casa, pues ninguna prueba habian dado de haberlo oido los dos viajeros que en ella se hospedaban provisionalmente.

—A estas horas, decia Eurique, Amberes ha sucumbido, y mi hermano ha quedado vencedor; pero despues de Amberes vendrá Gante, despues de Gante Brujas, y de todos modos no me saltará una ocasion para morir con gloria.

Sin embargo, quiero saber antes de morir lo que va á buscar esta muger al campamento francés.

Y como á consecuencia de todas estas conmociones la naturaleza habia quedado ya tranquila, Joyeuse, embozado en su capa, permanecia tambien inmóvil, y entregado á aquella especie de letargo que el hombre no puede sacudir en las altas horas de la noche, cuando su caballo, que parecia á corta distancia, enderezó las orejas y comenzó á relinchar melancólicamente.

Enrique abrió los ojos y vió que el noble animal volvía la cabeza en distinta direccion que el cuerpo, aspirando la brisa que habiéndose cambiado con la proximidad del dia al Sudoeste.

—¿Qué sucede, pobre caballo mio? dijo el jóven levantándose y acariciando con su mano el cuello del animal. ¿Has visto pasar alguna fiera que te ha asustado ó echas de menos el abrigo de una cuadra?

El caballo, como si hubiera entendido la interpelecion y quisiese contestar á ella, corrió precipitadamente á la direccion de Lier, y se puso á escuchar con los ojos fijos y las narices abiertas.

—¡Ah, ah! murmuró Enrique, esto es mas sério, según parece: alguna caterva de lobos que sigue al ejército para tragar los cadáveres.

El caballo relinchó, bajó la cabeza, y en seguida, rápido como el relámpago, echó á correr hácia el lado del Oeste; pero al huir pasó al alcance de la mano de su dueño, que lo cojió por la brida y lo detuvo.

Entonces Enrique, asiéndole de la crin, se puso de un brinco sobre la silla, y una vez montado, como era buen ginete, pudo dominar y contener al brioso animal.

Sin embargo, al cabo de un instante comenzó á oír Enrique el mismo ruido que habia oído el caballo, y se admiró de experimentar el mismo terror que habia sentido el bruto.

Un largo murmullo, semejante al del viento, seco y grave á la vez, se elevaba de diferentes puntos de un semicírculo que parecia estenderse del Sur al Norte, y bocanadas de una brisa fresca y como cargadas de partículas de agua aclaraban por intervalos aquel murmullo, que remedaba entonces el ruido de las olas que se estrellan sobre las playas llenas de guijarros.

—¿Qué es esto? preguntó Enrique. ¿Será el viento? No, porque el viento es el que me trae ese ruido, y los dos sonidos me parecen distintos.

¿Será un ejército en marcha? Tampoco, añadió inclinando su oído sobre la tierra, porque entonces oiría la cadencia de los pasos, el crujido de las armaduras y el eco de las voces.

¿Será un incendio? Tampoco, porque no se percibe luz alguna en el horizonte, y hasta el mismo cielo parece oscurecerse.

El ruido entre tanto se iba aumentando, y se asemejaba al que producirían millares de cañones arrastrados á lo lèjos sobre un pavimento sonoro.

Por un momento creyó Enrique haber hallado la causa de este ruido atribuyéndolo á lo que hemos dicho; pero casi al mismo tiempo replicó:

—Imposible, no hay calzadas empedradas por este lado ni mil cañones en el ejército.

El ruido seguía aproximándose cada vez mas, y entonces Enrique puso su caballo á galope y ganó una eminencia.

—¿Qué veo? exclamó llegando á la cumbre.

Lo que Enrique veía lo que había visto su caballo, pues no había podido hacerle avanzar en aquella dirección sino desgarrándole los bijares con sus espuelas, y cuando llegó á la cumbre de la colina se encabritó para derribar el ginete.

Lo que caballo y caballero veían eran

en el horizonte una faja pálida, inmensa, infinita, semejante á un nivel, que avanzaba sobre el llano formando un círculo inmenso y marchando hácia el mar.

El jóven miraba todavía indeciso este extraño fenómeno, cuando al volver la vista al sitio que acababa de dejar observó que el prado se llenaba de agua, que el riachuelo se desbordaba y comenzaba á inundar con sus aguas levantadas sin causa visible los cañaverales que un cuarto de hora antes descollaban sobre sus dos orillas.

El agua seguía avanzando lentamente hácia el lado de la casa.

—¡Qué loco soy! exclamó Enrique. No lo había adivinado. ¡Es el agua! Los flamencos han roto sus diques.

Inmediatamente echó á correr hácia la casa y llamó con furia á la puerta gritando:

—Abrid, abrid.

Nadie contestó.

—Abrid, Remigio, gritó el jóven furioso á fuerza de terror: abrid, soy Enrique Du-Bouchage.

—¡Oh! no necesitais nombraros, señor conde, respondió Remigio desde el interior de la casa: hace mucho tiempo que os he conocido pero os prevengo que si derribais esa puerta encontrareis detrás de ella una pistola en cada mano.

—¡Desgraciado! exclamó Enrique con acento desesperado; ignoras el peligro; es el agua, el agua....

—No me vengais con cuentos ni con pretestos, señor conde. Os digo que no entrareis aquí sino pasando sobre mi cadáver.

—En ese caso pasaré sobre él, exclamó Enrique, pero entraré. En nombre del cielo, en nombre de Dios, por tu vida y la de tu ama, ¿quereis abrir?

—¡No!

El joven miró á su alrededor y vió una de esas piedras homéricas como las que Ajax Felamon hacia rodar sobre sus enemigos; cojió esta piedra entre sus brazos, la levantó sobre su cabeza, y corriendo hacia la casa, la tiró contra la puerta, que voló en el acto hecha astillas.

Al mismo tiempo una bala silbó á los

oidos de Enrique, pero sin tocarle.

El conde se precipita sobre Remigio, este dispara su segunda pistola, pero solo el cebo dá fogonazo.

—Ya ves que no tengo armas, insensato, esclamó Enrique: no te defiendas, pues, contra un hombre que no ataca; mira solamente, mira.

Y llevándole hacia la ventana, que echó abajo de un puñetazo, añadió:

—¿Ves ahora, ves?

Y le mostraba con el dedo el inmenso plano que blanqueaba en el horizonte, y que amenazaba al marchar con el frente de un ejército gigantesco.

—El agua, murmuró Remigio.

—¡Si el agua! ¡el agua! esclamó Enrique; ya lo ha invadido todo; mira á nuestros pies; el rio se ha desbordado y va subiendo; dentro de cinco minutos nadie podrá salir de aquí.

—¡Señora, gritó Remigio, señora!

—No hay que dar gritos, Remigio. Prepara los caballos, y que sea pronto.

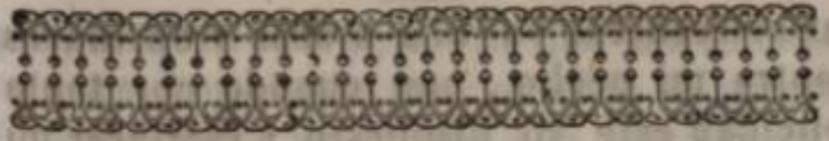
—La ama, y la salvará, dijo Remigio para sí, corriendo hacia la cuadra.

Enrique entre tanto se dirigió á la escalera, y como al oír los gritos de Remigio habia abierto la dama la puerta de su cuarto, la cojió en sus brazos como hubiera hecho con un niño; pero ella creyendo que aquello era una traicion ó violencia, luchaba con todas sus fuerzas para desasirse de los brazos de su libertador.

—Dile, gritó Enrique, dile que quiero salvarla,

Remigio oyó la voz del conde en el momento que volvia con los dos caballos.

—¡Sí, sí, gritó, si señora, ¡vá á libertaros! Venid, venid!



CAPITULO VI.

LA FUGA.

No queriendo Enrique perder un tiempo precioso en tranquilizar á la dama, la sacó fuera de la casa y quiso colocarla en su propio caballo; pero ella, con un movimiento de invencible repugnancia, se deslizó de los brazos de Enrique, y fué Recibida por Remigio, que la acomodó sobre su caballo preparado para ella.

—¿Qué es lo que haceis, señora? dijo Enrique. ¡Qué mal juzgais á mi corazon! No se trata ahora del placer que seria para

mi estrecharos en mis brazos y oprimiros contra mi pecho, aun cuando por tanta felicidad esté yo dispuesto á sacrificar mi vida: se trata de huir con la velocidad del ave. ¿No las veis, señora? Mirad, mirad como huyen tambien las aves.

En efecto, aunque el crepúsculo no hacia mas que aparecer, se divisaban bandadas numerosas de chorlitos y pichones que atravesaban azorados el espacio con rápido vuelo, y en medio de aquella terrible escena y de la oscuridad que la acompañaba, tan apetecible á los murciélagos, aquel vuelo estrepitoso, favorecido por las ráfagas del viento tenia algo de siniestro para los oidos y de deslumbrador para los ojos.

La dama nada contestó al jóven y picó su caballo sin volver atrás la cabeza.

Pero su caballo y el de Remigio, que habian caminado dos dias casi sin parar, estaban sumamente cansados: Enrique volvia á cada instante la cabeza, y viendo que apenas podian seguirle, dijo á la dama:

—Señora, mi caballo anda mucho más

que el vuestro, á pesar de que me esfuerzo para contenerle; no os pido la gracia de sosteneros yo mismo con mis brazos, pero ya que todavía estamos á tiempo, tomad mi caballo y dejadme el que montais.

Gracias, caballero, contestó la viajera con acento tranquilo y sin que su semblante revelase la menor emocion.

—Pero, señora, por Dios, exclamó Enrique dirigiendo hácia atrás miradas de desesperacion: el agua se adelanta; mirad, mirad. ¿No ois el ruido?

En efecto, un estrépito horrible se dejó sentir al mismo tiempo; era el dique de una aldea invadida por las aguas; maderos, techos, paredes, todo habia cedido ante el elemento destructor; dos filas de gruesas estacas se habian roto con estallidos semejantes á los del trueno, y las aguas dominando aquellas ruinas, empezaban á apoderarse de un bosque de encinas, cuyas copas temblaban y cuyas ramas se sacudian fuertemente, como si una legion de demonios estuviese descansando en su sombra.

Los árboles arrancados chocando unos

con otros, los puntales de las casas flotando sobre las aguas, los gritos lejanos y los relinchos lastimeros de hombres y de caballos que arrastraba la inundacion formaban un concierto de sonidos tan lúgubres y tan estraños, que al fin el terror que dominaba á Enrique se comunicó al corazon de la impasible é indomable dama desconocida.

Aguijoneó á su caballo, y este, como si conociese que el peligro era nminente, redobló sus esfuerzos para sustraerse á él.

Pero el agua se adelantaba sin cesar ganando terreno, y era evidente que antes de diez minutos alcanzaria á los viajeros.

A cada instante se detenia Enrique para esperar á sus compañeros, y cuando se reunian á él les gritaba:

—Es indispensable correr mas, porque el agua se nos echa encima.

Acercábase, en efecto, á ellos espumosa, irritada y terrible; arrastró cual si fuese una pluma la casa en que Remigio y su señora habiau hallado momentaneo abrigo; levantó como una paja la barca que estaba amarrada á la orilla del riachuelo, y

majestuosa, inmensa, enroscando sus anillos como los de una serpiente, llegó tan compacta como una muralla de bronce hasta los caballos de Remigio y de la desconocida.

Enrique lanzó un grito de espanto, y corrió á las aguas como para combatir contra ellas.

—¿No conocéis que estais perdida? exclamó desesperado. Señora, por el Cielo, bajad, venid conmigo.

—No, dijo la dama.

—Dentro de un minuto será ya demasiado tarde: mirad, mirad.

La dama volvió la cabeza y vió que el agua solo distaba unos cincuenta pasos.

—Cúmplase mi suerte, murmuró entonces, y vos, caballero, huid.

El caballo de Remigio, muerto de cansancio, dobló las manos y no pudo volver á levantarse, á pesar de los esfuerzos del jinete.

—Salvadla, salvadla, gritó este, aunque sea á pesar suyo.

Y al mismo tiempo que procuraba sacar los pies de los estribos, cubrieron las

aguas, con un gigantesco monumento, la cabeza del fiel criado.

Al ver su señora esta desgracia arrojó un grito doloroso, y lanzándose del caballo, esperó tranquila las aguas resuelta á morir con Remigio.

Pero conociendo Enrique su intencion se apeó al mismo tiempo, y estrechando su talle con el brazo derecho, volvió á montar con ella y partió como una escalarion.

—¡Remigio, Remigio! esclamaba la dama estendiendo los brazos hácia el sitio en que el criado habia desaparecido.

Un grito le respondió, pues Remigio se habia presentado en la superficie del agua, y con la esperanza indomable, aunque insensata, que acompaña al moribundo hasta el término de su agonía, nadaba sostenido por una viga.

Poco despues, y á su lado, apareció tambien su caballo sacudiendo el agua desesperadamente con sus manos, al paso que la inundacion ahogaba al corcel de la dama y que esta y Enrique no corrian sino volaban á veinte pasos de distancia sobre

el tercer caballo aguijoneado por el terror.

Remigio no sentía ya perder la vida, pues al menos esperaba en sus últimos momentos que se salvaría aquella mujer á quien únicamente amaba.

—¡Adios, señora, adios! exclamaba: yo parto el primero, y voy á decir al que nos aguarda que vos vivis para...

No pudo acabar la frase, porque una montaña de agua pasó sobre su cabeza y fué á romperse á los pies del caballo de Enrique.

—¡Remigio! ¡Remigio! gritó la dama: quiero morir contigo; caballero, ya lo ois, he resuelto esperarle: quiero echar pié á tierra.

Pronunció estas palabras con tanta energía y autoridad, que el jóven abrió los brazos y la dejó deslizarse hasta el suelo diciendo:

—Bien, señora; moriremos aquí los tres, y os doy las gracias porque me concedis ese favor, que nunca me hubiera atrevido á esperar.

Al mismo tiempo que así hablaba sujetando al caballo por la brida, le alcan-

zaron las aguas lo mismo que habian alcanzado á Remigio: con todo, haciendo el último esfuerzo de amor, agarró el brazo de la dama, cuyos pies habian desaparecido bajo las olas.

En un instante los envolvieron estas, arrastrándolos furiosamente por espacio de algunos segundos confundiéndolos con otros mil objetos convertidos en despojos de su implacable saña.

Y era un espectáculo sublime la serenidad y sangre fria de aquel hombre, tan jóven y tan valiente, cuyo busto entero dominaba la inundacion, al paso que sostenia con un brazo á su compañera, y cuyas rodillas, guiando los últimos esfuerzos del caballo espirante, procuraban utilizar los desesperados esfuerzos de su agonía.

Hubo un momento de terrible lucha, en que la dama apoyada fuertemente por el brazo derecho de Enrique, conseguia sostener la cabeza fuera del agua, en tanto que el último separaba con la mano izquierda los maderos flotantes y los cadáveres cuyo choque podia sumergir ó destrozár á su caballo.

Uno de aquellos cuerpos flotantes al pasar junto á ellos gritó, ó mas bien: suspiró:

—Adios, señora, adios....

—¡Por el cielo! exclamó el jóven: es Remigio.... Pues bien, á ti tambien te salvaré.

Y sin calcular el peligro á que se esponia cargando con nuevo peso, agarró á Remigio por un brazo, lo atrajo hacia su muslo izquierdo y lo hizo respirar el aire libre; pero al mismo tiempo el caballo, no pudiendo aguantar el peso de tres personas, se hundió primero hasta el pescuezo, poco despues hasta los ojos, y por último, dobló las corbas y desapareció enteramente.

—¡Es preciso morir! murmuró Enrique ¡Dios mio, acepta esta vida pura que te ofrezco! Y vos, señora, recibid mi alma, que siempre ha sido vuestra.

En aquel momento conoció Enrique que Remigio se desprendia de él, no opuso el menor esfuerzo para detenerle, porque toda resistencia era ya inútil.

Su único cuidado fué sostener á la dama el mayor tiempo posible fuera del agua para que á lo menos fuese la última

que se ahogase y pudiese decir al exhalar el postrer suspiro que él habia hecho cuanto habia podido por disputársela á la muerte.

De pronto, y cuando ya solo pensaba en el cielo, un grito de alegría resonó a su lado: hizo un esfuerzo y vió que Remigio acababa de agarrarse á una barca.

Esta barca era la misma de la casita que las aguas habian arcebatado: Remigio, recobradas algun tanto las fuerzas merced al auxilio que le prestara Enrique, la vió pasar impelida por la corriente, y separándose del grupo, comenzó á nadar hasta que consiguió apoderarse de ella.

Tenia dos remos sujetos á los costados y un bichero en el fondo.

Alargó este á Enrique, que lo agarró con ansia, arrastrando en seguida consigo á la dama, que levantó sobre sus hombros, y á la cual Remigio recibió en sus brazos.

Despues, agarrándose él mismo al costado de la barca, entró en ella de un salto.

Los primeros rayos del sol iluminaban aquella escena, mostrando la llanura inun-

dada y la barca balanceándose como un átomo en medio del Océano cubierto enteramente de despojos.

Como á doscientos pasos hácia la izquierda se elevaba una colina que, cercada de agua por todas partes, parecia una isla en medio del mar.

Enrique echó mano á los remos y bógó hácia la colina, en cuya direccion tambien les impelian las corrientes.

Entre tanto Remigio, con el auxilio del bichero, iba separando los maderos y otros estorbos con los cuales podia tropezar la barca; al fin los esfuerzos de ambos, lló mas bien, la fuerza de Enrique y la destreza de Remigio, consiguieron que la barca abordase, ó mejor dicho, que fuese arrojada al pié de la colina.

Remigio saltó á tierra y sujetó la cadena de la barca, que arrimó á la orilla todo lo posible.

Enrique se adelantó hácia la dama para sacarla entre sus brazos; pero ella estendió la mano, y levantándose sola, saltó tambien en tierra.

Enrique lanzó un suspiro, y aun por

un instante abrigó la idea de zambullirse en las aguas y morir á su vista; pero un irresistible sentimiento le encadenaba á la vida, pues al fin veia á aquella muger, cuya presencia habia anhelado tantas veces en vano.

Hizo encallar á la barca, y fué á sentarse á diez pasos de la dama y de Remigio, livido y empapado en agua.

Habianse salvado del mas inminente peligro, es decir, de la inundacion, pues por terrible que fuese, de ningun modo era fácil que dominase la altura en que se hallaban, á pesar de que podian contemplar á sus pies los estragos de la cólera de aquel furioso elemento, cuyo poder solo cede ante el poder de Dios.

Enrique miraba como corrian con rapidez aquellas aguas destructoras que arrastraban montones de cadáveres franceses, caballos y armaduras; Remigio se quejaba de un agudo dolor en el hombro, ocasionado por el choque de un madero que le habia herido precisamente cuando su caballo se hundia, y en cuanto á la dama, á escepcion del frio que espe-

rimentaba, estaba sin lesion alguna, pues Enrique habia cuidado de ella hasta donde se lo habian permitido sus fuerzas.

Enrique no pudo menos de sorprenderse al ver que aquellos dos seres libertados tan milagrosamente de la muerte solo le daban á él las gracias, sin dirigir á Dios, primer autor de su salvacion, una palabra de agradecimiento.

La dama fué la primera que se puso en pié é hizo observar á sus amigos que en el fondo del horizonte hácia poniente, se divisaba un resplandor como de fuego al través de la neblina, presentándose en un punto elevado, al que las aguas no podian subir.

Por lo que podia juzgarse en medio del frio crepúsculo que sucedia á la noche, dicho fuego apareció como á una legua de distancia; y habiéndose adelantado Remigio hácia la parte de la colina que permitia examinarlo con mayor claridad, volvió diciendo que á unos mil pasos del sitio en que habian tomado tierra comenzaba una especie de calzada que conducia rectamente á los referidos fuegos.

Lo que hacia creer á Remigio en la existencia de esta calzada, ó á lo menos en la de un camino cualquiera, era la perspectiva de dos hileras de árboles rectas y regulares que iban á perderse en el punto indicado.

Enrique hizo tambien sus observaciones, que concordaron perfectamente con las de Remigio; pero con todo, era preciso en tan criticas circunstancias dejar abandonado mucho á la casualidad.

Arrastradas las aguas hácia el declive de la llanura, habian echado á los viajeros hácia la izquierda del camino, haciendoles describir un ángulo considerable, y esta variacion, complicada con la precipitada carrera de los caballos, les quitaba todo medio de orientarse.

El dia se acercaba, pero encapotado y tempestuoso, de modo que les era imposible distinguir, como si hubiera sucedido en tiempo claro y sereno, el campanario de Malines, de donde podian distar dos leguas poco mas ó menos.

—¿Qué pensais de esas fogatas, señor conde?...preguntó Remigio.

—Esas fogatas, que parece os brindan hospitalidad, son para mí muy sospechosas, y desconfío de ellas.

—¿Por qué?

—Remigio, dijo Enrique en voz baja, mirad esos cadáveres; todos son franceses, y ninguno flamenco; nos anuncian, pues, un gran desastre; los diques del país han sido rotos con el objeto de destruir completamente el ejército francés, si ha quedado vencido, ó por disminuir el efecto de su victoria, si ha triunfado. ¿Tiene algo de extraño que esas fogatas sean más bien obra de contrarios que de amigos, y que sirvan de red á los infelices que hayan podido escapar de la inundación?

—Sin embargo, observó Remigio, es imposible que permanezcamos aquí, porque el hambre y el frío acabarán con nosotros.

—Teneis razón, dijo el conde: quedaos con la señora mientras yo paso á la calzada; de ese modo pronto os traeré noticias.

—No, no, exclamó la dama; no puedo consentir en que os espongais solo; jun-

—No, no, exclamó la dama; no puedo consentir en que os espongais solo; jun-

tos nos hemos salvado, y juntos moriremos si es preciso. Remigio, dadme vuestro brazo, pues estoy pronta á marchar.

Todas las palabras de aquella extraordinaria muger tenian un acento de autoridad tan irresistible, que á nadie, despues de oirlas, le ocurría la idea de oponerse á ellas por un solo instante.

Enrique se puso en marcha el primero.

La inundacion habia calmado algun tanto, y la calzada, antes de comunicarse con la colina formaba una especie de golfo en que el agua parecia adormecida, que obligaba á los viajeros á volverse á servir de la barca. Asi lo hicieron en efecto, embarcándose los tres de nuevo en medio de mil cadáveres y objetos flotantes.

Un cuarto de hora despues llegaron á la calzada, y asegurando la barca á un árbol por medio de la cadeua, echaron pié á tierra, siguieron la calzada por espacio de una hora, y llegaron á un grupo de cabañas flamencas, en medio de las cuales, y en un escampado cercado de tilos, se hallaban reunidos al rededor de una grande hoguera de doscientos y trescientos

soldados, sobre cuyas cabezas flotaban los anchos pliegues de una bandera francesa.

El centinela, situado á unos cien pasos del vivac, avivó la mecha de su mosquete al mismo tiempo que decía:

—¿Quién vive?

—Francia, respondió Du-Bouchage.

Y añadió volviéndose hácia la dama:

—Ahora es, señora, cuando puedo decir que estais en completa seguridad, pues reconozco las armas de los gendarmes de Annis, cuerpo distinguido en el cual tengo muchos amigos.

Al grito del centinela y á la contestacion del conde se presentaron en efecto algunos gendarmes á los recién llegados, á quienes recibieron afectuosamente en medio de aquel desastre, tanto porque, como ellos, se habian libertado de él, como porque eran compatriotas.

Enrique se dió á conocer tanto personalmente como nombrando á su hermano: dirigióles en seguida mil preguntas, y refirió la manera milagrosa con que el y sus compañeros habian evitado una muerte que ya miraban como segura, pero sin declarar ninguna otra cosa.

Remigio y su señora se sentaron silenciosos en un rincón, y Enrique fué á invitarles para que se acercasen á la fogata, pues ambos estaban todavía empapados de agua.

—Señora, dijo la dama, tan respetada sereis aquí como en vuestra casa, y me he tomado la libertad de decir que sois parienta mía; perdonadme este engaño.

Y sin esperar que le diesen las gracias los mismos á quienes habia salvado, se alejó de ellos para reunirse á los oficiales que le esperaban.

Remigio y Diana dirigieron al conde una mirada en que se pintaba el mas profundo agradecimiento.

Los gendarmes de Aunis, á quienes nuestros fugitivos acababan de pedir hospitalidad, se habian retirado en buen orden despues de la derrota y el *¡sálvese quien pueda!* de los jefes.

Donde quiera que haya homogeneidad de posicion y de costumbre de vivir juntos no es raro ver la espontaneidad en la ejecucion, despues de la unidad en el pensamiento.

Esto era precisamente lo que habia sucedido aquella noche á los gendarmes de Aunis.

Viendo que sus jefes los abandonaban y que los demás regimientos procuraban por mil medios ponerse en seguridad: se unieron unos á otros, apretaron sus filas en vez de romperlas, pusieron sus caballos al galope, y á las órdenes de uno de sus oficiales, á quien amaban mucho á causa de su valor, tomaron el camino de Bruselas.

Del mismo modo que los demás actores de aquella terrible escena, vieron todos los progresos de la inundacion y fueron perseguidos por las aguas furiosas; pero la suerte hizo que encontrasen en su camino la aldea de que ya hemos hablado, posicion fuerte á la vez contra los hombres y contra los elementos.

Sabiendo los habitantes que estaban en seguridad, no habian abandonado sus casas, á escepcion de las mugeres, ancianos y niños, que habian enviado á la ciudad; así es que los gendarmes hallaron resistencia; pero como la muerte venia de-

trás, atacaron con desesperacion, triunfaron de todos los obstáculos, perdieron diez hombres en el ataque de la calzada, pero se alojaron y ahuyentaron á los flamencos.

Una hora despues la aldea estuvo ceccada enteramente por las aguas, excepto el lado del camino por donde hemos visto llegar á Enrique y sus compañeros.

Tal fuè la relacion que hicieron á Du-Bauchage los gendarme de Aunis.

—¿Y el resto del ejército? preguntó Enrique.

—Mirad, respondió el oficial, á cada instante pasan cadaveres que responden á vuestra pregunta.

—¿Y mi hermano?... se aventuró á decir Du-Bouchage con voz conmovida.

—¡Ah! señor conde, no podemos daros noticias ciertas de él; ha peleado como un leon; tres veces le hemos retirado del fuego. Verdad es que ha sobrevivido á la batalla, pero no podemos decir lo mismo respecto á la inundacion.

Enrique bajó la cabeza y se quedó abismado en amargas reflexiones; pero exclamó de repente.

—¿Y el duque?

El oficial se inclinó hacia Joyeuse y le dijo:

—El duque fué de los primeros que se pusieron á salvo montado en un caballo blanco con una estrella negra en la frente. Pues bien; ahora mismo hemos visto pasar el caballo en medio de un montón de fragmentos; la pierna de un jinete iba trabada en el estribo y sobrenadaba á la altura de la silla.

—¡Gran Dios! exclamó Enrique.

—¡Gran Dios! murmuró Remigio, que habiéndose levantado al oír la voz del conde acababa de oír aquella relacion, y cuyos ojos se fijaron en su pálida compañera.

—¿Y que mas? preguntó el conde.

—Sí; ¿qué mas? balbuceó Remigio.

—Pues bien! en el remolino que formaba el agua en el ángulo de aquel dique, uno de mis soldados se arriesgó á cojer las riendas flotantes del caballo, y aun pudo, haciendo grandes esfuerzos, levantar el animal ya muerto. Entonces vimos aparecer la bota blanca y la espuela de oro que llevaba el duque; pero al mismo tiempo se hinchó el agua como si se hubie-

ra indignado al ver que la arrancaban su presa, y mi gendarme soltó el caballo para no ser arrastrado con él, y todo desapareció. No tendremos siquiera el consuelo de dar una sepultura cristiana á nuestro príncipe.

—¡Tambien él ha muerto! ¡El heredero de la corona! ¡Que desastre!

Remigio se volvió hácia su compañera y le dijo una espresion imposible de describir:

—Ya lo veis, señora, ha muerto.

—¡Loado sea el Señor, que me ahorra un crimen! respondió la dama alzando en señal de gratitud las manos y los ojos al cielo.

—Sí, pero nos quita la venganza, respondió Remigio.

—Dios tiene siempre el derecho de acordarse. La venganza no pertenece al hombre sino cuando Dios olvida.

El conde veia con cierto terror la exaltacion de aquellos dos estraños personajes que habia salvado de la muerte; examinábales con atencion, y trataba aunque inutilmente, de formarse una idea de sus

deseos ó de sus temores y de comentar sus gestos y la espresion de sus lisonomías.

La voz del oficial le sacó de su contemplacion.

—Pero vos mismo, conde, preguntò, qué vais á hacer?

El conde se estremeciò y dijo:

—¿Yo?

—Sí, vos.

—Esperaré aquí hasta que pase el cuerpo de mi hermano, replicó el jóven con el acento de una sombría desesperacion; entonces trataré yo tambien de sacarlo á tierra para darle una sepultura cristiana, y creedme, si logro cojerlo entre mis brazos no lo abandonaré.

Remigio oyó estas palabras siniestras y dirigió al jóven una mirada llena de afectuosa reconvencion.

En cuanto á la dama, desde que el oficial habia anunciado la muerte del duque de Anjou no oia ya nada: oraba solamente.



—Pero vos mismo, conde, preguntó
 que vais á hacer?
 El conde se estremeció y dijo:

CAPITULO X.

—Yo?
 —Sí, vos.
 —Esperaré aquí hasta que pase el cur-
 po de mi hermano, replico el joven con
 el acento de una sombría desesperación;
 entonces tras el secreto á
 tiene para darle una sepultura cristiana,
 y creemos, el logro cojido entre mis bra-
 zos no lo abandonaré.

DUEGO que la compañera de Remigio
 acabó su plegaria, se levantó tan bella y
 radiante, que el conde no pudo menos de
 lanzar un grito de sorpresa y de admira-
 cion. Parecia salir de un largo sueño, cu-
 yas imágenes hubiesen agitado su mente
 alterando al mismo tiempo la serenidad de
 sus facciones, sueño de plomo que imprime
 en la húmeda frente del que duerme
 los tormentos quiméricos del delirio.

O mas bien se asemejaba á la hija de Jaira, vuelta á la vida desde el seno de la muerte, y levantándose del sepulcro purificada y digna del Cielo.

Luego que la jóven salió de este letargo dirigió á su alrededor una mirada tan dulce, tan suave, de tan angélica bondad, que Enrique crédulo como todos los amantes, se figuró que por fin iba á compadecerse de sus penas y á ceder á un sentimiento, ya que no de cariño, al menos de gratitud y de piedad.

En tanto que los gendarmes dormían sobre los escombros del descampado despues de haber comido, y que el mismo Remigio se rendía al sueño y apoyaba su cabeza en la barrera que servía de sosten á su banco, Enrique fué á colocarse junto á la dama, y con acento tan pausado y contenido que parecia un murmullo de la brisa, le dijo:

—¡Ah, señora! Vos vivís.... Permittedme espresar toda la alegría que no puede contener mi corazon al veros aquí, en completa seguridad, despues de haberos visto allá abajo á orillas del sepulcro.

—Es cierto, respondió ella; vivo por vos y quisiera, añadió sonriéndose tristemente, poder deciros que os lo agradezco.

—En fin, señora, replicó Enrique haciendo un esfuerzo sublime de amor y de abnegación, me felicito de ello, aunque solo haya conseguido salvaros para restituiros á las personas que amais.

—¿Qué estais diciendo?

—A las personas que ibais buscando por medio de tantos peligros, añadió Enrique.

—Caballero, los que yo amaba han muerto; los que iba buscando tambien.

—¡Ah, señora! murmuró el jóven cayendo de hinojos, volved la vista hácia mi, que tanto he sufrido y que tanto os he amado. ¡Oh! No separéis así vuestras miradas: vos sois jóven y hermosa como un ángel del cielo; leed, pues, en mi corazón, que abro delante de vos, y vereis que no contiene un átomo de amor como lo comprenden los demás hombres. ¡No me creéis! Examinad una por una las horas pasadas. ¿Cual de ellas me ha traído un placer? ¿Cual me ha halagado con la esperanza? Y sin embargo, he persistido. Me

habeis hecho llorar, y he bebido mis lágrimas; me habeis hecho padecer, y he devorado mis dolores; me habeis arrojado á la muerte, y yo la invocaba sin quejarme. Ahora mismo cuando volveis la cabeza hácia otro lado, cuando cada palabra mia, por ardiente que sea, solo parece una gota de agua helada al caer sobre vuestro corazon, mi alma está llena de vuestra imágen, y yo no vivo sino porque vos vivis. ¿No me disponia á morir ahora mismo á vuestro lado? ¿Qué he perdido en recompensa? Nada. ¿He tocado siquiera vuestra mano, como no haya sido para libertaros de la muerte? Os he tenido entre mis brazos para disputaros á las olas; ¿pero habeis sentido la presion de mi pecho? No: yo no tengo mas que alma, porque todo en mí ha sido purificado por el fuego intensisimo del amor.

—Por piedad, caballero... no me habéis así.

—Tambien os pido por piedad que no me condeneis. Me han dicho que á nadie amais... ¡Oh! Repetidme esto mismo, dadme esa seguridad, porque aunque es

una desgracia para el que ama el oír que no es amado, para mí es un consuelo si al mismo tiempo me decís que sois insensible para todos los demás. ¡Señora, señora, única muger á quien adoro, respondedme.

A pesar de las instancias de Enrique, un suspiro fué la única contestacion de la dama.

—Nada me decís, añadió el conde. Remigio á lo menos se ha compadecido de mí mas que vos, pues ha procurado consolarme. ¡Ay! Veo que no me contestáis porque no quereis decirme que habeis venido á Flandes á reuniros con otro mas feliz que yo, aunque soy jóven, aunque en mí recaen las esperanzas de mi hermano, aunque me veis morir á vuestros pies sin decirme siquiera: "he amado, pero no amo," ó bien: "amo, pero cesaré de amar."

—Señor conde, replicó la dama con dignidad, no me digais esas cosas que se dicen á una muger, porque yo soy una criatura del otro mundo y no vivo ya en este. Si os hubiera creído menos noble, menos caballero, menos generoso; si no abri-

para para vos en el fondo de mi corazón el tierno cariño de una hermana, os diria:— "Levantaos y no importuneis por mas tiempo unos oídos que aborrecen palabras de amor."— Pero no os dire eso, señor conde, porque yo tambien sufro al veros padecer. Mas voy á declararos: ahora que os conozco os estrecharia la mano, la pondrias sobre mi corazón y os hablaria de este modo:— "Amigo mio, mi corazón no palpita, vivid á mi lado si quereis, y asistid dia por dia, si tal es vuestro gusto, á esta ejecucion lenta y dolorosa de un cuerpo al que asesinan los tormentos del alma."— Pero este sacrificio, que indudablemente aceptariais como una felicidad...

— Oh! sí, exclamó Enrique.

— Pues bien, tampoco es lo puedo ofrecer, conozco que desde hoy ha cambiado mi destino, que no tengo ya el derecho de apoyarme en el brazo de ningun mortal, ni aun en el de ese generoso amigo, de esa noble criatura que descansa en ese banco y puede olvidar un momento sus pesares. ¡Pobre Remigio! añadió dan-

do á su voz la primera inflexion de sensibilidad que en ella notó Enrique. ¡Pobre Remigio! También tu despertar vá á ser triste: desconoces los progresos de mi pensamiento, no lees en mis ojos, ni sabes que al sacudir tu sueño vas á encontrarte solo en la tierra, ya que sola debo subir hasta Dios.

—¿Qué decís? exclamó Enrique. ¿También pensais en morir?

Remigio, á quien despertó el doloroso grito del conde, levantó la cabeza y escuchó.

—Me habeis visto orar, ¿no es cierto? preguntó la dama á Enrique.

Este hizo una señal afirmativa.

—Esa plegaria era mi despedida de la tierra, y esta alegría que habeis notado en mi rostro, esta alegría que inunda mi corazon en este momento, es la misma que observariais en mi si el ángel de la muerte viniese á decirme:—“¡Levántate, Diana, y sígueme á la presencia de Dios!”

—¡Diana! ¡Diana! murmuró Enrique. ¡Ah! Ya sé por fin como os llamais... ¡Diana!... ¡Nombre querido! ¡Nombre adorado!

Y el desgraciado se postró á los pies de aquella muger repitiendo su nombre con toda la embriaguez de un inesplicable delirio.

—¡Silencio! dijo ella: olvidad ese nombre, que ha salido involuntariamente de mis labios, porque ningun mortal tiene derecho para desgarrarme el corazon pronunciándolo.

—¡Ah! Por el Cielo, replicó Enrique: ahora que sé vuestro nombre, no me digais que quereis morir.

—No he dicho eso, caballero, respondió la dama con sosiego; digo que voy á dejar este mundo de lágrimas, de odio, de viles pasiones, de intereses infames y de deseos sin nombre: digo que nada tengo que hacer entre las criaturas, á las cuales hizo Dios mis semejantes; mis ojos carecen ya de lágrimas, la sangre no hace palpar mi corazon, mi cabeza no abriga un solo pensamiento desde que ha espirado el pensamiento que la ocupaba enteramente; soy una víctima despreciable, puesto que nada sacrifico, ni siquiera un deseo, ni una esperanza, al renunciar al mundo;

pero tal como soy me ofrezco al Señor, que me recibirá según su misericordia, como confío, ya que me ha hecho padecer tanto y no ha permitido que sucumba á mis tormentos.

Remigio al oír estas últimas palabras, se levantó y se acercó á su ama diciendo con amargura.

—¿Me abandonais?

—Por Dios, contestó Diana levantando hacia el cielo su mano palida y flaca como la de la sublime Magdalena.

—¿Conque es cierto? replicó el criado dejando caer la cabeza sobre el pecho. ¿Conque no hay duda?

Y al mismo tiempo cojió la mano de su señora y la estrechó contra su corazón como hubiera podido hacer con la reliquia de una santa.

—¿Qué valgo ya al lado de estos dos corazones? dijo el joven con temblor convulsivo.

—Vos sois, le respondió Diana, la única persona á quien he mirado dos veces desde que mis ojos están condenados á la oscuridad.

Enrique se postró de nuevo exclamando.

— ¡Oh! Gracias, gracias, porque acabais de manifestaros a mi enteramente, gracias, porque veo con claridad mi destino: desde este momento ni una palabra de mi boca, ni un suspiro de mi corazón descubrirán en mí al hombre que os ama. Perteneceis al Señor, y ya no puedo tener celos de Dios.

Acababa de pronunciar estas palabras y se levantaba penetrado de ese encanto regenerador que acompaña a toda resolución grande é inmutable, cuando allá á lo lejos en la llanura, cubierta todavía de vapores que iban disipándose gradualmente, resonó confuso y prolongado sonido de clarín.

Los gendarmes corrieron á las armas y montaron á caballo sin esperar la orden de su jefe.

Enrique escuchaba atentamente, y exclamó de pronto.

— Señores, señores, son los clarinetes del almirante: los reconozco. ¡Dios mío, haced que me anuncien la llegada de mi hermano!

—Ya veis como deseais todavía alguna cosa, le dijo Diana, y como amais á alguno en el mundo. ¿Por qué, pues, habeis de elegir la desesperacion como los que nada desean ya, ni á nadie aman?

—Un caballo, gritó Enrique, venga un caballo!

—¿Y por donde saldreis, preguntó el oficial, cuando estais viendo que el agua nos rodea por todas partes?

—La llanura está transitable, y cuando ellos tocan sus clarines, es prueba de que caminan sin obstáculo.

—Subid á la parte mas alta de la calzada, señor conde, respondió el oficial: el dia se vá despejando y tal vez podreis descubrir alguna cosa.

—Voy á hacerlo sin demora, respondió el jóven dirigiéndose en efecto á la eminencia designada por el oficial; entretanto seguia el sonido de los clarines siempre por intervalos, sin aproximarse ni alejarse.

Remigio habia vuelto á colocarse al lado de Diana.

CAPITULO XI.

LOS DOS HERMANOS.

UN cuarto de hora despues volvió Enrique; habia visto, y todos podian verlo tambien, habia visto sobre una colina, que la noche habia impedido distinguir hasta entonces, un destacamento considerable de tropas francesas acantonadas y atrincheradas.

A escepcion de un ancho foso lleno de agua que rodeaba el pueblo ocupado por los gendarmes de Aunis, el resto de la llanura empezaba ya á quedar en la situacion de un estanque que se vá vaciando,

pues la inclinacion natural del terreno empujaba las aguas hácia el mar, y muchos puntos culminantes volvian á aparecer como despues de un diluvio.

El sedimento fangoso de las aguas habia cubierto todas las campiñas, y ofrecia un tristisimo espectáculo el contemplar, á medida que ahuyentaba el viento los vapores estendidos sobre la llanura, como unos cincuenta ginetes metidos en el fango y haciendo inútiles esfuerzos para llegar al pueblo ó al menos á la colina.

Desde esta se habian oido sus desesperados gritos, y por eso tocaban los clarines sin descanso.

No bien hubo acabado este viento de ahuyentar la neblina, cuando Enrique vió ondear sobre la altura del vecino campamento la bandera francesa.

Los gendarmes por su parte izaban tambien el estandarte de Aunis, y por uno y otro lado comenzaron á hacerse disparos de mosqueteria en señal de júbilo.

Hacia las once apareció el sol sobre aquella escena de desolacion y de luto, sercando con sus rayos algunas partes de la

llanura, y haciendo transitable la cresta de una especie de camino de comunicacion.

Enrique, se metió en el sendero y fué el primero en apereibirse por el ruido de los cascos de su caballo que efectivamente habia alli un camino de herradura, que por un rodeo circular conducia desde el pueblo á la colina, y se persuadió al mismo tiempo de que los caballos se meterian hasta media pierna, ó tal vez hasta el pecho en el fango, pero que no quedarian sumergidos en él á causa de la solidez del terreno.

Quiso hacer la prueba por si mismo, y como nadie le disputaba la gloria en tan peligroso ensayo, recomendó al cuidado del oficial á la dama y á su compañero, y emprendió la marcha.

Al mismo tiempo que salia del pueblo se vió bajar de la colina á un hombre á caballo, procurando, lo mismo que Enrique, meterse en el camino para dirigirse al pueblo.

Toda la cuesta pendiente de la colina que miraba á la poblacion estaba cubierta

de soldados, espectadores que elevaban los brazos al cielo y daban muestras de querer detener por medio de sus súplicas al imprudente ginete que arrostraba tan conocido peligro.

Los dos representantes de aquellos restos del gran cuerpo del ejército francés recorrieron animosamente el espacio intermedio, y pronto llegaron á conocer que su empresa era menos difícil de lo que temían cuantos los estaban mirando.

Un ancho hilo de agua que se escapaba de un acueducto, roto por el choque de un madero, se abría paso por el fango, y lalababa todos los barrizales de la calzada, descubriendo así el fondo del foso, que buscaban los caballos con admirable instinto.

Los dos ginetes solo distaban ya uno de otro doscientos pasos.

—¡Francia! gritó el que venía de la colina.

Y al mismo tiempo saludó quitándose la gorra adornada con una pluma blanca.

—¡Ah! ¡Sois vos al fin! exclamó el joven lleno de júbilo. ¡Vos monseñor!

—¡Enrique! ¡Enrique! ¡mi querido hermano! añadió el primero.

Y sin cuidarse del riesgo que corrían inclinándose á la derecha ó á la izquierda, partieron ambos á escape, y en medio de las aclamaciones frenéticas de los espectadores de la calzada y de la colina, se dieron un apretadísimo abrazo.

Al punto quedaron desiertos el pueblo y la colina: gendarmes y caballería ligera, caballeros hugonotes y católicos, se precipitaron en el camino abierto por los dos hermanos.

Pronto ambos campamentos se hallaban reunidos en uno solo, todos los brazos buscaban compatriotas á quienes estrechar, y en aquel camino, donde pensaban hallar la muerte, se vieron tres mil franceses que al fin podían dar gracias al cielo y gritar ¡viva la Francia!

—Señores, dijo un oficial hugonote, debemos decir todos. ¡viva el almirante! porque despues de Dios solo debemos al señor duque de Joyeuse nuestras vidas en tan terrible noche y la felicidad de poder abrazar á nuestros compatriotas.

Una aclamacion general acogió estas palabras.

Despues de hablar los dos hermanos breve rato acompañando á sus palabras algunos suspiros, preguntó Joyeuse á Enrique:

—¿Qué sabes del duque?

—Segun parece ha muerto, contestó el segundo.

—¿Es segura esa noticia?

—Los gendarmes de Aunis han visto su caballo ahogado y lo han reconocido por una señal particular. Dicho caballo llevaba aun pendiente del estribo á un ginete cuya cabeza cubrian las aguas.

—¡Noche terrible para la Francia! exclamó el almirante.

Y volviéndose á los soldados añadió en voz alta:

—Vamos, señores, no perdamos tiempo. En cuanto acaben de retirarse las aguas seremos probablemente atacados: atrincherémonos hasta que recibamos noticias y viveres.

—Monseñor, contestó un oficial, la caballeria no puede dar un paso, pues los

animales no han comido desde ayer á las cuatro, y se mueren de hambre.

—En nuestro campamento hay cebada, replicó el oficial; ¿pero y los hombres?

—Ea, dijo el almirante, si tenemos cebada es cuanto por ahora necesitamos: los hombres viviremos como los caballos.

—Hermano mio, murmuró Enrique al oído de Joyeuse, necesito hablarte á solas un momento.

—Es preciso que ocupemos el pueblo, respondió el almirante: elije en él una casa para mí, y espérame.

Enrique fué á buscar á sus dos compañeros.

—Ya estais, dijo á Remigio, en medio de un ejército, y por lo mismo debéis ocultaros en el alojamiento que voy á escoger, pues importa mucho que nadie vea á esta señora. Durante la noche, cuando todos duerman, procuraré los medios necesarios de que esteis libres.

Remigio se instaló con Diana en el alojamiento que les cedió el oficial de los gendarmes, que desde la llegada de Joyeuse habia dejado de ser jefe de ellos.

A las dos entró el duque en el pueblo al son de clarines, hizo que se alojasen las tropas, y dió severas órdenes para reprimir todo género de desorden.

En seguida dispuso una distribución de cebada á los hombres, otra de avena á los caballos, y que se diese agua á unos y otros; destinó para los enfermos y heridos algunos toneles de cerveza y de vino que se hallaron en las bodegas, y él mismo, en presencia de todos, comió un pedazo de pan negro y bebió un vaso de agua, sin dejar por eso de inspeccionar los puestos.

En todas partes fué acogido como un libertador con entusiastas aclamaciones de gratitud y de cariño.

—Vamos, vamos, dijo á su hermano cuando se halló á solas con él, si vienen ahora los flamencos los atacare, y por Dios eterno que si esto dura mucho los comeré vivos, porque á la verdad tengo hambre, y con todo, añadió arrojando aquel pedazo de pan que poco antes parecia devorar con ansia delante de los soldados, hé ahí un alimento detestable.

Acto continuo abrazó á Enrique y le dijo:

—Hablemos ahora, querido mio. ¿Cómo es que te encuentro en Flandes cuando te suponía en París?

—Hermano mio, respondió Enrique, la vida me era odiosa en París, y me puse en camino para reunirme contigo.

—¿Siempre por amor? preguntó Joyeuse.

—No, por desesperacion: lo que es ahora te lo juro, Ana, que no estoy enamorado, y que mi única pasión es la tristeza.

—Hermano mio, permíteme que te diga que has tropezado con una miserable mujer.

—¿Cómo!

—Sí, Enrique: sucede con frecuencia que en cierto grado de maldad, ó de virtud los seres creados sobrepujan la voluntad del Criador y se convierten en verdugos y homicidas, cosa que también reprueba la iglesia: así pues, no hacer caso de los padecimientos ajenos por exceso de virtud es una exaltación bárbara, es no tener caridad cristiana.

—¡Oh! hermano mio, exclamó Enrique, no calumnies de ese modo á la virtud.

—No calumnio á la virtud, Enrique,

acuso al vicio, y á esto se reduce todo. Repito, pues, que esa es una mujer miserable, y su posesion, por mucho que la desees, nunca te indemnizará de los tormentos que te hace sufrir. Lo que yo creo es que en casos semejantes debe el hombre hacer uso de sus fuerzas y de su poder, porque en vez de atacar se defiende legitimamente. Enrique, demasiado conozco que á haberme hallado en tu lugar hubiera tomado por asalto la casa de esa mujer, hubiera hecho con ella lo que con su casa, y despues, cuando, como toda criatura humana, que se muestra tanto mas humilde con su vencedor quanto indomable parecia antes de la lucha, tiese á arrojarse en mis brazos diciéndome: "Te adoro", la rechazaria contestando: "Heceis bien, señora; ahora os toca á vos, pues bastante he sufrido, para que vos tambien sepais lo que es padecer."

Enrique estrechó la mano de su hermano, diciéndole:

—Seguro estoy de que no piensas una palabra de lo que me aconsejas.

—Te juro que sí.

— ¡Tú, que eres tan bueno, tan generoso!

— La generosidad para con las personas que no tienen corazón, es ridícula.

— ¡Oh, Joyeuse! ¡Joyeuse! No conoces a esa mujer.

— Ni quiero conocerla.

— ¿Por qué?

— Porque probablemente me haría cometer lo que otros llamarían un crimen, y yo tendría por un acto de justicia.

— ¡Oh! ¡mi buen hermano, exclamó el joven con una sonrisa angelical, cuán dichoso eres porque no amas! Pero si os parece mejor, señor almirante, dejemos a un lado mi loco amor, y ocupémonos de la guerra.

— Como gustes: á bien que hablando de tu locura temo también volverme loco.

— Ya ves que carecemos de viveres.

— Lo sé, y he pensado en los medios de adquirirlos.

— ¿Los has hallado?

— Creo que sí.

— ¿Cuales son?

— No debo moverme de aquí antes de

recibir noticias del ejército, supuesto que la posición es buena y que estoy resuelto á sostenerme en ella contra fuerzas quintuplicadas; pero puedo enviar á tantear el terreno un cuerpo de exploradores, los cuales por lo pronto podrán proporcionarnos noticias, que es la primera necesidad para hombres reducidos á la situación en que nos hallamos, y también viveres porque al cabo debemos confesar que Flandes es un país hermosísimo.

—No tanto, hermano mío, no tanto.

—¡Oh! Yo hablo de la tierra como Dios la ha hecho y no como la han hecho los hombres, que siempre echan á perder las obras de Dios. ¿Comprendes bien, Enrique, la locura que ha hecho nuestro príncipe? ¿Qué partida á perdido? ¿Cómo le han arruinado en un momento la precipitación y el orgullo? Pero Dios ha recogido el alma del desgraciado Francisco, y no debemos hablar más de esto; pero lo cierto es que podría haber adquirido fama inmortal y uno de los mejores reinos de Europa, y solo ha trabajado, ¿para quién? para Guillermo el Taciturno. Por

lo demás, ¿sabes Enrique que los de Amberes se han batido bien?

—Y tu también según dicen hermano mio.

—¡Oh! estaba en uno de mis mejores momentos, y además, me escitaba una cosa.

—¿Cual?

—Que encontré en el campo de batalla una espada conocida.

—¿Algun francés?

—Sí.

—¿En las filas de los flamencos?

—A la cabeza de sus columnas. Hé aquí un secreto que es preciso averiguar para que alguno haga juego con Salcedo, que, como sabes, fué descuartizado en la plaza de Greve.

—Por fin has vuelto sano y salvo, que es lo que mas me interesa; pero yo, que nada he hecho hasta ahora, necesito emplearme en algo.

—¿Y qué quieres hacer?

—Te suplico que me des el mando de los exploradores.

—No; es un mando muy espuesto: no

te diria esto, Enrique, delante de nadie; pero el hecho es que no quiero proporcionarte una muerte oscura, y por consiguiente sea. Los exploradores pueden encontrar un cuerpo de esos infames flamencos que acometen con bieldos y hoces: aun cuando queden mil tendidos en el campo, si permanece uno vivo ese te hará dos pedazos ó te mutilará sin remedio. No, Enrique, no; si absolutamente te has empeñado en morir, te reservaremos otra cosa mejor.

—Hermano, concédeme lo que te pido por favor, pues tomaré todas las medidas prudentes que juzgue necesarias y te prometo volver.

—Vamos, ya lo entiendo.

—¿Qué entiendes?

—Quieres ver si la fama de alguna proeza tuya ablanda el corazón de esa mujer ingrata: confiesa que esto es lo que te hace insistir tanto.

—Si te empeñas en ello lo confesaré.

—Y á fé que tienes razon, porque las mugeres que se resisten á un grande amor se rinden generalmente á un poco de ruido.

—Por mi parte nada de eso espero.

—Pues serás tres veces loco si lo haces sin esa esperanza. Enrique, la única razón que tiene esa muger para no amarte consiste en que es una caprichosa que no tiene corazón ni ojos.

—Pero me concedes el mando que te he pedido: ¿no es verdad?

—Será preciso puesto que tanto te obstinas.

—¿Y puedo partir esta tarde?

—Cuanto antes, pues ya conoces que no podemos permanecer así.

—¿Cuántos hombres he de llevar?

—Cien hombres nada más, pues no puedo darte mayor fuerza, sin debilitar mis posiciones.

—Dame menos jente si quieres.

—No, pues quisiera poner á tus órdenes doble número: lo que exijo es tu palabra de honor de que si te atacan más de trescientos hombres te retirás en vez de dejarte matar.

—Hermano, dijo Enrique sonriéndose, bien cara me vendes una gloria que me entregas de mala gana.

— De lo contrario, ni te la entregaré ni te la venderé, y otro oficial mandará la partida.

— Dame las órdenes que quieras, y las obedeceré.

— Solo empeñarás acción contra fuerzas iguales, duplicadas ó triplicadas, pero sin pasar de este número.

— Lo juro.

— Bien. ¿Qué cuerpo eliges para la expedición?

— Déjame tomar cien hombres de los gendarmes de Aunis, pues tengo muchos amigos en ese regimiento, y si los escojo es porque haré con ellos lo que quiera.

— Está bien.

— ¿Cuándo debo ponerme en marcha?

— Ahora mismo; pero procura racionar á los hombres para un día y á los caballos para dos. Acuérdate de que deseo recibir noticias seguras cuanto antes.

— Todo se hará. ¿Tienes que darme alguna orden reservada?

— No divulgues la noticia de la muerte del duque, y deja que crean que está en este campamento: exagera mis fuerzas

y si llegas á encontrar el cuerpo del príncipe, aunque ha sido un mal hombre y un mediano general, ya que pertenecía á la casa de Francia envíalo custodiado con tus gendarmes á fin de que se le dé sepultura en San Dionisio.

—Bien, hermano mio. ¿Nada mas?

—Nada.

Enrique cojió la mano de su hermano para besarla, pero este le estrechó en sus brazos.

—¿Me aseguras por última vez, le preguntó en seguida, que no empleas este medio como un ardid para que te maten los enemigos?

—Hermano, al reunirme á tí abrigaba ese pensamiento, pero te juro que ya no lo tengo.

—¿Desde cuándo?

—Hace dos horas.

—¿Por qué?

—Perdóname hermano mio,

—Bien, Enrique, bien; tus secretos te pertenecen.

—¿Cuán bondadoso eres, hermano mio!

Los dos jóvenes se abrazaron tiernamen-

te por segunda vez y se separaron, no sin volver la cabeza muchas veces y saludándose con las manos y con cariñosas sonrisas.

—Bien, hermano mío. Nada más? —Nada.

Enrique cogió la mano de su hermano para besarla, pero esta le estrechó en sus brazos.

—Me acordaba por última vez le preguntó en voz baja, que no en estas este medio como un ardid para que te maten los enemigos?

—Hermano, el renuncio a ti abdicaba ese pensamiento, pero te juro que ya no lo tengo.

—¿Debes cuándo? —Hacía los años.

—Por qué? —Porque hermano mío.

—Bien, Enrique, bien; sus secretos te pertenecen.

—¿Una bendición eres, hermano mío? —Los dos jóvenes se abrazaron tiernamente.



CAPITULO XII.

LA ESPEDICION.

HENRIQUE, loco de contento, salió á reunirse con Diana y Remigio.

—Preparaos para dentro de un cuarto de hora, les dijo, pues vamos á marchar: en la puerta de la escalerilla que conduce al corredor encontrareis dos caballos ensillados: os unireis á la comitiva, y guardareis el mas profundo silencio

Asomándose en seguida al balcon de ma-

dera que rodeaba toda la casa, dijo á los clarines de los gendarmes:

—Tocad bota-sillas.

Oyóse inmediatamente el ruido de los clarines por el pueblo, y poco despues el oficial y sus soldados se formaron al frente del alojamiento del conde.

Los criados se colocaron detras de ellos con algunas caballerias y dos carretas, y Remigio y su compañera, segun las instrucciones que habian recibido, se confundieron entre los bagajes.

—Gendarmes, dijo Enrique, mi hermano el almirante me ha dado el mando interino de vuestra compañía, encargándome salir á practicar un reconocimiento: cien de vosotros deben acompañarme, y aunque la comision es peligrosa, es preciso cumplirla por el bien y la salvacion de todos. ¿Quienes son los que voluntariamente quieren seguieme?

Los trescientos hombres se adelantaron á un tiempo.

—Señores, dijo Enrique, os doy mil gracias á todos vosotros; no sin razon se dice que habeis servido de ejemplo á todo

el ejército, pero solo debo llevar cien hombres conmigo, y como no quiero elegir entre tantos valientes, la suerte decidirá. Señor continuó Enrique que dirigiéndose al oficial, dijo, os suplico que mandeis echar la suerte.

Mientras se procedia á esta operacion daba Joyeuse á su hermano las últimas instrucciones.

—Escúchame, Enrique, le decia: los campos se van secando, y segun aseguran los naturales del pais, debe haber una comunicacion entre Conticq y Rupelmonde, de modo que marcharás entre un riachuelo y un gran rio, entre el Rupel y el Escalda: no tienes necesidad de pasar el primero, pero encontrarás antes de Rupelmonde algunos barcos traídos de Amberes, en los cuales podrás atravesar el Escalda. Además, creo que no tendrás precision de llegar á Rupelmonde para encontrar almacenes de viveres y molinos.

Enrique iba á ponerse en marcha despues de recibir estas órdenes, pero Joyeuse le detuvo diciendo:

—Espera un poco, pues falta lo pri-

cipal; mis soldados han cogido tres paisanos flamencos, y te doy uno de ellos para que te sirva de guia. No tengas piedad de él, ya lo sabes; á la menor apariencia de traicion un pistoletazo ó una cuchillada.

Arreglado ya este último punto, abrazó con ternura a su hermano, y dió la orden de partir.

Al punto emprendieron la marcha, los cien hombres que habia designado la suerte, poniéndose á su frente Du-Bouchage, despues de haber colocado al guia entre dos gendarmes que llevaban preparadas sus pistolas.

Remigio y su compañera siguieron al destacamento, y Enrique no habia querido tomar la menor precaucion respecto á ellos, considerando que su presencia por sí sola abria escitado bastante la curiosidad, sin que tuviese necesidad de aumentarla con recomendaciones, mas perjudiciales que provechosas.

Así que, el mismo, sin haber molestado á sus amigos con una sola palabra y aun sin mirarles desde que salieron del

pueblo, fué á colocarse á la cabeza de toda la fuerza.

La marcha de esta era lenta, como por precision debia suceder, pues muchas veces perdian tierra los caballos entre el fango, y todo el destacamento se encontraba atascado, de modo que hasta llegar á la calzada tuvo que resignarse á caminar con el mayor trabajo y espuesto á no pocos peligros.

De vez en cuando aparecian á lo léjos espectros que precipitadamente se ponian en fuga al oír los relinchos de los caballos; eran aldeanos que se apresuraban demasiado á volver á sus tierras, y que echaban á correr por no morir á manos de los mismos á quienes habian querido sacrificar.

A veces tambien encontraban franceses desgraciados, medio estenuados de hambre y de frio, incapaces de defenderse, y que, no sabiendo si iban á encontrar amigos ó enemigos, esperaban escondidos la salida del sol ó proseguian su penosa marcha.

En tres horas anduvieron dos leguas, lle-

gando á orillas de Rupel, que bañaba una calzada de piedra; entonces fué cuando el peligro mayor sucedió á las dificultades, pues dos ó tres caballos se metieron entre las grietas formadas por las peñas, y resbalando por las piedras llenas de fango, rodaron con sus ginetes hasta el rio, que todavia iba creciendo y llevaba una corriente rápida,

Mas de una vez sucedió tambien que desde algunas barcas amarradas en la opuesta orilla se dispararon tiros que hirieron á dos asistentes y á un gendarme.

Uno de los primeros recibió el balazo cuando iba caminando al lado de Diana, y aunque esta muger espresó su sentimiento por aquella desgracia, no manifestó el mas pequeño temor en cuanto á su propia persona.

En estas diferentes circunstancias se mostró Enrique para sus soldados buen capitán y excelente amigo; marchaba el primero, haciendo de este modo que todos le siguiesen sin vacilar, y fiándose menos de su propia sagacidad que del instinto del caballo que su hermano le ha-

bia dado, pues de aquel modo conducia á todos con seguridad, esponiéndose él solo á la muerte.

A tres leguas de Rupelmonde encontraron los gendarmes media docena de soldados franceses agrupados delante de una fogata de turba: los infelices estaban asando un cuarto de carne de caballo, único alimento que habian podido procurarse en dos dias.

La aproximacion de los gendarmes hizo temblar á los que se disponian á tomar parte en aquel triste festin, y aun dos ó tres quisieron emprender la fuga; pero uno de ellos permaneci6 sentado y detuvo á los demás diciéndoles:

—¡Qué diablo! Si son enemigos nos matarán, y á lo menos saldremos de una vez de esta situacion.

—¡Francia! ¡Francia! gritó Enrique, que habia oido las últimas palabras. Venid, venid, pobres compatriotas.

Los desgraciados, al reconocer á los gendarmes, corrieron hácia ellos; repartiéronseles capotes y una copa de Ginebra á cada uno, y se les permitió tambien mon-

tar á la grupa con los asistentes.

De este modo se unieron al destacamento. Una legua mas adelante hallaron asimismo cuatro soldados de caballería ligera con un solo caballo, y fueron acogidos con iguales demostraciones de contento.

Llegaron por último á orillas del Escalda; la noche era oscurísima, y allí encontraron los gendarmes dos hombres que en mal flamenco estaban persuadiendo á un barquero para que los pasase al otro lado; pero este último se hacia sordo á sus ruegos y aun les amenazaba.

El oficial hablaba el holandés: avanzó poco á poco á algunos pasos de la columna, y mientras esta hacia alto, oyó decir al barquero:

—Sois franceses, y debeis morir aquí; no pasareis.

Uno de aquellos hombres le puso un puñal sobre el pescuezo, y sin cuidarse ya de espresarse en flamenco, le dijo en buen francés:

—Tu eres quien vas á morir ahora mismo, bribon, si no nos pasas inmediatamente.

—Firme ahí, firme, caballero, gritó el oficial, porque en cinco minutos llegaremos nosotros.

Pero aprovechándose el barquero del movimiento que hicieron los dos franceses al oír aquellas palabras amistosas que les ofrecían auxilio, desató la cuerda con que la barca estaba sujeta á la orilla y se alejó de ella con rapidez.

Conociendo, sin embargo, un gendarme que aquella barca podia serle muy útil, entró en el rio con su caballo, alcanzó al barquero y lo mató de un pistoletazo.

La barca, ya sin guia, se volvió por sí misma; pero como no habia llegado aun á la mitad del rio, los remolinos y la corriente la empujaron hácia la misma orilla que ocupaba la columna.

Los dos hombres se apoderaron de ella al punto y fueron los primeros que se embarcaron, no pudiendo menos de sorprender al oficial el empeño con que procuraban separarse de todos.

—¡Hola, señores! les gritó: ¿quereis decirme quiénes sois?

—Somos oficiales del regimiento de ma-

rina, y vosotros, según parece, pertenecéis al cuerpo de gendarmes de Aunis.

—Así es, y celebro mucho que nos hallemos en el caso de poder servirlos: supongo que nos acompañareis.

—Con mucho gusto.

—En ese caso, subid á las carretas, pues estais cansados para seguirnos á pié.

—¿Puedo preguntaros á dónde os dirigís? preguntó el oficial de marina que no habia hablado hasta entonces.

—Tenemos órden de seguir hasta Ruppelmonde.

—Cuidado, replicó el mismo interlocutor, pues no hemos querido atravesar antes el rio porque lo ha pasado esta mañana un destacamento de españoles procedentes de Amberes: por la noche nos hemos arriesgado, porque al fin dos hombres solos no inspiran sospechas, al paso que un fuerte destacamento....

—Es cierto, contestó el oficial; voy á llamar á nuestro jefe.

Llamó á Enrique, el cual se acercó para enterarse de lo que acontecia.

—Parece, le dijo el oficial, que estos

señores han visto hoy una fuerza de españoles en la misma dirección que llevamos.

—¿Y cuántos eran? preguntó Enrique.

—Cincuenta hombres.

—¿Y eso os detiene?

—No, señor conde, pero creo que sería prudente asegurarnos de la barca por lo que pueda suceder: veinte hombres pueden custodiarla, y en caso de que haya necesidad de pasar el río, la operación puede quedar concluida en cinco viajes llevando nosotros los caballos de la brida.

—Bien, respondió Enrique, consérvese la barca. Además, debe haber algunas casas en la confluencia del Rupel y del Escalda.

—Hay un pueblecillo, dijeron algunos.

—Pues vamos allá, porque el punto de reunión de dos ríos es siempre una posición buena. Gendarmes, en marcha: dos hombres á la barca para que bajen con ella el río, en tanto que nosotros lo costeamos.

—Si lo permitis dirigiremos nosotros la barca, dijo uno de los dos oficiales.

—Muy bien, señores, dijo Enrique, pero no nos perdais de vista, y reunios á la columna cuando llegemos al pueblo.

—Pero si abandonamos la barca pueden venir á apresarla.

—A cien pasos del pueblo encontrareis una guardia de diez hombres que tendrá cuidado de ella.

—Está bien, contestó el oficial de marina, y de un golpe de remo se alejó de la orilla.

—Esto es algo singular, dijo Enrique volviendo á ponerse en marcha: hé abi una voz que conozco.

Una hora despues encontró el pueblo custodiado por el destacamento de españoles de quienes habia hablado el oficial, y que, sorprendidos cuando menos lo esperaban, apenas opusieron resistencia.

Enrique mandó desarmar á los prisioneros, los encerró en la casa mas segura del pueblo, y estableció en ella una guardia de diez hombres para custodiarlos.

Otros diez hombres tuvieron el encargo especial de cuidar de la barca, y por último, se colocaron en diversos puntos

centinelas, los cuales debian ser relevados de hora en hora.

En seguida dispuso Enrique que todos cenasen de veinte en veinte en la casa que hacia frente á la que servia de encierro á los prisioneros españoles: en cuanto á los cincuenta ó sesenta primeros, su cena estaba dispuesta, pues era la de los enemigos que acababan de rendirse.

Enrique eligió en el primer piso una habitacion para Diana y Remigio, pues no queria se presentase á cenar en compañía de todos los oficiales.

En seguida hizo que el oficial se sentase á la mesa con diez y siete hombres, encargándole que convidase á los dos oficiales de marina que habian dirigido la barca, y antes de ponerse á cenar fué á visitar todos los puestos y á dar las ordenes convenientes.

Volvió á la media hora, tiempo que le habia bastado para disponer alojamientos y viveres y para mandar lo que debia hacerse en caso de que los holandeses tratasen de sorprenderlos.

Los oficiales, á pesar de haberles dicho

el conde que por él no se molestasen le habian esperado para empezar á cenar, pero todos estaban ya sentados á la mesa y algunos dormidos de cansancio en sus sillas.

La entrada del conde despertó á los dormidos é hizo que se levantasen los despiertos.

Enrique examinó rápidamente la sala y vió que varias lámparas de cobre pendientes del techo iluminaban opacamente la estancia.

La mesa, cubierta de panes de trigo y de carne de puerco, con un cubilete de cerveza fresca para cada hombre, presentaba un aspecto apetitoso aun para aquellos que no hubiesen estado careciendo de todo por espacio de veinte y cuatro horas.

Indicaron á Enrique el puesto de honor, y se sentó en él diciendo:

—Cenemos, señores.

Dado este permiso, el ruido de los cubillos y de los tenedores sobre los platos de loza, probó á Enrique que se le esperaba con una impaciencia mezclada de suprema satisfaccion.

—A propósito, preguntó Enrique al oficial, ¿han llegado ya nuestros dos marineros?

—Sí, señor.

—¿En dónde están?

—Allí al extremo de la mesa.

No solo se habían colocado en el punto indicado por el oficial, sino en el mas oscuro de la habitacion.

—Caballeros, les dijo Enrique, supongo que ningun contratiempo habeis tenido desde nuestra separacion á orillas del rio; de lo contrario me hubierais avisado. Pero se me figura que habeis elejido muy qual sitio, y que no cenais.

—Gracias, señor conde, respondió uno de ellos: estamos muy cansados y tenemos mas necesidad de dormir que de cenar: hemos hecho presente esto mismo á vuestros oficiales, pero han insistido en que cenásemos con ellos por haberlo vos dispuesto así, en lo cual nos honrais muchísimo. Sin embargo, si tuvieseis á bien que se nos facilitase un aposento...

Enrique habia escuchado con la mas profunda atencion las anteriores razones;

pero era evidente que habia atendido mas á la voz que á las palabras.

—¿Es esa tambien la opinion de vuestro compañero? preguntò el conde luego que el oficial de marina habia cesado de hablar.

Y al mismo tiempo miraba á dicho compañero, que tenia el sombrero echado sobre los ojos, y que se empeñaba en no hablar, observándole con una atencion tan profunda, que muchos oficiales empezaban tambien á examinar.

Viéndose este en la precision de contestar á la pregunta del conde, articuló con voz casi ininteligible estas dos palabras:

—Sí, conde.

El jóven se estremeciò al oirlas, y levantándose de pronto, se dirigió hácia al extremo de la mesa, mientras los demas oficiales prestaban una atencion particular á todos sus movimientos y á las visibles señales de asombro.

Enrique se detuvo al lado de los oficiales y dijo al que primero habia hablado:

—Hacedme un favor caballero.

—¿Cual, señor conde?

—Aseguradme que no sois el hermano de M. Auvilly, ó tal vez el mismo M. Auvilly.

—¡Auvilly! exclamaron todos.

—Y haced tambien que vuestro compañero tenga á bien levantar el ala del sombrero que le cubre el rostro pues de lo contrario tendré que llamarle monseñor inclinándome ante él con respeto.

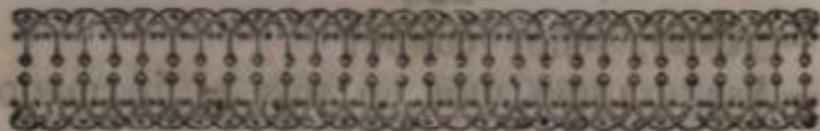
Y al mismo tiempo se descubrió saludando respetuosamente al desconocido, que por fin levantò la cabeza.

—¡Monseñor! ¡El duque de Anjou! exclamaron los oficiales.

—¡Vive el duque!

—Señores, dijo el oficial, supuesto que os empeñais en reconocer á vuestro príncipe vencido y fugitivo, no desdeñaré por mas tiempo esas manifestaciones, que agradezco como debo: no os equivocais, caballeros, pues soy efectivamente el duque de Anjou.

—¡Viva monseñor! gritaron los oficiales.



CAPITULO XIII.

PAULO EMILIO.

ESTAS aclamaciones, aunque sinceras, asustaron al principe.

—¡Oh! silencio, silencio, caballeros, dijo; os alegráis mas que yo mismo de mi propia felicidad. Celebro á la verdad muchísimo el no haber muerto, y aun deseo tambien que lo creáis así, y sin embargo, á no haberme reconocido vosotros no hubiera sido yo el primero en vanagloriarme de la fortuna que he tenido.

—¡Cómo! monseñor, dijo Enrique. ¡Me habeis reconocido, os hallabais entre franceses, nos veiais desesperados por vuestra pérdida, y con todo, nos condenábais al dolor de lloraros!

—Caballeros, respondió el príncipe, además de una multitud de razones que me obligaban á no darme á conocer, confieso que, supuesto que ya todos me creían muerto, no me hubiera pesado el aprovechar esta ocasion, que acaso no volverá á presentarse, de oír la oracion fúnebre que se pronunciará algun dia sobre mi sepulcro.

—¡Monseñor! ¡Monseñor!

—Lo que os digo, señores; yo soy como Alejandro de Macedonia: hago la guerra con arte, y semejante á todos los artistas, tengo mucho amor propio. Pues bien, digo sin vanidad que creo haber cometido una falta.

—Nonseñor, repuso Enrique bajando los ojos, no digais esas cosas.

—¿Por qué no? Solo el papa es infalible, y aun se discute mucho acerca de su infalibilidad desde que murió Bonifacio VIII.

—Ved, monseñor, á lo que nos esponiais si alguno de nosotros se hubiese atrevido á juzgar la espedicion y la hubiera juzgado censurándola.

—¿Y qué tenemos? ¿Se os figura que yo no me he criticado ya bastante, no por

haber arriesgado la batalla, sino por haberla perdido?

—Monseñor, esa bondad nos hace estremecer, y V. A. debe permitirme que le diga que esa alegría no es natural. Tened la bondad de tranquilizarnos asegurándonos que no padeceis.

Una nube terrible oscureció la frente del príncipe, yelando aquella frente, ya tan fatal, con un crespon siniestro.

—No, contestó al punto: nunca he disfrutado, á Dios gracias, mejor salud, y me hallo perfectamente en medio de vosotros.

Los oficiales se inclinaron en señal de gratitud.

—¿Qué jente teneis á vuestras órdenes, conde Du-Bouchage? preguntó el duque.

—Ciento cincuenta, monseñor.

—¡Ah! ¡ah! Ciento cincuenta de doce mil, es la proporcion del desastre de Canas: enviarán á Amberes nuestros contrarios una fanega de sortijas vuestras; pero dudo que las hermosuras flamencas puedan usarlas si antes no se adelgazan los dedos con las dagas de sus maridos. A propósito, señores, no cortaban malaquellas dagas.

—Monseñor, replicó Joyeuse, si vuestra batalla puede compararse á la de Cannas, somos al menos mucho mas dichosos que los romanos supuesto que hemos conservado á nuestro Paulo Emilio.

—A fe mía, señores, contestó el duque, el Paulo Emilio de Amberes es Joyeuse el almirante, quien sin duda, por asemejarse completamente á su heróico modelo, habrá muerto; ¿no es esto Du-Bouchage?

Enrique sintió helársele el corazon al oír tan fria é impasible pregunta.

—No, monseñor, dijo: vive.

—¡Hola! Tanto mejor, añadió el príncipe con su glacial sonrisa. ¡Cómo! ¿Nuestro intrépido almirante ha sobrevivido? ¿En dónde está para que yo lo abrace?

—No se halla con nosotros, monseñor.

—¡Ab! Ya comprendo; herido...

—No, monseñor, está bueno enteramente.

—Sí, pero andará como yo, fugitivo, asustado, muerto de hambre y de vergüenza. ¡Pobres guerreros! ¡Ab! Con razon se dice: para la gloria la espada, despues de la espada sangre, despues de la sangre lágrimas.

—Monseñor, yo ignoraba hasta ahora ese dicho, pero á pesar de su autenticidad, tengo el gusto de anunciar á V. A. que mi hermano ha conseguido salvar tres mil hombres, con los cuales ocupa una fuerte posicion á siete leguas de aqui, de modo que la fuerza que está á mis órdenes es una descubierta del almirante.

El duque se puso pálido al oír esto.

—¡Tres mil hombres! exclamó. ¿Conque Joyeuse ha tenido la fortuna de salvar tres mil hombres? ¡Oh! Vuestro hermano es un Xenofonte. ¡Vive Dios que mi hermano ha obrado cuerdamente al enviarme el tuyo, pues á no ser así hubiera vuelto yo solo á Francia! ¡Viva Joyeuse! ¿De qué demonios sirve ya la casa de Valois? No será esta por cierto la que pueda nunca usar como divisa la palabra *Hilariter*.

—¡Monseñor! ¡Monseñor! murmuró Dubouchage sofocado por el dolor, pues demasiado habia llegado á notar que la alegría del príncipe ocultaba una ponzoñosa envidia.

—Juro á Dios por mi alma que digo la verdad. ¿No es esto Auvilly? Quiero decir que volveremos á Francia en un esta-

do semejante al que cupo á Francisco I. despues de la batalla de Pavía. Todo se ha perdido, *mas* el honor. ¡Já! ¡já! ¡já! Por fin ya he encontrado la verdadera divisa de la casa de Francia:

Un silencio sombrío acojió estas palabras desgarradoras como si fuesen sollozos.

—Monseñor, dijo Enrique, referidnos de qué modo ha salvado á V. A. el Dios tutelar de la Francia.

—La cosa es muy sencilla, querido conde; el Dios tutelar de la Francia estaba sin duda ocupado en aquel momento en cosas de mayor importancia, de modo que he tenido que salvarme yo mismo.

—¿Y cómo, monseñor?

—A todo escape.

Ninguna sonrisa acojió esta broma, que tal vez el duque hubiera castigado con la muerte si á otro se le hubiese escapado.

—No digo mas que lo que ha sucedido, añadió con el mayor descaro. ¡Qué bien corriamos, Auvilly! ¿Te acuerdas?

—Todos los presentes, repuso Enrique, conocen el valor y el genio militar de V. A. os ruego, pues, monseñor, que no destro-

zeis nuestros corazones con faltas que no habeis cometido. El mejor general puede ser vencido alguna vez, y Anibal quedó derrotado en Zama.

—Sí, sí, contestó el duque, pero Anibal habia ganado las batallas de la Trebia, de Trasimene y de Cannas, al paso que yo solo puedo hablar de la de Chateu Cambresis, que no puede sostener la comparacion con ellas.

—Pero, monseñor, estoy seguro de que quereis chancearos cuando decís que habeis huido.

—¡Ira de Dios! O; juro que no es broma. ¿Es la cosa para chancearse, conde Du-Bouchage?

—¿Se podia hacer otra cosa, señor conde? añadió Auvilly conociendo que ya era tiempo de acudir al auxilio de su amo.

—Calla, Auvilly, dijo el duque, y pregunta á la sombra de Saint-Aignan si no se podia hacer mas que huir.

Auvilly bajó la cabeza.

—¡Ah! Vosotros no sabeis la historia de Saint-Aignan, y os la voy á referir, porque puede dividirse en tres muecas.

Al oír esta nueva bufonada, que en semejantes circunstancias no dejaba de ser odiosa, los oficiales arrugaron las cejas sin cuidarse de si podían ó no molestar al príncipe.

—Imaginaos, señores, prosiguió este sin hacer caso de aquellas señales de desaprobacion, que era el momento en que la batalla se hallaba perdida: el conde reunió quinientos caballos, y en lugar de retirarse como los demás, se acercó á mí y me dijo:

—Monseñor, es preciso cargar.

—¿Qué es eso de cargar? le respondí. ¿Estais loco, Saint-Aignan? ¿No veis que son ciento contra uno?

—Aunque sean mil, me replicó haciendo una mueca horrible, voy á cargar.

—Cargad, pues, querido mio, todo cuanto os acomode, le contesté: por mi parte no pienso hacerlo.

—Eso quiere decir, monseñor, que me dejareis vuestro caballo, que apenas puede andar, y llevareis el mio, que es de refresco, pues como yo no quiero buir, todos los caballos son buenos para mí.

En efecto, montó en mi caballo blanco y me dió el suyo negro, diciendo:

—Principe, llevais un corcel que correrá veinte leguas en cuatro horas si quereis.

Y volviéndose hácia su gente añadió:

—Vamos, valientes, siganme los que no quieran volver grupas al enemigo.

Y se precipitó en la pelea haciendo otra mueca mas horrible que la primera. El pobre diablo creia habérselas con hombres de carne y hueso, y se encontró con la inundación. Por mi parte habia previsto lo que iba á suceder, pero Saint-Aignan y sus guerreros se llevaron un solemne chasco. Si me hubiera obedecido, en vez de volver al combate le tendriamos sentado á esta mesa, y no baria á estas horas su tercera mueca, que sin duda debe ser mucho mas fea y repugnante que las dos primeras.

Todos los oficiales se estremecieron de horror.

—Este miserable no tiene corazon, murmuró Enrique entre dientes. ¡Ob! ¿Por qué le protegen hoy su desgracia, su vergüenza, y sobre todo su nacimiento contra las faltas que pudieran echársele en cara?

—Señores, dijo en voz baja Auvilly,

que conoció el terrible efecto que debian producir las palabras del principe en aquella reunion de valientes, ya veis que monseñor se halla afectado, y que no debeis entender al pié de la letra sus palabras. Despues de la desgracia que ha experimentado se me figura que en efecto delira algunas veces.

—Hé ahí, repuso el principe vaciando su vaso, la manera con que Saint-Aignan se ha despedido del mundo, y como vivo yo: lo cierto es que al morir me ha hecho un señalado servicio, haciendo creer que yo he perecido, supuesto que montaba mi caballo, de modo que se ha esparcido esta noticia no solo en el ejército francés, sino en el flamenco, que por tal causa ha alojado en su persecucion: pero tranquilizaos, señores, porque nuestros amigos los flamencos no se chuparán la breva: tendremos la revancha, caballeros, y será sangrienta, os lo juro, pues desde ayer estoy organizando, al menos mentalmente, el ejército mas formidable del mundo.

—Entre tanto V. A. se servirá tomar

el mando de esta fuerza, pues no me corresponde dar una sola orden donde está un hijo de Francia.

—Acepto, dijo el príncipe: y la primera orden que doy es que todos cenemos, y vos en particular, caballero Du-Bouchage, porque todavía no os habeis acercado á vuestro plato.

—Monseñor, no tengo apetito.

—En tal caso, recorred nuestros puestos y anunciad á los gefes que vivo, pidiéndoles al mismo tiempo que no se alegren con demasiado estrépito por la nueva antes que hayamos ganado otra posicion mas fuerte ó nos hayamos reunido á las fuerzas de nuestro invencible Joyeuse, porque os confieso que ahora temo ser cojido mas que nunca, por lo mismo que me he libertado del fuego y del agua.

—Monseñor sereis obedecido con todo rigor, y nadie sabrá, á escepcion de estos señores, que tenemos la felicidad de honrarnos con vuestra compañía.

—¿Y guardarán estos señores el secreto? preguntó el duque.

Todos se inclinaron afirmativamente.

—Haced vuestro reconocimiento, conde.

Du-Bouchage salió de la sala.

Solo habia necesitado un momento aquel vagamundo, aquel fugitivo, aquel principe vencido para recobrar, como se acaba de ver, todo su orgullo, toda su frivolidad, todo su imperio.

Mandar á cien hombres ó á cien mil, todo es mandar, y el duque de Anjou se hubiera portado del mismo modo con Joyeuse. Los principes nunca exigen lo que merecen, sino lo que creen que se les debe de derecho.

En tanto que Du-Bouchage ejecutaba la órden con la mayor puntualidad, Francisco preguntaba y lo mismo hacia Auvilly, aquella sombra de su amo, que seguia todos sus movimientos y parodiaba sus acciones.

El duque se admiraba de que un hombre del nombre y del rango de Du-Bouchage hubiese consentido en tomar el mando de un destacamento tan débil y encargándose de una expedicion tan peligrosa.

Era, en efecto, mando que correspondia á un subalterno y no al hermano de un gran almirante.

El príncipe era dado á sospechar de todo, y necesitaba aclarar á todo trance las menores sospechas.

—Insistió, pues, en sus preguntas, y supo que al confiar el gran almirante á su hermano el mando del destacamento no habia hecho mas que ceder á reiteradas súplicas.

—El que daba estas noticias al duque, aunque sin mala intencion, era el alferoz de los gendarmes de Aunis, á quien Du-Bouchage habia quitado el mando, del mismo modo que este habia tenido que ceder el suyo al príncipe.

Este último habia creído notar un sentimiento de irritabilidad en el corazón del alferoz contra Du-Bouchage, y por eso procuró dirigirse á él:

—¿Pero cual era, le preguntó, la intencion del conde al solicitar con tanto empeño tan pobre mando?

—Servir al ejército desde luego, y no puede dudarse de ello.

—Desde luego, habeis dicho. ¿Y además?

—Monseñor, lo ignoro.

—O me engañais, ó os engañais vos.

—Monseñor, no puedo dar cuenta ni aun

á V. A. mas que lo que atañe á mi servicio.

—Ya veis, caballeros, si yo hacia bien en permanecer oculto, supuesto que en mi ejército hay secretos que ignoro.

—Monseñor, habeis comprendido muy mal mi discrecion, pues esos secretos solo son relativos al conde Du-Bouchage. ¿No pudiera suceder, por ejemplo, que sirviendo al interés general haya querido tambien ser útil á algun pariente ó amigo suyo escoltándole?

—¿Y quien es ese pariente ó amigo del conde? Vamos, decidmelo para abrazarlo.

—Monseñor, repuso Auvilly mezclándose en la conversacion con respetuosa franqueza, acabo de descubrir parte del secreto, V. A. no puede tener motivos de desconfianza. El pariente á quien el conde escolta...

—Acaba con mii diablos.

—Pues bien, Monseñor, es una parienta.

—¡Ab! ¡ah! exclamó el duque, ¿por qué no me habeis hablado con franqueza? ¡El diablo de Enrique! Vamos, vamos; no hay cosa mas natural, y asi, cerremos los ojos en cuanto á la parienta y no hablemos mas.

—Y hará bien V. A., añadió Auvilly, porque la cosa es sumamente misteriosa.

—¿Cómo así?

—La dama, como la célebre Bradamante, cuya historia he referido á V. A. veinte veces, anda disfrazada.

—¡Oh! por piedad, monseñor: el conde la respeta en alto grado, y tal vez no me perdonará el haber sido indiscreto.

—Bien, bien, caballero, tranquilizaos; seremos mudos como el sepulcro ó como el pobre Saint-Aignan, aunque si llegamos á ver esa dama procuraremos no hacerle muecas. ¡Hola! ¿Conque Enrique trae una parienta con una escolta de gendarmes? ¿En dónde está, Auvilly?

—Arriba.

—¿Cómo! ¿En esta misma casa?

—Sí, monseñor, pero... silencio, que viene el conde.

—¡Silencio! repitió el príncipe riéndose á carcajadas.

FIN DEL TOMO QUINTO.

BIBLIOTECA
DE
NOVELAS ESCOGIDAS.



